

RES

CLONC

ZERBOGLIO

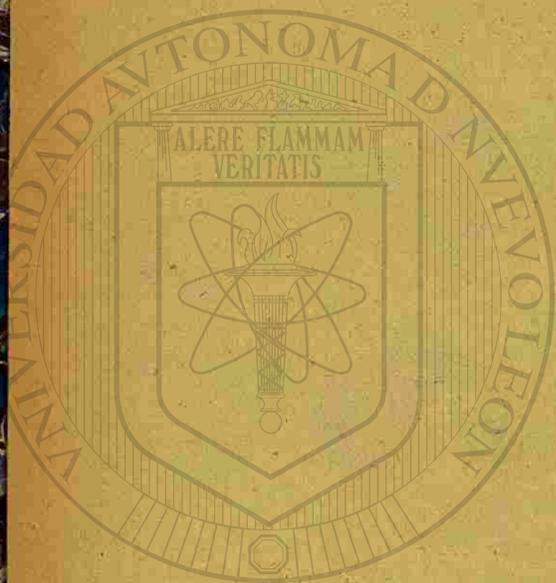
EL
SOCIALISMO
LAS OBJECCIONES
MAS COMUNES

RAJED
HX265
Z46



1020025539





EL SOCIALISMO

Y LAS

OBJECIONES MÁS COMUNES

Rayo de algarrobo

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



335.42
Clas.
Año 2582
Año 21720
Precedencia -8-
Precio

FONDO de fecha
RICARDO COVARRUBIAS
Catalogo *624*

BIBLIOTECA INTERNACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES

ADOLFO ZERBOGLIO

Abogado, Catedrático y Diputado socialista italiano

EL SOCIALISMO

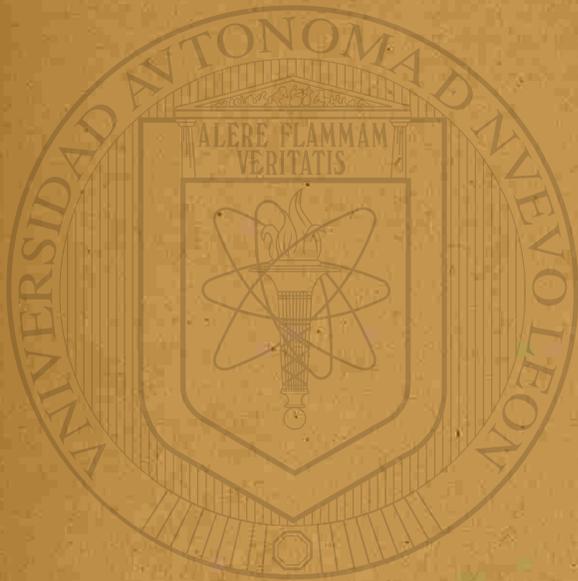
Y LAS

OBJECIONES MÁS COMUNES

(Revisado y reformado por el autor para la edición española)

TRADUCCIÓN DE

RAFAEL GARCÍA ORMAECHEA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID
SOCIEDAD EDITORIAL ESPAÑOLA
SAN ROQUE, 18
1904

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECAS UNIVERSITARIAS
"ALFONSO REYES"
Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO

101140

21720

335, 1

2,

Hx265

Z46



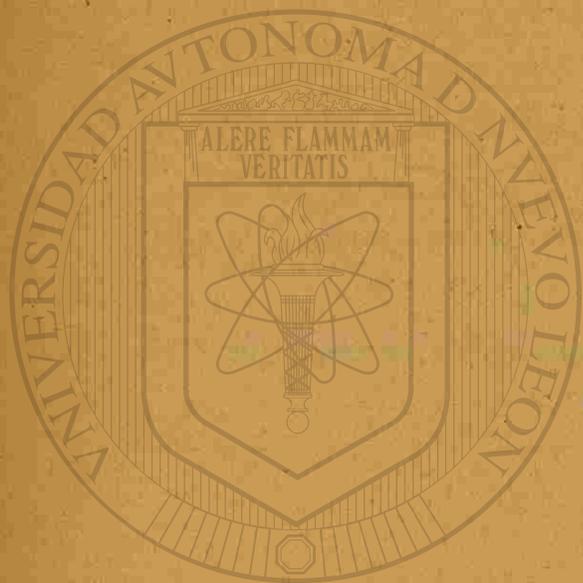
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

Imprenta de P. Apalategui.—Pozas, 12. Madrid.
Teléfono núm. 1.723.

*A cuantos
impugnan ó critican el socialismo
no por mala fe sino por error.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

PRÓLOGO DE LA EDICIÓN ITALIANA

AL LECTOR:

En este modesto trabajo he procurado principalmente examinar y refutar, en pocas líneas, las objeciones al socialismo que, á más de ser las más frecuentes y generalizadas, tienen al mismo tiempo el gran valor de aceptarse sin dificultad por parecer en extremo sugestivas, cómo son, por ejemplo, las que le presentan, tanto por sus medios de acción como por sus aspiraciones, en abierta contradicción con los más caros sentimientos humanos y con aquellas condiciones que, á juicio de la más vulgar inteligencia, son indispensables en toda organización social.

Para algunos, tales objeciones constituyen cuanto saben decir contra el socialismo; mas hay también otros que, teniendo distintos argumentos, no se valen de ellos y se limitan á repetir aquéllas á modo de soldados que no

atreviéndose aún á presentar batalla decisiva, procuran molestar, irritar y distraer al enemigo.

Más de una de esas objeciones pertenecen al grupo de las frases hechas que se repiten mientras poseen una determinada apariencia de verdad, porque evitan la fatiga de pensar, que es para muchos una fatiga acervísima.

Procurar demostrar la vacuidad de semejantes objeciones me ha parecido obra benéfica, y me consideraré satisfecho si contribuyo á herir el ejército de los adversarios en la mayor de su fuerza: el error.

Adolfo Zerboglio.

Pisa, 7 Mayo 1895.

PREFACIO PARA LA EDICIÓN ESPAÑOLA ⁽¹⁾

AL QUE LEYERE:

Solicitada mi autorización para traducir al castellano el presente trabajo sobre «El socialismo y las objeciones más comunes», la he concedido muy gustoso; mas debo advertir que si ahora escribiera por primera vez este libro, introduciría en sus capítulos un orden muy diferente y haría además una amplia alteración en el fondo y en la forma.

En su conjunto tiende este modesto trabajo, que he corregido ligeramente en algunos puntos, á satisfacer una necesidad: la de replicar á las más vulgares observaciones que todavía constituyen en los más la causa principal de su oposición al socialismo.

Yerra quien crea que es hoy inútil detenerse á examinar los argumentos que por su su-

(1) La fidelidad de esta traducción está comprobada por el autor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1944-1928 MONTERREY, MEXICO

perfidialidad parecen propios de la primera fase del debate entre los socialistas y sus adversarios.

El que así piense está en un error y demuestra ser un inexperto y un empírico; ignora que las grandes consecuencias derivadas de una idea, en su desenvolvimiento teórico ó en su aplicación práctica, se contrastan siempre con aquellas objeciones de carácter general que espontáneamente surgen al tiempo de aparecer la idea misma.

En este pequeño volumen combato con preferencia las objeciones que se formulan contra el socialismo considerándole como punto de llegada, como organización social, sin detenerme á examinar aquellas otras que se refieren al socialismo en marcha, como partido en acción, y que por ser, quizá, más importantes, requieren una refutación más amplia, y acaso un orden de razonamientos más propios para los socialistas militantes, que para los que combaten al socialismo como doctrina y como tipo de organización económica y social.

Adolfo Zerboglio.

Pisa, 2 Agosto 1903.



CAPÍTULO PRIMERO

El socialismo y la naturaleza humana.

LA objeción más radical que se formula contra el socialismo y que, de ser cierta, haría imposible la organización socialista, es ésta: que para la existencia del socialismo se requieren cualidades intelectuales y morales de que carece intrínsecamente la naturaleza humana, la cual, siendo como es, no puede adaptarse á una organización donde sea abolida la propiedad individual.

La falsedad de tal objeción se demuestra fácilmente: se funda en el equivocado concepto que muchos tienen del socialismo, de la naturaleza humana y de las leyes que presiden su desarrollo y sus modificaciones.

El hombre no es *à priori*, por misteriosas é ignoradas razones, ni bueno ni malo. El

perfidialidad parecen propios de la primera fase del debate entre los socialistas y sus adversarios.

El que así piense está en un error y demuestra ser un inexperto y un empírico; ignora que las grandes consecuencias derivadas de una idea, en su desenvolvimiento teórico ó en su aplicación práctica, se contrastan siempre con aquellas objeciones de carácter general que espontáneamente surgen al tiempo de aparecer la idea misma.

En este pequeño volumen combato con preferencia las objeciones que se formulan contra el socialismo considerándole como punto de llegada, como organización social, sin detenerme á examinar aquellas otras que se refieren al socialismo en marcha, como partido en acción, y que por ser, quizá, más importantes, requieren una refutación más amplia, y acaso un orden de razonamientos más propios para los socialistas militantes, que para los que combaten al socialismo como doctrina y como tipo de organización económica y social.

Adolfo Zerboglio.

Pisa, 2 Agosto 1903.



CAPÍTULO PRIMERO

El socialismo y la naturaleza humana.

LA objeción más radical que se formula contra el socialismo y que, de ser cierta, haría imposible la organización socialista, es ésta: que para la existencia del socialismo se requieren cualidades intelectuales y morales de que carece intrínsecamente la naturaleza humana, la cual, siendo como es, no puede adaptarse á una organización donde sea abolida la propiedad individual.

La falsedad de tal objeción se demuestra fácilmente: se funda en el equivocado concepto que muchos tienen del socialismo, de la naturaleza humana y de las leyes que presiden su desarrollo y sus modificaciones.

El hombre no es *à priori*, por misteriosas é ignoradas razones, ni bueno ni malo. El

hombre es simplemente conforme le conviene ser (1).

La relación con el medio y las influencias externas actuales dan al hombre una mayor probabilidad de manifestarse bajo el aspecto «malo» por la gran dificultad que encuentra para la satisfacción de sus necesidades y apetitos; pero el hombre, en sí mismo, carece de cualidades morales predeterminadas.

Es el medio lo que determina el aspecto físico y moral del hombre. Transformemos el medio y gradualmente transformaremos al hombre.

Convengo en que hoy la naturaleza humana está más próxima al mal que al bien; pero esto sólo depende de haber estado sometida durante muchos siglos á las circunstancias sociales que le imponen, como medio de vida, la ambición, la violencia y el fraude.

En realidad, no existe la naturaleza humana intrínsecamente.

(1) SPENCER: *La morale des différents peuples et la morale personnelle* (Paris, 1893). Guillaumin, página 269.

«... El hombre no es malo por naturaleza, y se irá perfeccionando por la influencia de las condiciones que pongan en actividad sus facultades superiores y dejen inactivas las inferiores...»

La mayoría de los hombres es incapaz de los grandes delitos y de las grandes virtudes; no es buena, pero no es mala, y puede ser, sin embargo, lo uno y lo otro.

No es por la bondad humana por lo que se establecerá y subsistirá el socialismo; por el contrario, es el socialismo el que hará mejores á los hombres al imposibilitar el ejercicio de las malas acciones y de las facultades psíquicas inferiores.

Del mismo modo que nosotros hemos ido perdiendo en el transcurso de los siglos los hábitos y tendencias salvajes que resultaban innecesarios por inútiles, así nuestros hijos perderán los que hoy tienen en cuanto no les sean beneficiosos.

Así como el hombre ha llegado desde el primitivo salvajismo al estado presente por haber cesado las condiciones de vida que le obligaban á practicar las costumbres salvajes y feroces, así habrá de transformarse también cuando cesen las condiciones de vida que le fuerzan á seguir los usos y las inclinaciones presentes.

La naturaleza humana no es inmutable; basta para desmentirlo echar una rápida ojeada á las pasadas edades y á los pueblos que fueron nuestro predecesores.

Cierto que el cambio es muy pequeño con

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA CENTRAL
CALLE 25 DE MAYO 100
BARRIO SAN JUAN DE LOS RÍOS
BUEENOS AIRES, ARGENTINA

relación al tiempo que ha tardado en realizarse; pero no debemos extrañarnos de ello considerando las circunstancias en que se ha desenvuelto la existencia de la humanidad en las épocas pasadas.

La tiranía, la guerra, la esclavitud, la servidumbre, constituyen la historia de las épocas anteriores, y es, por tanto, fácil conocer que, aunque poco, se ha progresado moralmente.

Así y todo, ¡qué gran progreso sobre el antropófago, sobre el salvaje, que tiene por superior aspiración la de comer sesos humanos; que estrella contra las rocas, sin escrúpulo alguno de conciencia, la cabeza del recién nacido, y que ordena la muerte de sus ancianos padres porque ya no pueden producir y en cambio consumen!

La naturaleza humana se ha modificado y se modificará siempre, y la manoseada objeción continúa siendo fundamentalmente la misma, y, por tanto, carece de todo valor (1).

(1) Novicow, en *Les luttes des sociétés humaines et leurs phases successives* (París, 1894), demuestra con mayor extensión la modificación de las costumbres según el principio de utilidad.

MIGUEL ANGEL VACCARO, en su libro *Le basi del diritto e dello stato*, á propósito de la humanización de la guerra, escribe (pág. 121): «... Es indudable que no fué un

Hay muchos caracteres físicos y psíquicos que persisten aun cuando el medio ambiente no los justifique ya, ó que desaparecen aunque el medio no explique la supresión; la antropología criminal demuestra que hay un número no escaso de hombres aptos para vivir en una sociedad más bárbara de aquella en que han nacido, pero la norma general es que la característica fisio-psíquica siga las variaciones del medio ambiente (1).

sentimiento de justicia y de humanidad el que obligó á los ejércitos á aprovisionarse y á no realizar en el territorio enemigo robos, devastaciones y crueldades de todo género; esto fué debido al temor del peligro que podrían correr llevando la desesperación á los habitantes del territorio ocupado, los que más de una vez incendiaron sus casas, devastaron sus cosechas, ocultaron los alimentos é hicieron morir de privaciones y cansancio á los invasores.»

(1) Escribe MORSELLI en la página 426 de su magnífica obra sobre la *Teoria dell'evoluzione*: «... Decir que todo carácter anatómico es un carácter exclusivamente étnico, ó lo que es lo mismo, efecto exclusivo y constante de la raza, no es resolver el problema, sino aplazar su solución, porque suponiendo que los caracteres se transmitan por herencia, queda por averiguar cómo se produjeron en los antepasados. Por esto debemos unir siempre al análisis del proceso anatómico-fisiológico, el de cada uno de sus orígenes; y de no considerarlos como misteriosamente primordiales, no hay de ellos otra explicación positiva que las afirmaciones de la mesología, del estudio del medio ambiente.»

Ahora bien; si es el medio el que determina las costumbres, el que forma el carácter humano, bastará que un cierto ambiente social produzca la bondad como consecuencia de la adaptación al mismo, para no considerar contrario á la naturaleza un orden social cuya constitución ha de predisponer á la bondad de los hombres.

La bondad, en ese caso, será un efecto natural, no una causa, del nuevo régimen social.

Los hombres podrán ser buenos por aquella influencia, del mismo modo que en un período de carestía podrían convertirse en caníbales por instinto de conservación (1).

Los adversarios del socialismo, al considerar que éste es inconciliable con la naturaleza humana por el mejoramiento ético que el socialismo requiere, no tienen presente que semejante mejoramiento se reali-

(1) MANOUVRIER, en una conferencia sobre *La Genèse normale du crime*.—*Conference annuelle transformiste* (Paris, 1898), demuestra cómo también el hombre más perfecto, impelido por la necesidad, puede transformarse en ladrón ó asesino. En la guerra es sabido que se despiertan los instintos más feroces. Guillermo Ferrero, en un artículo sobre *El perfeccionamiento del hombre*, afirma que, durante la guerra, en el más pacífico burgués renace fácilmente la bestia humana.

zará, no porque los hombres se mejoren por sí mismos, sino porque la vida socialista hará que por su propio interés sean mejores.

Es el individualismo el que pugna con la naturaleza humana, porque en el individualismo deberían ser los hombres radicalmente distintos de lo que son para lograr la paz, la felicidad de la vida social.

Por tanto, para lo que aún no están educados los hombres, es precisamente para el individualismo.

En el socialismo los hombres, siendo tal cual son, pueden alcanzar el desideratum de una existencia colectiva tranquila, progresiva y feliz, mediante la distribución del trabajo y de la riqueza y el desenvolvimiento de todas las relaciones sociales como resultado de un sistema que permita satisfacer el egoísmo de cada uno.

En el individualismo, por el contrario, la armonía y la justicia en las relaciones, en los beneficios y en los deberes sociales, sólo pueden obtenerse de la virtud de los hombres.

En la sociedad socialista los hombres adquirirán gradualmente la virtud, atrofiándose en ellos, y desapareciendo después por el no uso, los hábitos de ambición, de frau-

de y de parasitismo, á medida que el socialismo vaya encarnando en la realidad produciendo el bienestar general, sin necesidad de que la naturaleza humana se modifique previamente.

Sólo en la sociedad socialista podrá armonizarse el egoísmo con el bienestar material y moral de la mayoría, porque en el socialismo el desarrollo de los estímulos egoístas no vendrá en detrimento de los demás.

Por otra parte, el egoísmo humano no podrá manifestarse en una consociación socialista por la sencillísima razón de que no habrá necesidad de él, y, por tanto, no será tampoco menester el altruismo que supone el sacrificio de ese deseo.

El andar muy abrigado en verano en una llanura, es una molestia; pero deja de serlo si se camina á 2.000 metros sobre el nivel del mar. Del mismo modo, no ser egoísta en una sociedad en la que el egoísmo impera, es una gran virtud; pero no serlo en una sociedad en la que el egoísmo no es preciso, es cosa que no requiere ninguna cualidad moral extraordinaria.

El socialismo, evitando la acumulación de la riqueza y, por tanto, el disfrute egoísta de ella, acabando con el parasitismo y ase-

gurando el trabajo á todos para hoy y para mañana, reducirá el egoísmo humano al deseo de gozar una existencia larga y dichosa, en vez de aguzarlo y multiplicarlo con la preocupación de un porvenir incierto.

En la sociedad individualista, por el contrario, el egoísmo no puede manifestarse sin provocar, como provoca, una lucha cruel, encarnizada, de intereses opuestos, entre la opulencia inmerecida de los unos y la inmerecida miseria de los otros, entre el excesivo trabajo y el ocio, etc., ocasionando todos los estragos propios de la lucha.

Para que en el régimen de la libre concurrencia, del capital privado, del individualismo, no se realizase la guerra sin cuartel que hoy existe, sería preciso que los hombres fuesen, como no son, buenos, justos, piadosos, sobrios.

El que llegase á alcanzar la riqueza, debería beneficiar á los infelices que sin culpa suya viven en la pobreza; quien lograse una posición desahogada, no debería aspirar á más, y al mismo tiempo, en vez de vivir de sus rentas, debería proseguir trabajando para evitar que otros lo hiciesen por él; ninguno debería aspirar á lo superfluo mientras hubiese alguien que careciera de lo necesario; y el afortunado que luce

alhajas y viste trajes suntuosos, en vez de tener para él solo un guardarropa bien surtido, debería procurar que no hubiese nadie sin abrigo suficiente para resguardarse del frío y de la intemperie.

En una sociedad individualista es indispensable, si ha de ser perfecta, el altruismo; y es tanto más necesario en los individuos que la componen, para procurar á todos ellos una situación ordenada, regular y pacífica, cuanto más tolere y aun estimule la constitución de esa sociedad una mayor expansión del sentimiento egoísta de sus individuos.

Si cada uno de los hombres tiene la convicción de que los demás son honrados, generosos, afectivos, no pudiendo temer ser engañado por ellos, ni abandonado en la desgracia, ni explotado en el trabajo, etcétera, etc., no dedicará su actividad á prevenirse contra el prójimo, á procurar engañarle para no ser engañado, á acumular fortuna para no verse en la pobreza; por el contrario, será honrado, generoso, afectivo, porque la honradez, la generosidad y el amor en las relaciones humanas son caracteres favorables á la existencia individual y se ofrecen como resultado de una adecuada adaptación al medio.

Si cada uno de los hombres que viven en sociedad tiene, por el contrario, la conciencia de que los demás son avaros, deseosos de disfrutar y de vivir á expensas de otro, entonces dedicará su esfuerzo á precaverse de la ambición de su prójimo, á engañarle para no ser engañado, á ahorrar cuanto pueda para no correr el peligro de la miseria; entonces sentirá la codicia, anhelará el lucro, porque eso es lo que le conviene en una adecuada adaptación al medio en que vive.

Hasta que el hombre no tenga la persuasión, fundada en la propia experiencia, de que los demás no abusan de sus facultades y respetan los intereses ajenos en cuanto no perjudiquen los suyos, el hombre obrará con la única mira de su personal conveniencia y procurará servirse de todas las armas para lograr su bienestar sin la menor consideración hacia el de sus semejantes.

Hasta que esa convicción exista, la lucha por la existencia entablada de hombre á hombre tendrá por resultado no el triunfo del mejor, sino una vida desordenada, anárquica, inquieta; el predominio de los unos y la servidumbre de los otros; después la reacción de éstos contra aquéllos, y siempre una constante guerra personal, de cas-

ta, de clase; no es otra cosa, en conclusión, la historia del mundo, la cual se manifiesta al presente por la coalición de los oprimidos que quieren sustituir la lucha caótica de todos contra todos por la labor fecunda de todos para todos.

El hombre de nuestra época no está educado para el individualismo porque no ha cultivado en sí mismo lo que podría llamarse el sentimiento de socialidad.

El hombre moderno, salvo contadas excepciones, es antisocial, no por un impulso interno, sino por las coacciones y la necesidad externas.

El ser hoy prematuro el individualismo depende, pues, si se me permite la expresión, de que el individuo es aún excesivamente individuo y no se impone aquellas limitaciones que son indispensables para la convivencia social.

La constitución típicamente individualista, como constitución que asegure no la utilidad de unos cuantos, sino el provecho de los más, es una constitución social superior á la socialista.

El individualismo es el régimen económico político de los hombres buenos.

Por eso mismo, si alguna vez llegan á estar educados para vivir en aquel régimen,

será merced á una larga práctica del socialismo que hermane á los hombres en el sublime sentimiento de la solidaridad (1).

Creería no haber replicado debidamente á la objeción de la incompatibilidad entre el socialismo y la naturaleza humana si dejase pasar inadvertidos dos lugares comunes de la crítica adversaria que, aunque implícitamente combatidos en las precedentes páginas, merecen por su especialidad una refutación explícita.

El primero es que en la sociedad socialista nadie querrá realizar las ocupaciones más humildes y penosas; el segundo que el socialismo no tiene presente que en la naturaleza humana es ingénito el sentimiento de la propiedad.

Algo extraño parece que los hombres amoldados durante tantos siglos á las más duras necesidades de la existencia, hayan de ser, en un momento determinado, intolerantes para los trabajos penosos y soliciten, todos á la vez, las ocupaciones más fáciles y gratas, sin parar mientes en que

(1) SPENCER mismo, el gran apóstol del individualismo, en las notas de su obra *El individuo contra el Estado*, reconoce claramente que el individualismo es una teoría «en todo contraria á la que conviene á nuestra situación presente».

esto sea ó no compatible con la vida social.

Los hombres en el socialismo no enloquecerán de ese modo y sabrán aceptar las mejoras que sea posible obtener, sin tal afán de pretensiones imposibles y absurdas.

Bastará que los menesteres menos atractivos no ocupen toda la jornada y que sean bien remunerados quienes los realicen, para que aquéllos se hagan sin repugnancia alguna, con arreglo á una selección espontánea fundada naturalmente en las aptitudes é inclinaciones individuales.

Y aun en el supuesto de que cada hombre, ya fuese el más sabio de todos, hubiese de realizar en el socialismo las funciones que actualmente desempeñan los de menor cultura; aun aceptando que el presidente de la República socialista se viera precisado á limpiar sus botas, como imagina Richter para ridiculizar el socialismo, nada tendría esto de extraordinario, toda vez que no existiría mandato de nadie para realizar esas funciones, á las que, por humildes que ellas sean, debe rendirse la majestad más encumbrada de emperadores y reyes.

Y pasemos al sentimiento de la propiedad.

Los hombres tienen el sentimiento y aun el instinto de la propiedad—afirman los psi-

cólogos—; y, por tanto, la naturaleza humana rechaza un estado social donde predomine el principio de la propiedad colectiva.

No niego el instinto de la propiedad. ¿Pero por qué razón no ha de ser posible con ese instinto el socialismo, donde todos tendrán lo necesario, y, en cambio, existe y es posible la presente organización de estructura individualista, en la que, á pesar de ese instinto, hay un mínimo de propietarios y un máximo de desposeídos?

¿No ofrece el socialismo más eficaz reconocimiento al dato positivo de que el hombre «tiene el sentimiento de la propiedad»?

El socialismo será la propiedad de todos y de nadie, única fórmula de la propiedad que no excluye á ninguno de participar en ella.

Hoy existe en cada uno de nosotros la posibilidad, la potencialidad de llegar á ser propietario; pero la experiencia diaria nos enseña fácilmente que esa potencialidad sólo tiene un valor puramente formal, ó, en otros términos más vulgares, el mayor número de los hombres sabe que puede convertirse en propietario; pero como esta posibilidad no hace á nadie rico, lúchase hoy, no por ganar la propiedad, sino por conservar la existencia. El sentimiento de la propiedad

existe al presente tan sólo en un cierto número de hombres; en cambio, el sistema socialista garantiza que la propiedad alcanzará á todos los hombres en un régimen colectivista.

No es la propiedad privada de los medios de producción y de cambio la que exige el instinto *orgánico* de la propiedad. Si con ese instinto ha podido vivir la humanidad durante miles de años en un ambiente desfavorabilísimo á su desarrollo, no es de temer que ese instinto se oponga á otro ambiente que, por su constitución, se acomode á las bases esenciales en que aquél se funda.

El *mío* y el *tuyo* tienen un valor inmenso en un sistema de sociedad donde el *tuyo* es la absoluta negación del *mío*, y viceversa; pero pierden esa importancia en un tipo de sociedad que provee debidamente á satisfacer las necesidades que hoy están confiadas á la existencia del *mío* y del *tuyo*.

Por otra parte, no es posible inferir de la conducta que siguiere el nombre de nuestra época, después de una mágica é improvisada transformación socialista, la conducta de los hombres llegados gradualmente á un diferente sistema social y económico.

Cuando se objeta que el socialismo implica una alteración de la naturaleza humana,

se dice una cosa relativamente exacta, en cuanto la evolución, para aproximarse á la sociedad socialista; supone de hecho una transformación continua y progresiva del hombre que facilite gradualmente la implantación ordenada y eficaz del socialismo.

La objeción del sentimiento de la propiedad no afecta, pues, al socialismo como punto de llegada, como organización ya establecida; por el contrario, solamente puede tener importancia con relación al socialismo como movimiento, como tendencia.

Cierto es que al lado de millones de hombres excluidos de la propiedad de modo inexorable, existen hoy millares de propietarios, de aspirantes á serlo y de presuntos favorecidos con esa condición. En ellos, el sentimiento de la propiedad actúa más intensamente; es un sentimiento educado por la costumbre, exagerado por la esperanza. Esta clase de hombres constituye un ejército numerosísimo, con el que sería locura no contar y cuya aversión al socialismo se funda, tanto en motivos de orden económico, como en razones de orden psicológico.

Teniendo en cuenta tales sentimientos, hay que hacer los cálculos necesarios para vencer cuantos obstáculos se oponen á la

implantación de la sociedad socialista; pero no por ello el socialismo es una utopía.

No hay, pues, que declararse vencidos sino cuando se demuestre que lo que es congénito al hombre es el sentimiento de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio (1).

(1) No recuerdo en qué libro expone Bain que toda tentativa de transformar cualquier institución ha sido mirada en un principio como el propósito de destruirla.

CAPÍTULO II

La paradoja de la igualdad.

A primera vista parece que los adversarios del socialismo tienen razón para combatirlo cuando le acusan de inconsistencia práctica por afirmar que realizará la igualdad humana.

Hasta la aparición del socialismo científico, el concepto de igualdad mostrábase bajo cierto aspecto metafísico y sentimental, que rechazan hoy los que fundamentalmente confían en que sucesivas transformaciones sociales bastarán para realizar y mantener ese principio.

Sólo á primera vista puede creerse que los adversarios del socialismo están en lo cierto al formular esa objeción, pues al cabo de tantos años de socialismo científico y de la propaganda que del mismo viene haciéndose, hablar aún de igualdad en el sentido

implantación de la sociedad socialista; pero no por ello el socialismo es una utopía.

No hay, pues, que declararse vencidos sino cuando se demuestre que lo que es congénito al hombre es el sentimiento de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio (1).

(1) No recuerdo en qué libro expone Bain que toda tentativa de transformar cualquier institución ha sido mirada en un principio como el propósito de destruirla.

CAPÍTULO II

La paradoja de la igualdad.

A primera vista parece que los adversarios del socialismo tienen razón para combatirlo cuando le acusan de inconsistencia práctica por afirmar que realizará la igualdad humana.

Hasta la aparición del socialismo científico, el concepto de igualdad mostrábase bajo cierto aspecto metafísico y sentimental, que rechazan hoy los que fundadamente confían en que sucesivas transformaciones sociales bastarán para realizar y mantener ese principio.

Sólo á primera vista puede creerse que los adversarios del socialismo están en lo cierto al formular esa objeción, pues al cabo de tantos años de socialismo científico y de la propaganda que del mismo viene haciéndose, hablar aún de igualdad en el sentido

viejo del vocablo, equivale á negarse á estudiar una doctrina para poderla combatir á placer, ó acusa, en los adversarios de buena fe, un efecto de su constante inercia mental.

Entre los que piensan que el socialismo quiere establecer una igualdad—mejor sería decir una identidad—monótona, incivil, entre todos los hombres, hay personas estudiosas las cuales suelen desconocer el verdadero significado que los socialistas conscientes atribuyen á la igualdad que desean é intentan instaurar.

La desigualdad—se dice comúnmente—es ley natural, tanto para las personas como para las cosas, y de la inteligencia de un Volta ó de un Newton al cerebro atrofiado de un pobre idiota; de la musculatura potente de un Milon á la débil organización de un infeliz raquítico; de la hermosura de la Venus de Canova á la deformidad de la bosquimana; del sol espléndido á la luna que brilla con luz refleja; del diamante al guijarro; del golfo de Nápoles á la estepa siberiana, etc., etc., media un abismo; la desigualdad se muestra irresistible y universal, y es, por tanto, un hecho fatal (1).

(1) Novicow, obra citada, página 496: «La igualdad es una quimera. No existe en la naturaleza. En el cielo existen astros gigantescos, como Sirio, á cuyo lado

Todo esto que se dice es muy cierto, sin que por ello la igualdad de los socialistas sea un imposible.

Lo que es un imposible manifiesto es la igualdad soñada por algunos, la cual sólo puede existir en el reino de la fantasmagoría.

Y es un imposible peligroso y bárbaro.

Peligroso, porque induce á una ambición incesante, imposible de satisfacer, cualquiera que sean los progresos obtenidos en una mejor organización humana; y bárbaro, porque exalta á los peores en perjuicio de los mejores. Por esto el imbécil, el ineducado, cree tener los mismos derechos que el hombre de ingenio, de espíritu culto y de carácter delicado, y el vulgo, que es la mayoría, intenta imponer á los mejores una nivelación incivil.

nuestro sol es un pigmeo; y hay también cuerpos celestes no mayores que un puño.

• Junto á animales como la ballena viven microbios del tamaño de la diezmilésima parte de un milímetro. La igualdad no existe tampoco, ni en la salud ni en la estatura. Sabido es, dice Richet (*Revue scientifique*, 25 Mayo 1889, pág. 647), que los animales sometidos á la inacción enflaquecen. Esto es científicamente exacto. Las grasas disminuyen en ellos en un 100 por 100 y los músculos en un 50 por 100. Pero el peso del cerebro de los animales muertos de inacción no disminuye de modo sensible...»

Cualquiera que sea el organismo social que haya de sustituir al organismo monstruoso que hoy nos oprime, jamás podrá evitarse que un fuerte golpe en la cabeza produzca una desigualdad intelectual ó moral entre el que lo sufre y los demás hombres, ni que el concebido bajo la influencia del alcoholismo se desarrolle con el germen de la epilepsia ó de la locura moral.

Los hombres que vivan dentro de algunos siglos, aun cuando entonces impere en el mundo un régimen económico y político en un todo diferente al actual, no podrán ser igualmente apasionados, ni tener el mismo temperamento artístico, ni la misma capacidad intelectual, ni idéntica inclinación al trabajo, ya nazcan en Rusia ó en Sajonia, en Sicilia ó en la isla de la Madera.

La desigualdad natural subsistirá siempre y será beneficiosa.

Y permaneciendo la desigualdad de hecho, deberá permanecer, y será justa, la desigualdad de derecho, de concepto y de estimación públicos (1).

(1) La igualdad jurídica sin la igualdad económica es la desigualdad por excelencia, porque ninguna puede haber mayor, según un principio matemático, que aplicar leyes iguales á individuos desiguales. (Véase Menger: *El derecho civil y los pobres.*)

Tanto en el porvenir como en el presente, el hombre que deleite á sus contemporáneos con la música, como Verdi en nuestra época, será digno de mayor consideración pública y de mayores honores que el humilde flautista callejero.

Pero si la igualdad, tal como la entienden los románticos y como pretenden con sus objeciones que la entendamos nosotros, es imposible, y sería además inícuca y estúpida, existe otra igualdad que no es imposible y que será un hecho positivo, siendo una injusticia y una necedad el oponerse á ella.

Esta última es la igualdad de todos los hombres con relación á sus propias aptitudes, á sus propias capacidades, á la parte con que cada uno puede contribuir al bienestar y á la felicidad sociales.

Esa última igualdad es la que hoy se infringe de continuo á causa de la libérrima propiedad individual, del capitalismo, de la organización individualista, instituciones que crean el parasitismo sistemático de los unos á expensas de los otros, y que, por consecuencia, engendran la desigualdad entre una clase explotada y otra explotadora, el ocio irritante de los imbeciles y de los incapaces y el sobretrabajo

forzado de los que trabajan y producen.

La desigualdad que caracteriza á la actual constitución económica, es la que podemos impugnar y destruir.

Podemos impedir, con la unión de la clase esclavizada y vilipendiada, el vergonzoso espectáculo del hombre que vive lujosamente sin trabajar, sólo porque sus padres ó sus abuelos se enriquecieron mediante un continuo acaparamiento de riquezas, ó á causa de su sórdida avaricia, ó del azar, y hasta de su honrado trabajo, y el del hombre que vive esclavo del azadón, de la hoz ó del martillo para ganarse un alimento mezquino é inseguro, sólo porque sus padres ó sus abuelos no se vieron favorecidos por la fortuna, ó no practicaron la brutal acumulación de las cosas, ó no se lucraron con lo que á sus semejantes pertenecía, y aun porque disiparon todo su haber en vicios.

Con la máxima del nuevo evangelio que dice: «quien no trabaja no come», y mediante la socialización de los medios de producción que imposibilitan la aglomeración fortuita ó inmoral de riquezas que al transmitirse por herencia determinan en los herederos una posición distinta á la que merecerían con arreglo á sus propias aptitudes, la injusta desigualdad que lamentamos será

un hecho imposible. No hay, por tanto, tal paradoja de la igualdad.

La desigualdad de la sociedad socialista no será en modo alguno una desigualdad brutal é intolerable; tendrá siempre por base necesaria una igualdad media en el bienestar, en la satisfacción de las primeras y más indispensables necesidades materiales, intelectuales y morales.

Entonces existirá también la desigualdad proveniente de la constitución ética, mental, física, estética, etc., etc., de cada individuo; pero no existirá la actual desigualdad entre el desgraciado sin vestido, ni comida, ni asilo, y el poderoso envuelto en ricas telas que les resguardan del frío, bien alimentado, bien alojado, sin que en ningún caso se tenga en cuenta el mérito que el uno tenga para tanta fortuna y la culpa que el otro haya para tanta adversidad.

El socialismo determinará, además, una disminución, aunque no inmediata, de muchas de las más ingratas desigualdades de orden físico, estético, moral, intelectual y otras.

Los efectos fisio-patológicos del ocio, unido á una sobrealimentación en unos casos y á una nutrición escasa en otros, producen diferencias físicas notables; sabido es que

las clases proletarias son físicamente, por regla general, más pequeñas y más débiles que las clases dominantes.

La falta de abrigo contra la intemperie; el escaso aseo personal; la monotonía y la mala calidad de los alimentos; la necesaria promiscuidad de los sexos en habitaciones reducidísimas; el abuso alcohólico, no atemperado por una adecuada resistencia nerviosa, hacen de los pobres una raza inferior, menos bella, de prematura decrepitud. Por el contrario, la excesiva cantidad de sustancias alimenticias; los vicios; la unión constante entre individuos de una misma posición por despreciables sentimientos de casta, y otras muchas razones, hacen de los ricos una segunda raza que se desarrolla paralelamente á la otra, pero con caracteres diversos, poco sana, torpe, degenerada.

Queremos, escribe acertadamente Nit-ti (1), «que las desigualdades humanas estén realmente determinadas por la naturaleza, por el ingenio, por el valor, y no

(1) *L'ora presente*, página 34 (Torino, 1893). En unas líneas anteriores observaba á este propósito el mismo autor que «... la nivelación de los hombres, si no atentara á las leyes de la naturaleza y fuese realizable, sería el sepulcro de la civilización...»

por azar, por el privilegio ó por la herencia».

«El socialismo—escribe Deville—busca la igualdad en los medios de desenvolvimiento y de acción, es decir, la igualdad en el punto de partida. Lo que no pretende en ningún caso es la igualdad en el camino, ni la igualdad en el punto de llegada. El socialismo, al garantizar á todos los hombres las mismas condiciones para que se eduquen y se desenvuelvan, lejos de realizar la uniformidad, facilitará y acentuará las desigualdades naturales, ya sean físicas ó intelectuales. Son de tal clase estas desigualdades, que, aun cuando fuera posible, el socialismo se guardaría mucho de eliminarlas, pues reconoce que constituyen una de las condiciones esenciales del perfeccionamiento de la especie» (1).

Los hombres nacen desiguales, escribía Joubert (2), y la gran obra de la sociedad es disminuir esta desigualdad en cuanto es

(1) CARLOS MARX: *El Capital*.—Resumen de G. Deville.

(2) DE LAVELEYE, *Le socialisme contemporain*: «La uniformidad de la igualdad que se atribuye al socialismo es una mentira y un absurdo. Aun siendo posible, sería irracional, estaría en contradicción con la naturaleza humana y habría que renunciar á que la sociedad se desenvolviese conforme á ese principio.»

posible, procurando á todos la seguridad, la propiedad necesaria, la educación y los auxilios precisos.

No aspira, pues, el socialismo á que todos los hombres tengan una nariz igualmente larga, una boca del mismo tamaño, un pelo de idéntico color, y otras igualdades estúpidas del mismo género, sino á colocar á todo hombre en una misma situación favorable, con relación á sus cualidades congénitas, para su desarrollo y aprovechamiento adecuados.

No porque la naturaleza sea desigual hemos de acentuar la desigualdad. El hecho de que una persona sea ciega, ¿es acaso un motivo para mutilarla nuevamente?

La igualdad proclamada por los socialistas es la igualdad de todos en un estado de bienestar material y moral que sea igual para todos, pero sólo en cuanto les garantiza una existencia material y moral, humana.

Así, la igualdad en la salud no significa que todos tengan el mismo grado de vitalidad, de resistencia á las enfermedades, etcétera, sino que todos estén sanos; la igualdad en la inteligencia no quiere decir que todos tengan la misma potencia cerebral, sino que todos sean inteligentes; la igualdad económica no expresa que todos sean

igualmente ricos, sino que ninguno sea pobre. Y la palabra *todos* ha de entenderse en el sentido de referirse al tipo medio humano, al de la mayoría de los asociados.

La igualdad de los socialistas no es ciertamente un hecho más contrario á la naturaleza que la construcción de los grandes túneles de Cenisio y de Gottardo.

¡Pobres de nosotros si hubiésemos respetado y respetásemos siempre lo que ha existido y existe en la naturaleza!

La obra secular del hombre ha tendido siempre á modificar la naturaleza allí donde se mostraba inconciliable con las exigencias de la vida humana.

La naturaleza nos ha hecho desnudos, y estamos vestidos; la naturaleza nos ha dado la selva y los animales feroces, y hemos roturado aquélla y educado á éstos en su mayor parte; la naturaleza ha puesto la barra del monte, y la hemos traspasado; ha establecido los istmos, y los hemos abierto.

El hecho de que el hombre, forzado por la necesidad de vivir, acomode la naturaleza á sus necesidades, no pasa de ser un fenómeno natural.

«Vemos—observaba Buckle (1)—que el

(1) BUCKLE: *L'incivilimento*.

hombre modifica á la naturaleza y que la naturaleza modifica al hombre, y en esta recíproca influencia deben tener necesariamente su causa todos los acontecimientos.»

Por lo mismo que contra las fuerzas de la naturaleza no nos oponemos con locas fantasías (1), consideramos ridícula la objeción de que una cosa debe considerarse inevitable porque existe en la naturaleza.

Pero es ridícula formulada de modo absoluto.

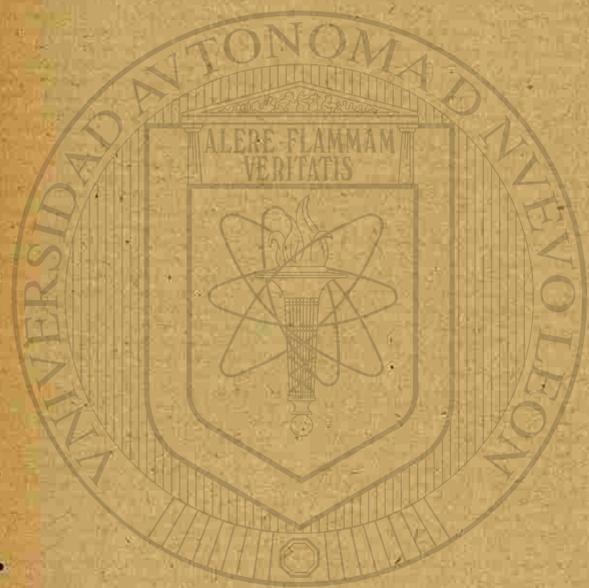
Relativamente tiene algo de verdad, según hemos expuesto en este capítulo, donde queda demostrado que la paradoja de la

(1) «El hombre no paraliza ni destruye—por arte mágico—las leyes de la naturaleza; pero la domina oponiendo unas contra otras. El hombre ha vencido á la naturaleza haciéndola combatir con ella misma. Si los ríos invaden los campos por la ley hidrodinámica de la expansión de los líquidos, el hombre construye diques y opone á esa ley la de la resistencia de los cuerpos sólidos; si los hombres se matan entre sí en la lucha por la existencia, hábito heredado de sus más remotos antepasados, ha equilibrado este impulso impresionando hondamente los cerebros con la idea y el recuerdo del castigo impuesto al homicidio, llegando á eliminar en casos extremos á los incorregibles...» GUILLERMO FERRERO: *La lotta per la vita e la questione sociale. Critica social*, 1891, página 281.

igualdad sólo es tal cuando se presenta en forma paradógica (1).

(1) El tema de la igualdad á que aspira el socialismo está extensamente tratado por Ferri en su libro *Socialismo y ciencia positiva* (traducción española de José Verdes Montenegro, pág. 15). En pro de la necesidad de contener mediante la transformación económica las desigualdades sociales, se pronunciaba ya Muratori cuando escribía: «... las desigualdades económicas no pueden reducirse ni suprimirse sin disminuir todo cuanto sea posible la irritante desigualdad en las condiciones de los bienes disfrutados por algunos individuos...» E. MASÉ-DARI: *L. A. Muratori come economista*, página 26 (Bologna, 1898).

21720



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

CAPÍTULO III

Socialismo, progreso y actividad individual.

FALTANDO en el socialismo el estímulo para el trabajo por la imposibilidad de la acumulación de la riqueza y de los consiguientes beneficios, se paralizará la actividad individual y, por tanto, no habrá progreso y acabará la civilización.

Esta otra objeción vulgar contra el socialismo no tiene mayor consistencia que cualquiera de las que se vienen repitiendo como fastidiosa cantinela.

El socialismo no destruirá la actividad individual, ni impedirá el progreso, ni acabará con la civilización.

Pero antes de refutar la objeción expuesta, voy á presentar una cuestión previa.

¿Es el progreso un elemento tan beneficioso á la humanidad que deba rechazarse

un orden social sólo porque no lo estimule?

Reconozco que la proposición anterior es una proposición atrevida, pero creo que no es absurda.

Si el actual progreso, si todos los inventos que multiplican nuestras relaciones comerciales, que amplían nuestros conocimientos, que nos facilitan por modo extraordinario la vida, tuvieran como resultado una existencia apacible y tranquila, confortada por la paz del espíritu; si los trabajadores de toda labor y los hombres de toda clase pudieran contemplar felices la inmensa nave que surca el mar, y la rugiente locomotora que atraviesa los montes, y el hilo telegráfico ó telefónico que transmite millones de palabras y de afectos, y tantos otros inventos; si pudiesen ver la excelsa maravilla de nuestra civilización con mirada serena y espíritu tranquilo, vibrante de salud la sangre y lleno el corazón de alegría, no me atrevería entonces á decir nada contra el progreso, y mi pregunta estaría totalmente desprovista de fundamento. Pero si demuestro que nuestra civilización, que ese progreso de que nos ufamamos, no ha proporcionado á la humanidad lo que la humanidad anhela, esto es, una existencia feliz, libre de inquietudes, de desilusiones y de sufrimientos, mi pre-

gunta en ese caso estará perfectamente justificada y tendré derecho para sostener que si el progreso no conduce á la felicidad, puede aceptarse el socialismo aun sin progreso.

No siendo el progreso factor indispensable para la felicidad humana, su valor queda reducido á un ideal puramente platónico expresado en la fórmula «el progreso por el progreso».

Y esta fórmula es estéril y vana.

Ahora bien; ¿es cierto que el progreso en nuestra sociedad haya mejorado por sí mismo nuestra existencia?

¿Qué satisfacción íntima, qué serenidad en los corazones, qué reposo en los cerebros han producido el vapor, el telégrafo, el teléfono, el Canal de Suez y los túneles de Cenisio y de Gottardo?

¿Acaso somos más felices que nuestros padres que surcaban los mares en un barco de vela, y se trasladaban de ciudad á ciudad, ya á pie, ya conducidos, con gran riesgo de su vida, en un detestable vehículo?

¿Es que la luz brillante del foco eléctrico ha desvanecido nuestros sufrimientos y no tenemos tantos ó más que nuestros abuelos, á pesar de las ensalzadas conquistas de la industria, de la ciencia y del comercio?

Si el progreso fuese en efecto un elemento de felicidad comparable con la que augura el socialismo, las generaciones actuales serían mucho más felices que las de los siglos pasados.

En los noventa últimos años se ha inventado y se ha descubierto mucho más que en todas las edades anteriores; el comercio y la industria han adquirido un desarrollo jamás soñado; las máquinas y los instrumentos de las fábricas y de la agricultura se han multiplicado prodigiosamente, y las ciencias han marchado de conquista en conquista.

Pero si intentamos comparar ese vertiginoso avance del progreso con los factores de nuestra felicidad, ¿qué es lo que encontraremos?

Enrique George dice elocuentemente: «Allí donde la población es más densa y la riqueza mayor, donde los medios de producción y de cambio están más desarrollados, se encuentra también la miseria más extrema, y es la lucha por la vida más cruel y el ocio forzoso más continuado... El vagabundo, el desheredado, han seguido á la locomotora, y las casas de refugio y las cárceles son signos tan seguros del *progreso material* como los lujosos palacios, las elegantes tiendas y las majestuosas iglesias.

En las calles, iluminadas por el gas, los mendigos esperan al que pasa, y estos temibles hunnos y feroces vándalos, de que hablaba Macaulay, cobíjanse en el umbral del colegio, de la biblioteca y del museo» (1). El contacto íntimo que George ha señalado entre el progreso y la pobreza, es aún más exacto y ciertamente más trágico entre el progreso y el dolor.

El número creciente de esos pesimistas prácticos que se llaman suicidas, el de los locos, el de los alcoholistas que buscan en el licor el alivio de sus penas, es la prueba formal y plena de que el progreso contribuye muy poco á hacer grata y apacible la existencia.

Por otra parte, el progreso, aumentando las necesidades de todos y no haciendo que todos puedan disponer de los medios para satisfacerlas, es causa, en el presente orden social, de sufrimientos y de desigualdades.

Solamente una pequeña, pequeñísima, minúscula parte de la humanidad, acaparadora de los productos, de las utilidades y del poder, halla en el progreso placeres intelectuales.

(1) GEORGE: *Progreso e povertà* (París, Guillaumin, 1889).

tuales ó sensuales, recreo para la vista, para el oído, para el gusto, ausencia ó ahorro de fatiga, y, en una palabra, aumento de felicidad en cuanto ésta es compatible con la naturaleza humana.

Para el resto de los hombres, en punto á su felicidad, el progreso de nuestra sociedad, de la sociedad burguesa, es un elemento enteramente negativo.

Por consiguiente, nada importaría que el socialismo fuese inadecuado para realizar ulteriores progresos, si, por otra parte, era apto para asegurar á la familia humana una existencia más sana, más cómoda, más tranquila.

Pero el socialismo no se opone al progreso, el cual, por el contrario, será en la sociedad socialista un factor positivo de general felicidad.

Por tanto, en el socialismo podrá existir la civilización verdadera, no la civilización moderna, que en muchos casos no es más que una barbarie disfrazada.

Sólo porque hoy tenemos magníficos palacios, y suntuosas iglesias, grandes monumentos, y espléndido comercio, y fábricas, y puentes, y barcos, y túneles, y laboratorios, y gabinetes científicos, y bibliotecas, etc., etc., nos llamamos civilizados.

Pero todo esto es apariencia de civilización y no civilización verdadera.

Al lado de la casa magnífica, está el tugurio; cerca del lujoso teatro, el *Monte de Piedad*; el opulento capitalista tropieza á su paso con el astroso mendigo.

Y aún hay más: la observación nos permite ver que en la casa llena de todas las comodidades, templada en invierno, fresca en verano, limpia y segura, habita el que no trabaja, el que vive en el ocio y en la disipación, mientras el que produce, el que suda, el que trabaja en labor incesante, vejeta, allá en el suburbio, en infectas casuchas, sucias, húmedas, tan frías en invierno como calurosas en verano, en las cuales se juntan en inmoral y antihigiénica promiscuidad, mujeres y hombres, viejos y niños, sanos y enfermos.

La observación nos dice que las maravillas de la industria y del arte que vemos á diario, no son producto de un pueblo feliz, que emplea en crearlas su actividad y su energía, sino la obra de una muchedumbre que construye palacios, iglesias, monumentos, que fabrica muebles, sedas, paños, alhajas, vajillas y toda clase de cosas útiles é inútiles, mediante un trabajo asiduo, abrumador, duro, recompensado mezquinamente

con lo indispensablemente preciso á la más miserable existencia.

El albañil no habita el edificio que ha levantado; el leñador no se calienta á la lumbre de la leña que cortó; la costurera no se viste con el traje que ha confeccionado; en suma, ser productor equivale á no ser consumidor.

Contemplando nuestra actual civilización sentimos la misma impresión del viajero que se detiene ante las pirámides de Egipto.

Esos grandes monumentos, según advierte sabiamente uno de los más profundos filósofos de la historia, no son testimonio de verdadera civilización, sino de una época anormal y corrompida (1).

Si esas pirámides pudieron construirse, fué porque millones de hombres vivían en la más penosa de las esclavitudes, y unos cuantos dominadores los explotaban en su propia satisfacción.

En transportar una roca desde Elefantina á Saida estuvieron ocupados 2.000 hombres por espacio de tres mil años, y para levantar una de las pirámides se emplearon, durante veinte años, 360.000 hombres...

Y así como no tenemos el atrevimiento

(1) BUCKLE: *L'incivilimento*.—VACARO, obra citada.

de llamar civilización al estado social antiguo, tampoco podemos considerar como verdadera la civilización moderna, á pesar de cuanto hay de admirable en ella.

No es civilización un estado social que abona el dicho de Rousseau de que en nuestra sociedad el lujo de los ricos es la miseria de los pobres.

No es civilización un estado social que justifica lo que Gladstone dijo con referencia á su país en la Cámara de los Comunes el 14 de Febrero de 1843, esto es: «que el aumento constante de las riquezas de las clases elevadas y la acumulación de los capitales, van acompañados de una disminución en el consumo del pueblo y de una mayor suma de privaciones y sufrimientos en las clases pobres».

No seremos, efectivamente, civilizados mientras no progreseemos en beneficio de todos.

La civilización verdadera, el progreso eficaz, sólo puede lograrse en una sociedad más orgánica, más integral que la presente, como es la que se funda en el sistema socialista.

Los adversarios del socialismo afirman que la abolición de la propiedad privada de los medios de producción matará el estímulo

lo del trabajo, porque nadie tendrá interés en trabajar, ya que no podrá esperar compensación proporcionada á su esfuerzo. Es el capital, la tierra, el huerto, la casa, cuya adquisición puede ser remota pero cuyo deseo siempre vive en el hombre, lo que le hace consumir sus energías, forzar su pensamiento, producir, obrar.

Así hablan los adversarios del socialismo.

El logro de la comodidad y de la riqueza para sí ó para la propia familia—añaden—es el fin último de la mayor parte del trabajo humano, tanto de la labor intelectual como de la manual, y excluir la posibilidad de realizar ese fin es matar en el hombre el espíritu de iniciativa, la fiebre de la investigación.

¿Qué hay de cierto en eso que Lombroso denomina explosión del buen sentido? (1).

Como todas las afirmaciones del buen sentido ó del sentido común, ésta no sabe elevarse á la concepción precisa de la verdad.

Para resolver la cuestión conviene tener presente cuáles son los motivos determinantes de los actos humanos y examinar si en una sociedad fundada sobre bases socialis-

(1) CÉSAR LOMBROSO: *L'uomo di genio* (Torino, 1894).

tas estos motivos se restringen ó amplían, se atenúan ó fortalecen.

El placer es la aspiración constante de todos, pero el placer tiene las más diversas manifestaciones, es un cristal de infinitas facetas.

La satisfacción del placer comprende desde la necesidad imprescindible del alimento y del sueño hasta la necesidad intelectual, sensual, de salud, etc., etc.

Para satisfacción de la inteligencia se compone una poesía, del mismo modo que por necesidad económica se falsifica una letra de cambio, ó por anómala exigencia del organismo degenerado se estupra ó se mata.

No sólo es por comer, como no es sólo por tener un capital, una casa, una posición independiente, por lo que se trabaja, por lo que se pierde la salud, se pasan las noches en vela, se llora y se sufre. Si sólo por ser rico, por ser propietario, se trabajase, poquísimos trabajarían, porque muy pocos son los que tienen la probabilidad de llegar á ser capitalistas ó propietarios (1).

(1) CARLOS MARX y FEDERICO ENGELS, *Manifiesto comunista*: «... Se objeta al socialismo que con la abolición de la propiedad privada cesaría toda actividad y

No es por la idea de convertirse en capitalista por lo que el herrero, el albañil, el minero, el escritor, las costureras, están en el taller, en el puente en construcción, en el subterráneo, en el escritorio, en el andamio, diez ó doce horas diarias. No; no es por eso. El noventa y cinco por ciento trabaja por la necesidad de trabajar para vivir, y esta necesidad subsistirá en el socialismo. Y así como no es el afán de enriquecerse el que obliga á trabajar, tampoco es ese estímulo el que determina la producción artística, científica y literaria.

La necesidad de trabajar para vivir obliga á unos á ser mozos de cuerda, traperos, etc., y á otros, á causa de sus especiales aptitudes, á dedicarse á un arte, á una industria, á una ciencia, á pintar cuadros maravillosos, á descubrir una máquina utilísima, á redactar libros inmortales.

Las grandes invenciones de otros tiempos, los grandes descubrimientos, en los que se funda el progreso, tienen por generadores sentimientos más complejos que el vanal de hacer dinero: toda la historia de

existiría una ociosidad general. Si así fuese, la sociedad burguesa no existiría hace mucho tiempo, porque en ella quien trabaja no obtiene lucro, y quien lo obtiene no trabaja.

los pensadores geniales, buenos ó malos, nos dice que se movieron por amor, por vanidad, por ambición, por espíritu de venganza, por anhelos de nuevos ideales y por otros muchos motivos en que puede inspirarse el ser humano (1).

En el socialismo no se extinguirá el estímulo imperioso que consiste en la necesidad individual de trabajar para vivir y en la necesidad social de emplear máquinas, utensilios, instrumentos de toda clase.

No hay razón alguna para sospechar que en el socialismo habrán de faltar los estímulos de la vanidad, de la ambición, del amor propio, de la satisfacción íntima del alma, ni hasta el de una mayor recompensa al que preste mayor utilidad á la vida social.

Hoy día, supuesta la organización de nuestra sociedad, el capital, la casa, la posición pueden ser para el hombre un estímulo á su actividad, puesto que, á causa de esa misma organización, el capital, la casa, la posición son una mayor garantía de bienestar y de tranquilidad de la existencia.

Pero cuando, mediante una constitución

(1) Basta leer á este propósito las obras de Smiles, Tissandier, Lessona, Lombroso, etc., sobre la vida de los grandes hombres, de los mártires de la ciencia, de los genios.

BIBLIOTECA DE MONTELEONE
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

social diversa, se nos garantice el trabajo, no será entonces el capital, la propiedad privada, sino los útiles del trabajo lo que constituya el estímulo para trabajar. Y como la actividad individual se verá en el socialismo estimulada á desenvolverse á causa del interés material y moral de cada uno, el socialismo asegura un progreso en las condiciones de vida muy superiores á las actuales.

En nuestra sociedad la miseria detiene el paso á un ejército de hombres capaces: ¡quién sabe cuántos artistas, filósofos, ingenieros, poetas, científicos pierde la humanidad todos los días porque la necesidad, el hambre no les permite educarse, ni revelar sus aptitudes!

«Jamás podrá saberse cuántas privilegiadas inteligencias, oprimidas por la mano homicida de la miseria, han dejado de producir ó han producido mucho menos de lo que podían.

»Acaso fuese un genio aquel analfabeto cuyo cerebro superaba en volumen al de Cubrier y al de Schiller. Las adversidades sufridas por los grandes hombres, vencidas por ellos á fuerza de energías con auxilios extraordinarios, permiten afirmar que es inmenso el número de los que se quedan á

mitad del camino. ¿Qué habría sido de Augusto Comte si la generosidad de sus amigos Littré y Stuar-Mill no hubiera aliviado su miseria? ¿Qué de Ricardo Wagner si Luis de Baviera no le hubiera librado de escribir romanzas sentimentales?» (1).

La supresión normal de la miseria, al menos para todos los trabajadores, impedirá en la sociedad socialista esa enorme pérdida de inteligencia; permitirá á todos optar, conforme á sus respectivas capacidades, por el arte, la ciencia, la literatura, etc., y favorecerá é impulsará así extraordinariamente al progreso.

Por otra parte, la abolición del parasitismo en todas sus formas y la supresión de todo trabajo inútil, reducirá la labor diaria y dedicará á labores beneficiosas las energías individuales.

«Si el tiempo y el trabajo que hoy se emplea en crear cosas inútiles, supérfluas y hasta nocivas, escribe Laveleye, se consagrarse á crear cosas útiles, estarían con exceso satisfechas las necesidades de todos» (2).

(1) *Critica sociale*, número 8, 1894, página 730. EMILIO VANDERVELDE: *El capitalismo y el trabajo intelectual*.

(2) LAVELEYE: *Le socialisme contemporain*.—KROPOTKINE: *La conquête du pain*.—LORIA: *Analisi della pro-*

Además de esa pérdida diaria del producto de millones de brazos y de cerebros, dedicados unos y otros á servicios inútiles y superfluos, hay en nuestra sociedad otro terrible derroche de fuerza que en una sociedad mejor constituida se consagrará por entero á la causa del progreso y de la civilización.

Me refiero al consumo de vitalidad, de salud, de inteligencia, en la lucha desesperada y afanosa por la existencia.

Día por día consumimos en el temor del porvenir, siempre enemigo de nuestra tranquilidad, en el dolor, un patrimonio incommensurable de energías físicas y morales que podríamos invertir en beneficio de la existencia colectiva.

El socialismo, en cuanto alivia y disminuye el dolor humano y ofrece eficaz garantía á la vida individual, enriquecerá el mundo con una grandísima cantidad de fuerzas individuales hoy desperdiciadas.

La disminución de la criminalidad, del suicidio, de la locura, del vicio, que será

prietà capitalista.—En la *Riforma Sociale*, número 3, 1894, página 210 y siguientes, Novicow, en un artículo titulado *El afán de conquista y sus consecuencias*, cita cifras elocuentes acerca del terrible predominio de lo inútil sobre lo útil, originado por los ejércitos y las guerras.

consecuencia necesaria de un sistema social que no produzca la degeneración, ni la neurosis por la fatiga ó el ocio excesivos, ni el hambre crónica, ni la depauperación, que no predisponga al ejercicio de las acciones criminosas para conservar la vida, transformará de negativas en positivas todas las energías que ahora se emplean únicamente en producir el mal.

Finalmente, una sociedad más culta, mejor dirigida, que guste de las artes, de las letras y de las ciencias, dará á las mismas poderoso impulso, y las ciencias, las letras y las artes tendrán más y mejores cultivadores.

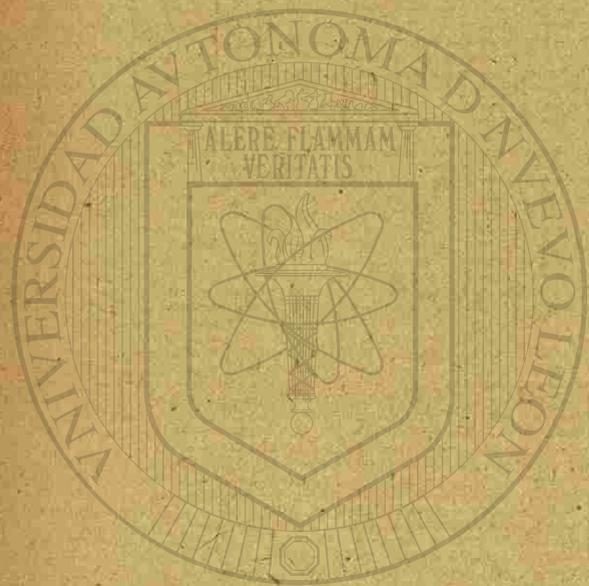
No es cierto, por tanto, que el socialismo se oponga al progreso y mate la civilización.

El progreso será en el socialismo mayor que actualmente, y, además, será un factor esencial de la felicidad de los hombres.

Y mediante el socialismo principiaremos á ser esencialmente civilizados.

Repetimos con Harrison su justa observación (1): «Los siglos hasta aquí transcurridos no son sino el prólogo de la verdadera civilización.»

(1) *Minerva*, Octubre 1898, página 298: *L'evoluzione della nostra razza*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES

CAPITULO IV

El socialismo y la libertad.

Así como no es cierto que el socialismo se oponga á la naturaleza humana; ni que la igualdad, tal como los socialistas la desean, sea imposible; ni que el socialismo niegue prácticamente el progreso, tampoco lo es, conforme se suele repetir, que destruya la libertad individual.

Por el contrario, el socialismo, no abandonando al azar los destinos humanos, sino asegurándolos mediante el trabajo, y reduciendo al mínimo el tiempo dedicado á la producción de lo necesario para vivir, es, en rigor de verdad, garantía de una libertad sustancial, actualmente desconocida para el noventa por ciento de la humanidad y para los otros diez muy poco efectiva.

Sabido es que la psicología científica (1) ha demostrado hasta la evidencia que la palabra libertad no expresa una realidad, sino una simple ficción.

La libertad, en el sentido general y corriente, no existe, porque toda cosa, como todo acto humano, es la consecuencia inevitable, conforme á la ley de causalidad, de precedentes que, á su vez, derivan de otros precedentes diversos.

Cuanto ocurre en el mundo, no ocurre por una especie de generación espontánea, por un *fiat* ajeno á toda razón antecedente que lo produzca.

Nada hay que pueda estar y pueda ocurrir en contradicción con sus causas, y cuanto es y ocurre tiene sus motivos determinantes.

Cuando un hombre dice *yo quiero* ó *no quiero*, no hace más que expresar el último resultado de una serie de motivos que han actuado en él, aumentados, multiplicados, combinados hasta producir el equilibrio estable de una resolución positiva ó negativa. Ribot, en su citada obra, escribe: «La

(1) Véase FERRI: *Sociologia criminale*, páginas 365 y 384 (Torino, 1892).—HERZEN: *Physiologie de la volonté* (París, 1874).—RIBOT: *Las enfermedades de la voluntad* (París, 1888).

voluntad es un estado de conciencia final que resulta de la coordinación más ó menos compleja de un grupo de estados conscientes, subconscientes ó inconscientes (puramente fisiológicos), que, reunidos, se traducen en la acción ó en la inacción.»

La voluntad no es un acto libre, sino un acto resultante de una suma de causas externas é internas, desde la influencia de la atmósfera hasta la influencia de la herencia ó del atavismo.

El libre arbitrio es una ilusión, decía Moleschott, semejante á la de quien, viendo salir el sol, pretendiese que nace porque él lo ve, cuando lo que ocurre es precisamente lo contrario.

Heriberto Spencer, que desarrolla muy claramente el mecanismo de esta ilusión, dice: «La irregularidad y la libertad aparentes son el resultado necesario de la complejidad, y se producen también en el mundo inorgánico en condiciones semejantes... Un cuerpo en el espacio sometido á la atracción de otro cuerpo, se moverá en una dirección que puede predeterminarse con exactitud; si está sometido á la atracción de dos cuerpos, su dirección no podrá calcularse sino aproximadamente; si los cuerpos atrayentes son tres, el cálculo será

menos preciso todavía; y si, por último, el cuerpo influido se halla rodeado de otros muchos de diverso tamaño que marchen en distinta dirección, el movimiento de aquél parecerá independiente de la influencia de cada uno de ellos; seguirá una dirección infinitamente variable que parecerá determinarse por sí misma; en una palabra, parecerá dotado de libertad» (1).

La libertad, pues, en el significado de facultad de hacer ó no hacer un acto contra las causas que nos estimulan á hacerlo ó á no hacerlo, es un absurdo.

En el mundo no hay más que la posibilidad de hacer ó no hacer, según los obstáculos que se opongan y el conocimiento de sus causas.

A esta posibilidad podremos llamarla libertad por comodidad de expresión, y nada más.

Así se dirá que el delincuente es libre con relación á su propia inclinación criminal cuando no existan obstáculos para el desarrollo de la misma, como el pensamiento es libre con relación á su propia manifestación cuando no tiene ningún obstáculo para exponerla.

(1) *Principii di psicologia*, parte 4.^a, capítulo III.

Pero, en realidad, el delincuente es esclavo de su organismo, como el pensamiento es siervo del cerebro que lo concibe, de las impresiones y de la educación que ese cerebro ha recibido.

El delincuente, faltando los obstáculos para el delito, desenvuelve su actividad delictiva; como el pensamiento, no existiendo cortapisas exteriores, puede propagarse.

La libertad, en el sentido indicado de posibilidad, es, por tanto, solamente relativa á un determinado orden de hechos y de cosas. Es decir, que se es libre en una determinada órbita cuando se puede hacer lo que la misma comprende.

Tendremos, por ejemplo, libertad religiosa, cuando no se nos oponga ningún obstáculo para adoptar una creencia en vez de otra.

Habrá libertad religiosa para los católicos cuando las demás religiones estén prohibidas y únicamente se halle admitido el catolicismo.

Por consiguiente, el concepto de libertad está subordinado á la posibilidad de hacer aquello para lo cual se quiere ser libre.

Cuando un hecho no sea posible, no será libre, aunque socialmente no haya prohibición de realizarlo.

Establecido de este modo, acaso con demasiada extensión, pero á mi entender de modo preciso, el criterio sustancial de la libertad, se resuelve fácilmente la cuestión del socialismo y de la libertad.

¿Estarán todos los hombres en el socialismo en condiciones de mayor posibilidad para hacer lo que les plazca sin ocasionar daño á los demás?

Debiendo ser el fin de una constitución social justa, no la libertad de unos pocos, sino la de todos los asociados, precisa indagar si el sistema socialista responde á esta exigencia de carácter general.

Kant afirmaba con su imperativo categórico que el derecho debe ser el conjunto de condiciones mediante las cuales la libertad de cada uno pueda coexistir con la libertad de todos; y Spencer, en su obra *La Justicia* (1), daba la siguiente fórmula: «Todo hombre es libre de hacer lo que quiera siempre que no lesione la libertad igual de ninguno de sus semejantes.»

Estas dos máximas contienen, indudablemente, el supremo principio que debe regular las relaciones sociales.

En una sociedad, por tanto, todo hombre

(1) SPENCER: *La Justicia*.

será libre en cuanto la organización de esa sociedad le permita la realización práctica de los principios de Kant y de Spencer.

El socialismo, que, en virtud de su organización, no exigirá de los asociados más esfuerzo que el preciso para obtener lo necesario para la vida y distribuirá el trabajo entre ellos conforme á sus particulares aptitudes, garantizando la existencia á todos los trabajadores, implica un máximo de libertad, de libertad efectiva, consistente en la posibilidad de que todo individuo haga cuanto quiera, sin la sanción punitiva de la miseria ó del temor al mañana, siempre que los derechos de los demás sean respetados.

Para todos, ó al menos para el noventa por ciento de la humanidad, es hoy la libertad meramente formal, ya que su ejercicio lleva consigo una sanción obstativa de hecho y de derecho de esa misma libertad.

Si se dijese de un hombre que viaja por un desierto, y se ve privado de todo medio de subsistencia, pero sin que nadie le impida movimiento alguno, que es un hombre que puede comer y beber, nadie tomará en serio el argumento; lo mismo ocurriría si se dijese de un hombre que no quiere suicidarse, que es libre de realizar un acto que

le produzca inevitablemente la muerte.

La libertad debe ser sustancial y no solamente formal.

Es el ser ó el no ser de Hamlet. O puede ser sustancial, ó no es.

En la sociedad capitalista la libertad de poder hacer todo cuanto no está prohibido por las leyes, de poder comprar, ser propietario, dedicarse á la labor más grata, etc., etc., es una libertad de la que inevitablemente no puede disfrutar más que una pequeñísima minoría, hallándose la inmensa mayoría, por consecuencia natural de la estructura capitalista, forzada á ser pobre, á estar privada totalmente de la facultad de elegir, ya el trabajo más retribuido, ya el más grato, á estar excluida de la propiedad, sometida á la tiranía del hambre y de las circunstancias (1).

El minero que socava la mina, el albañil que sube al andamio, el herrero que trabaja abrasado junto al horno, ¿conocen acaso la libertad?

(1) «La esclavitud no fué abolida jamás. Se la abolió en apariencia en Roma, en América, en Europa, pero en realidad no se abolieron más que ciertas leyes, no la institución.

¿Puede negarse que la esclavitud subsiste cuando los que se han emancipado del trabajo necesario á la

Que el primero no baje más á su antro, que el segundo no vuelva á subir al andamio, que el tercero no quiera manejar su maza, que se abandonen al placer de la libertad, y todos tres verán cómo para ellos es ésta una vana ilusión.

Los pobres, ya es sabido, no tienen más que una libertad: la de morir de hambre.

La necesidad diaria les recuerda que un minuto del placer de la libertad se traduce luego en sufrir más frío, en comer menos; ocasiona la desolación de las madres, el llanto de los hijos, el desahucio de la guardilla; conviértese muy pronto en miseria y dolor.

En la sociedad actual no existe la libertad social, sino únicamente la libertad burguesa.

En el Manifiesto del partido comunista (1) exprésase exactamente que con el socialis-

satisfacción de las propias necesidades, viven hoy mediante la explotación del trabajo ajeno?

«La esclavitud existe allí donde hay un hombre que no trabaja, aunque los demás hombres trabajen espontáneamente para él, porque ese hombre tiene los medios de no hacer nada y de obligar á los otros á que trabajen para él.»

LEÓN TOLSTOI: *L'argent et le travail*.

(1) Véase el *Manifiesto Comunista*, traducido por R. García Ormaechea, 1904.

mo no desaparecerá la libertad, sino la libertad burguesa, y que los defensores del régimen presente se equivocan cuando confunden esta libertad específica con la *libertad*, así como cuando afirman que se quiere abolir la propiedad porque se pretende abolir la propiedad burguesa.

Al analizar el concepto de la libertad he procurado demostrar que únicamente puede existir ó no existir con relación á un determinado fin.

La libertad burguesa, que es la libertad con relación á la burguesía, no es, en cambio, libertad con relación á la humanidad, y no es posible, por tanto, creer que la supresión de la primera equivalga á suprimir la verdadera *libertad*.

Porque se quiere suprimir la libertad de poder vivir á expensas de otro, de la explotación, de la acumulación de capitales, etc., gritan algunos que se amenaza la libertad.

¿Pero acaso es el hombre menos libre porque las leyes penales prohíban el homicidio, el estupro, el hurto?

Para los ladrones y los asesinos es, en efecto, el Código penal el verdugo de la libertad; pero para los hombres honrados es todo lo contrario.

Del mismo modo, para los beneficiados

por el régimen burgués, la libertad socialista podrá ser la negación de *su* libertad; pero será á su vez la afirmación más terminante de ella para los más, que son víctimas del régimen burgués.

La libertad socialista será diferente de la libertad burguesa, como ésta lo fué de la feudal y la feudal del régimen de esclavitud.

Una de las razones por que se afirma que el socialismo es enemigo de la libertad, consiste en confundir la disciplina táctica del socialismo con lo que ha de ser la organización social socialista (1).

La necesidad que tiene la clase proletaria de presentarse unida, poderosa, la impone hoy una severa disciplina.

Pero del método adoptado para la lucha, no se puede deducir la constitución del organismo por el cual se lucha.

La fuerza de los adversarios, que es considerable y está consolidada por el tiempo, obliga á los socialistas á una acción firme, resuelta, casi militar, para conseguir la victoria.

Así como los ejércitos que combaten por

(1) SPENCER, en su obra *De la libertad á la esclavitud* incurre en este error.

la independencia de un pueblo necesitan para lograrla una disciplina de hierro, el ejército socialista que lucha por la verdadera libertad humana no puede menos de estar sujeto á una norma rígida y severa.

Si el socialismo en determinadas circunstancias y por necesidad momentánea de la lucha, reclama leyes reguladoras de la industria con objeto de aliviar la situación de los explotados, no debe entenderse por ello que aspire á la reglamentación de la sociedad por un poder que determine las necesidades de los individuos, su facultad de acción, el círculo de sus movimientos y el límite de sus aspiraciones... (1).

El socialismo es una sociedad cuyas bases son radicalmente distintas de las de la sociedad moderna, y no es admisible censurarle ni criticarle, teniendo en cuenta la institución que, adaptándose á la organización presente, lucha por su implantación.

Más grave aún es el error de confundir la libertad del socialismo con la libertad del socialismo del Estado.

Esta es una fórmula híbrida con todos

(1) *Critica social*, año II, número 18, 1892: *El socialismo e la libertad*, página 280.

los defectos del individualismo pero sin sus ventajas.

El socialismo del Estado destruye en gran parte la libertad burguesa sin producir la libertad social (1).

En el socialismo democrático es donde esta libertad habrá de concretarse en hechos.

Sustituyendo el régimen burgués por el socialismo, no se va de la libertad á la esclavitud, sino de la esclavitud á la libertad (2). Y ésta será económica, política y religiosa.

En el socialismo todos los hombres serán más libres, porque en él las energías humanas no se emplearán de hombre contra hombre, sino de la sociedad contra las fuerzas

(1) Contra el socialismo del Estado escribe con gran competencia ERRORE CICCORTI en la *Critica sociale*, año III, número 19: *Socialismo di Stato e Socialismo democratico*.

(2) *Critica sociale*, 1892, página 21: «El capitalismo conduce á la servidumbre económica y política, y priva á todos de la libertad, excepto á los diez mil privilegiados. ¿Se atiende hoy, para la elección de profesiones, á las aptitudes individuales? ¿Se pregunta al ciudadano si quiere ó no quiere ser soldado?

«¿No es esta libertad de hoy únicamente la libertad de la cárcel y del cuartel?

«¿Y aún se nos acusa de querer destruir la libertad!» (GUILLERMO LIEBRNECHT en uno de sus discursos.)

de la naturaleza para atenuar los obstáculos que opone á la satisfacción de nuestras necesidades (1).

En el socialismo los hombres serán más libres, porque no existirá, como hoy existe, una clase privilegiada que, detentando el poder, supedita al triunfo de su egoísmo la libertad de la clase dominada.

La libertad socialista para quien ame la libertad no como monopolio de pocos sino como privilegio de todos, será la verdadera, porque será la libertad social.

(1) *Pensiero Italiano*, página 499. EMILIO CALDARA: *Del concepto de la libertad en el orden económico*: «La raza humana, organizada en amplia sociedad confederada (cap. IV, 5), habrá llegado al mayor grado posible de libertad cuando sepa destruir todos los obstáculos que las fuerzas cósmicas externas oponen á la libre satisfacción de sus necesidades y servirse de los elementos naturales hasta donde es humanamente posible utilizarlos; cuando ningún interés privado se oponga al interés general, ningún consumo sea improductivo, ninguna energía se pierda en la esfera particular, ya sea individual, ya sea de clase ó de país, ninguna retribución sea desproporcionada al servicio, ningún servicio quede sin reciprocidad ni complemento; cuando, en suma, la función económica sea función de la sociedad humana.»

CAPITULO V

La monotonía de la sociedad socialista.

UNA vez demostrado en qué consiste la igualdad á que el socialismo aspira, y evidenciado que éste habrá de fomentar la actividad individual y el progreso humano, mediante la libertad de acción que á todos garantiza, parece innecesario perder el tiempo en refutar el estereotipado argumento que la crítica superficial formula diciendo que la sociedad socialista será desesperadamente monótona.

Pero teniendo en cuenta la tenacidad con que tales equivocados conceptos arraigan en los cerebros, y la dificultad que la mayor parte de los hombres siente para inducir y deducir por sí mismos, por claros que sean los antecedentes de que hayan de partir,

de la naturaleza para atenuar los obstáculos que opone á la satisfacción de nuestras necesidades (1).

En el socialismo los hombres serán más libres, porque no existirá, como hoy existe, una clase privilegiada que, detentando el poder, supedita al triunfo de su egoísmo la libertad de la clase dominada.

La libertad socialista para quien ame la libertad no como monopolio de pocos sino como privilegio de todos, será la verdadera, porque será la libertad social.

(1) *Pensiero Italiano*, página 499. EMILIO CALDARA: *Del concepto de la libertad en el orden económico*: «La raza humana, organizada en amplia sociedad confederada (cap. IV, 5), habrá llegado al mayor grado posible de libertad cuando sepa destruir todos los obstáculos que las fuerzas cósmicas externas oponen á la libre satisfacción de sus necesidades y servirse de los elementos naturales hasta donde es humanamente posible utilizarlos; cuando ningún interés privado se oponga al interés general, ningún consumo sea improductivo, ninguna energía se pierda en la esfera particular, ya sea individual, ya sea de clase ó de país, ninguna retribución sea desproporcionada al servicio, ningún servicio quede sin reciprocidad ni complemento; cuando, en suma, la función económica sea función de la sociedad humana.»

CAPITULO V

La monotonía de la sociedad socialista.

UNA vez demostrado en qué consiste la igualdad á que el socialismo aspira, y evidenciado que éste habrá de fomentar la actividad individual y el progreso humano, mediante la libertad de acción que á todos garantiza, parece innecesario perder el tiempo en refutar el estereotipado argumento que la crítica superficial formula diciendo que la sociedad socialista será desesperadamente monótona.

Pero teniendo en cuenta la tenacidad con que tales equivocados conceptos arraigan en los cerebros, y la dificultad que la mayor parte de los hombres siente para inducir y deducir por sí mismos, por claros que sean los antecedentes de que hayan de partir,

se comprenderá la conveniencia de detenerse un momento á refutar esa objeción constantemente repetida, empresa que es tanto más fácil cuanto más triviales son los motivos en que se apoya.

Una triste cantinela llega á nuestros oídos cuando se habla de la monotonía de la sociedad socialista.

Parece como que queremos crear un mundo en que los hombres han de ser todos morenos ó rubios, altos ó bajos, imbéciles ó geniales; las casas exactamente iguales; la vida igualmente larga; en que á una misma hora se coman los mismos manjares en idéntica cantidad; en que ha de dormirse á un mismo tiempo; levantarse en un momento determinado, y quién sabe si hasta poner las montañas á un mismo nivel.

Según los señores que entonan esa triste canción, hemos de sentir todos un fastidio infinito, porque estando el general bienestar asegurado á todos, nadie desplegará la menor actividad; los hombres de ingenio no harán más descubrimientos, ni escribirán más libros, ni compondrán más música; los enérgicos perderán su carácter, entonces inútil, ya que deberá acomodarse al tipo medio de los más; y todos, jóvenes y niños, después de realizar el escaso trabajo

necesario y obligatorio para procurarse la subsistencia, pasarán el tiempo tocándose la barriga como los monjes del immaculado Athos.

Aun siendo la sociedad socialista tal como la describen sus contradictores, no existiría en ella el contraste de un hombre descalzo y astroso y otro perfumado y peripuesto; ni del lupanar inmundo y el palacio suntuoso; ni de familias enteras que tiritan de frío y mueren de hambre, mientras otras tienen palacios y carruajes; ni de los niños desarrapados de los pobres y los robustos, aseados y alegres hijos de los ricos; ni de centenares de hombres sin trabajo que recorren las ciudades pidiendo limosna, en tanto que en los círculos y casinos, por cuya puerta pasan, otros matan el tiempo jugando y malgastando miles de pesetas.

En esa sociedad de aburridos—se añade—no se oirá tampoco el alegre son de las charangas militares, ni se presenciará la brillante parada de las tropas.

Es indudable que en la sociedad socialista no existirá esa variedad que nace de la injusticia erigida en sistema, de la lucha cruel de los hombres entre sí, de los contrastes dolorosos que forman los buenos que sufren y los malos que disfrutan, los peores

que mandan y los mejores que obedecen.

La monotonía de la sociedad del porvenir podrá ser quizá la monotonía del bien, de la felicidad compatible con la naturaleza humana.

¿Y quién se atreve á rechazar esta supuesta monotonía? ¿No será un loco moral quien sostenga la necesidad de los criminales, la existencia del ladrón, del estafador, del homicida, para evitar la monotonía de una sociedad de hombres honrados, en que no haya defensas de abogado, ni inquisitorias y acusaciones fiscales, ni policías, ni soldados, ni necesidad de estimular la prudencia para defenderse de los defraudadores, ni de avivar el esfuerzo para contener á los desalmados?

Reflexionando sobre la repetida observación de nuestros adversarios de que el socialismo prepara una vida monótona y aburrida, se deduce forzosamente que la existencia presente no lo es ó que lo es menos de la que nosotros anhelamos.

Objetivamente la existencia moderna no es monótona; pero subjetivamente, salvo contadas excepciones, lo es en un grado máximo.

Las grandes industrias, el comercio, la febril agitación que es la nota más saliente

de la época moderna, dan, en efecto, por resultado un conjunto de inmensa variedad; pero ésta no existe para los individuos que en esos actos intervienen, aun cuando sugestione á los que se limitan á contemplar tan animado conjunto.

Quien visita una fortaleza y presencia las evoluciones de los regimientos, de los batallones, de las compañías, de los pelotones, de las escuadras, y las marchas en columna, y los cambios de frente, y el manejo del fusil, encuentra variado y entretenido el espectáculo de aquel millar de soldados en movimiento, sin pensar que cada uno de ellos se aburre extraordinariamente y realiza un trabajo de los más pesados y monótonos.

Quien va al teatro y ve todas las tardes una función diferente, daría prueba de escaso juicio si dedujese de su propia diversión la de los actores, para quienes las representaciones, que al espectador parecen nuevas, son, por el contrario, repetición automática de obras representadas centenares de veces.

Pues bien; el razonamiento del que alaba la variedad que la vida social individualista ofrece á los hombres, equivale exactamente al razonamiento que, de la variedad de los

ejercicios complejos de una brigada de soldados, deduce la variedad del ejercicio de cada uno de éstos, ó de la variedad de las representaciones dramáticas, infiere la diversión de cada uno de los actores.

La variedad de nuestra actual sociedad es una variedad enteramente objetiva.

Cierto que quien contemple el desorden de nuestra vida diaria, y el comercio y la industria, y el bullicio de la ciudad y los millares de viajeros que transitan por los caminos de hierro, y los millares de navegantes que atraviesan los mares, y observe en todas partes la agitación y el trabajo incesantes de la muchedumbre en los talleres, en los campos, en las escuelas, etc., etc., recibe la impresión de una actividad y de una energía constantes, extraordinarias, crecientes, que excluyen en absoluto toda idea de monotonía.

Pero si abandonamos el conjunto de toda la vida moderna para descender á los individuos uno por uno, y observamos la vida de cada uno de ellos, es forzoso reconocer que la inmensa mayoría invierte actualmente el tiempo en ocupaciones automáticas, en repeticiones enojosas de profesiones y de oficios.

Así como de la combinación de muchas

partículas, que, aisladas, no tienen valor estético alguno, resulta el artístico mosaico; así de la combinación de las ocupaciones individuales, que en sí mismas son monótonas, resulta la variedad de la existencia universal.

Cuando vemos una población rica en negocios, y observamos el constante ir y venir de las gentes, el continuo tránsito de comisionistas y factores, nos parece que los comerciantes, los comisionistas y los dependientes no deben aburrirse jamás por la variedad de su género de vida.

Pero apenas consideremos que semejante género de vida es siempre igual y ha de durar diez, veinte, treinta años, y que, en ese tiempo, comerciantes, factores y comisionistas no hacen, respectivamente, más que comerciar, vender y comprar mercancías, hacer trajes, escribir notas, cerrar paquetes, y esto el lunes, y el martes, etc., y en invierno y en verano, y en primavera y en otoño, advertiremos que la variedad de aquella ciudad mercantil sólo existe para el espectador.

La monotonía es inevitable en el régimen económico actual.

El régimen de la libre concurrencia impone la más extraordinaria división del

trabajo, y, por consiguiente, la mayor especialización de los trabajadores.

Y esta especialización origina la más desesperante monotonía en la labor.

El empleo de la maquinaria, tan beneficiosa y preponderante en el régimen del capital privado, obliga al operario á la ocupación, poco intelectual y muy aburrida, de vigilar el regular funcionamiento de las máquinas.

¿Puede concebirse nada más monótono que la tarea del obrero que durante diez, doce ó quince horas diarias repite en el telar un movimiento siempre igual al movimiento anterior, y que si no fuese monótono podría ocasionarle la muerte?

El mundo de los proletarios es una protesta contra la variedad, subjetivamente considerada, de la vida moderna.

El minero, que en el fondo de la mina maneja un pico de sol á sol; el albañil, que subido en el andamio ó á horcajadas sobre un madero, respira durante todo el día el polvo de la obra que levanta ó demuele; el herrero, que pasa diez ó doce horas seguidas golpeando en el yunque ó moviendo el fuelle; el leñador, que pasa meses y años podando y derribando árboles; el zapatero, que clavetea suelas en su reducido portal;

la modista, que consume su juventud confeccionando vestidos; la lavandera, arrodillada de continuo en su banca; el dependiente de comercio, que vive en un tenducho sin aire y sin luz; el escribiente, que durante diez años copia cartas que no comprende ó que no le interesan; toda la muchedumbre condenada á ganar el pan con el azadón, con la hoz, con la pluma, con la aguja, sin cambiar nunca de ocupación ó cambiando de ella á largos intervalos, afirma con voz doliente que la monotonía pesa como una capa de plomo sobre la sociedad individualista.

La existencia es muy divertida para el parásito enriquecido, no para el que trabaja, á pesar de lo que se dice del trabajo, con interesado elogio, llamándole satisfacción y premio de sí mismo.

El trabajo causa alegría y satisfacción cuando produce en proporción al esfuerzo empleado, y cuando estimula y se acomoda á las aptitudes y facultades del que lo realiza; no cuando convierte al hombre en máquina.

Para el ocioso afortunado, la vida no es monótona porque puede entretener el día paseando en carruaje, ó visitando una exposición, ó descansando en un confortable casino, ó asistiendo á una partida de caza,

ó distrayéndose con los espectáculos del deporte, ó en el higiénico ejercicio de la equitación ó de la esgrima, etc., etc.; y por la noche, después de un banquete con amigos ó amigas, puede asistir á un baile, ó á un teatro, y á última hora á una alegre cena, vida que hace en Niza y en Montecarlo durante el invierno, y en San Moritz, en el Rigi ó en las playas de Rimini ó de Livorno, durante el verano.

A excepción de los «diez mil privilegiados» y de algunos industriales, comerciantes y profesionales en quienes la monotonía se sustituye por una variedad extremada, necesariamente morbosa, para la generalidad de los hombres la vida moderna es cruelmente monótona.

La vida de la sociedad socialista no será, ni podrá ser más monótona que la actual. Facilitará la quietud necesaria á la naturaleza humana, que es enemiga de todo esfuerzo gigante; pero lejos de ser menos variada, lo será mucho más que en la sociedad individualista.

El socialismo, por su constitución, habrá de ser esencialmente vario, considerado en sus componentes; mientras el capitalismo, por su propia naturaleza, es para los individuos esencialmente monótono.

El socialismo que implica la participación en el trabajo de un contingente de hombres mucho mayor que el actual, dirigirá, además, la actividad de todos ellos á la producción de cosas útiles, no poniendo, como al presente ocurre, el mayor caudal de energía al servicio de obras inútiles.

Esto dará por resultado disminuir el trabajo del enorme número de individuos que, forzados á trabajar para vivir, no hacen hoy sino vivir para trabajar.

Pablo Lafargue, en su opúsculo titulado *El derecho al ocio*, ha dicho que, en una consociación socialista, bastará que se trabaje durante tres horas diarias, pudiendo dedicarse las restantes á la cultura, al recreo y al descanso.

Aparte de la previa determinación de horas que es imposible señalar con exactitud, es indudable que en el socialismo no podrá haber esas jornadas monstruosas que constituyen la vergüenza del régimen burgués.

Y si el trabajador no tendrá entonces absorbido el día entero en la conquista del pan, es natural que su vida sea menos aburrida.

Cuando toda la energía física, intelectual y moral no se agote en el trabajo de la tienda, del campo, del taller, de la fábrica,

habrá medio de estudiar, de educarse, de civilizarse.

La práctica de ocupaciones diferentes eliminarán, por tanto, el tedio de la vida, y el obrero, que en el régimen individualista consume la juventud, la virilidad, la vejez, en la repetición cansada de unos mismos actos, hallará la variedad de la vida en la libre variedad de la acción.

Mientras en el régimen individualista es forzoso tener una profesión u oficio, que no siempre responde á las inclinaciones del que la ejerce ó practica, faltando por ello entusiasmo para el trabajo, en el régimen socialista las ocupaciones corresponderán en todo caso á las capacidades y aptitudes individuales, por lo que el trabajo será un elemento de satisfacción.

Los teatros, los museos, las exposiciones de arte y de industria, etc., abiertos á todo el mundo, ofrecerán á todos un eficaz medio de instrucción y de sano esparcimiento.

De este modo, colegiada la colectividad para un solo fin, el bienestar individual, utilizadas todas las fuerzas sociales, sin que sea posible el abuso de ellas, se aplicará la inmensa potencia redentora de sus millones de cerebros y de brazos á producir cuanto

sea necesario para hacer la vida menos penosamente monótona.

El socialismo aparece monótono á aquellos que, nacidos en la clase dominante, no han conocido en toda su espantosa y abominable realidad las condiciones en que viven las clases pobres.

Pero el socialismo, en rigor de verdad, no tendrá más que una monotonía: la monotonía de la mayor felicidad que es compatible con la naturaleza humana.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VI

El socialismo y la felicidad.

Uno de los cargos que también formulan los adversarios del socialismo, es que éste pretende ser la panacea de todos los males, haciendo felicidad de los hombres.

Y es casi siempre corolario de esa censura la afirmación de que en el mundo no es posible la felicidad, y de que, por radical que sea la transformación de la sociedad, no por eso se suprimirá el dolor.

Según otros, la mayor sensibilidad que el socialismo promete, será causa de que el dolor aumente también en la misma proporción.

Ni la censura ni su corolario me parecen justos.

El socialismo no tiene la pretensión que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

se le atribuye; pero no cree tampoco que sea imposible lograr en este mundo una felicidad relativa.

Nos faltan muchos datos para predecir, como afirma oportunamente Felipe Turati (1), el grado de felicidad que alcanzaremos ó que alcanzarán nuestros hijos.

Pero aun cuando no sea posible descender á una determinación específica, es, sin embargo, posible formular consideraciones de carácter general.

Los socialistas no afirman que el socialismo ha de realizar de golpe y porrazo la felicidad completa.

Lo que, por lógica experimental, sí parece indudable es que las modificaciones que ha de realizar en la vida social tendrán por resultado un aumento de felicidad, ó, cuando menos, una disminución del sufrimiento.

(1) *Critica sociale*, 1.º Enero 1894, página 10. Nota al artículo *El socialismo nos hará felices*.

Acerca de la cuestión sobre pesimismo y socialismo, véanse, además, los siguientes trabajos: GRAF: *Critica sociale*, 1894, número 24, y MOMIGLIANO, números 22 y 23 de la *Critica sociale*, 1893.—Sobre la imposibilidad de obtener la felicidad mediante una transformación social, léase la carta de Olindo Guerrini al senador Marescotti en el libro de este último, titulado *El socialismo, sus axiomas y su carácter*, que resume en forma altisonante las observaciones de muchos pesimistas.

Uno y otra serán mayores á medida que la organización socialista se perfeccione (1), pues sólo después de un período más ó menos largo, á contar desde su instauración, podrán conocerse al detalle sus beneficiosos y positivos efectos.

Son casi innumerables los sufrimientos humanos, intelectuales, físicos y morales, y casi infinitas las causas que les producen, muchas de las cuales aún permanecen ocultas; habrá, pues, que descubrir y eliminar esas causas, para suprimir así los males que son su consecuencia.

Hay otros males que son tan inherentes á la naturaleza humana, que por hoy debemos considerarlos inevitables, porque no cabe separarlos de la naturaleza misma (2).

(1) Es sabido, como observa SPENCER—*Principes de sociologie*, volumen 3.º, página 758—, que las instituciones tardan mucho tiempo en adoptar sus formas definitivas.

(2) «Las dos grandes enfermedades del ser humano que son irremediables y que ningún progreso material es capaz de eliminar, son, en primer lugar, la vejez, que hace que todo ser humano recorra fases sucesivas de prosperidad y decadencia.

•Encaminase el hombre á la muerte sufriendo una serie de muertes parciales; y, haga lo que haga, llegado á cierta edad, degenera, pierde sus facultades gradualmente. Salud, vigor, alegría, memoria, apetito, sueño, fuerza muscular, inteligencia y actividad para

Pero esto no demuestra que por ser imposible llegar á la felicidad absoluta, sea fantástica una felicidad relativa.

«La felicidad, escribe Richet (1), no depende de las circunstancias externas; depende de nosotros mismos, de nuestra inteligencia, de nuestra constitución psicológica.»

Esta afirmación es exactísima; un individuo puede hallarse en la situación objetivamente más feliz, sin serlo subjetivamente por no ser apto para sentir placer en lo que comúnmente lo proporciona.

Pero por lo mismo que, según la psicología enseña, nuestras sensaciones corres-

el trabajo, todo caduca, sin que sea posible en momento alguno contrarrestar esa decadencia.

•En segundo lugar, observa el hombre la imposibilidad de detener el presente. El presente es como una sombra que huye; es un pasado muy reciente y un porvenir muy próximo. En realidad, no hay tiempo presente para el hombre. Un dios adverso se lo roba y sólo vive de recuerdos y de esperanzas.

•De ahí la inestabilidad moral, la inquietud angustiosa que nos hurta el reposo y con él la felicidad.

•No poder vivir en el presente y avanzar siempre, con la pérdida constante de todas las facultades, hacia una muerte cierta, hace la condición psicológica de los hombres bien precaria y bien miserable». Nota, página 251, del libro de CARLOS RICHEL: *Después de cien años*.

(1) RICHEL, obra citada, página 251.

ponden en todo caso á la realidad de las cosas sentidas, en forma tal, que á una determinada sensación corresponde, en el orden externo, un conjunto siempre idéntico de hechos, por lo que en abstracto toda felicidad es subjetiva (1), puede afirmarse que prácticamente la felicidad es siempre objetiva, ó lo que es igual, que la felicidad es la resultante, en términos generales, no de un elemento solo, la constitución psicológica, sino de dos, ó sean la sensibilidad individual y las circunstancias exteriores que la impresionan.

Para las novecientas noventa y nueve milésimas de la humanidad, esas circunstancias son causa de un dolor ó de una alegría.

Siendo, pues, prácticamente el dolor humano, por regla general, producto de las condiciones exteriores, es evidente que, una vez modificadas éstas, se modificará el efecto, y el dolor humano podrá entonces cesar, aumentar ó disminuir.

Cambiando el socialismo las condiciones de vida que actualmente son fuente de infelicidad, es decir, eliminando las causas de ella, faltará á la sensibilidad humana el

(1) TAINE: *De l'intelligence*, volumen 1.º, páginas 155 v 161.

factor cuyo contacto la produce el sufrimiento.

La miseria, la inactividad, la incertidumbre del mañana, el trabajo excesivo, etc., etc., que constituyen otros tantos motivos del dolor, no existirán en el socialismo, y por ello desaparecerán necesariamente el sufrimiento de la miseria, el de la inactividad, etc., etc.

Si se diagnosticasen con escrupulosa atención los elementos de la infelicidad humana, sería facilísimo comprobar que en ellos predomina la organización económica.

Cuando la sociedad se constituya de manera que las ocupaciones correspondan á las aptitudes, los matrimonios á los afectos, el trabajo á la energía individual, hallará el hombre nuevos horizontes de felicidad. Cuando desaparezca la concurrencia desenfrenada que es hoy ley de la vida, é impere en cambio la solidaridad de todos en la lucha para todos, un elemento feracísimo de felicidad surgirá de las ruinas de la envidia, del temor, del odio.

En el socialismo, pues, á causa del mejoramiento de las condiciones de existencia, estará más equilibrada y será más vigorosa la sensibilidad, hoy extraordinariamente excitada.

Pero importa no confundir una sensibilidad enferma con una sensibilidad perfecta, afinada.

La sensibilidad enferma multiplica las causas y la intensidad del dolor, en tanto que la sensibilidad perfecta no hace más que advertir rápidamente los dolores reales.

En el socialismo, la sensibilidad se afinará y depurará más, pero dejará de ser patológica.

El nerviosismo presente, producto de nuestro régimen social, que consume á unos en el esfuerzo mental y físico, y á otros en la inercia y en el vicio, es el elemento principal de nuestra hiperestesia morbosa.

En una sociedad como la socialista donde no exista la feroz batalla diaria para vivir, ni la desgastadora fatiga de muchos á cambio del extenuante ocio de algunos, ni el imperio de la casualidad repartidora de honores y riquezas, el nerviosismo y la sensibilidad anómala que son su consecuencia, tenderán á disminuir y á desaparecer.

El socialismo, suprimiendo por una parte las causas objetivas del dolor, y vigorizando por otra la sensibilidad humana, habrá de ocasionar forzosamente una mayor felicidad, ó cuando menos, una infelicidad menor que la actual.

El socialismo no producirá, ciertamente, la felicidad completa, aparte del sufrimiento que es inherente á la vida humana, en tanto subsista la ignorancia en que vivimos respecto á cuanto nos rodea y á cuanto ocurre á nuestro alrededor (1).

Con mis razonamientos sólo intento demostrar que los socialistas no soñamos con Jauja ni con el Paraíso terrenal, y que nos limitamos á creer que el socialismo hará la vida social más llevadera y menos dolorosa.

Y observo con asombro que mientras en la vida corriente se hace gala de un optimismo que muchas veces resulta estúpido por fundarse en las probabilidades más remotas de la suerte, ó en la siempre desmentida eficacia de muchas leyes (2), se niega

(1) La ciencia, por tanto—conforme observa Morselli (Revista de sociología, número 2, 1895) en su artículo *La supuesta bancarrota de la ciencia*—, es por sí misma un principio de felicidad. Y la ciencia, en una sociedad social, está llamada á progresar extraordinariamente.

(2) MARX NORDAU, en sus *Paradojas* (pág. 28 y siguientes, cap. I), hace esta observación al tratar del pesimismo y los pesimistas.

SPENCER, en la obra citada *Beneficencia*, expresa la misma opinión al hablar de la confianza que se deposita en los administradores, directores de Bancos y hombres políticos, á pesar de que repetidamente dan pruebas evidentes de no merecerla.

y rechaza el optimismo fundado de los reformadores socialistas.

Que salga entre cien mil números el del billete que se juega, es una esperanza que está justificada, como lo está el temor de que la influencia de un accidente cualquiera, en el maremagnum de hechos que actúan en un fenómeno, altere la marcha del fenómeno mismo; en cambio, no se considera justificada, y aun merece una sonrisa de compasión, la esperanza de mejorar la vida del hombre por la radical transformación de las relaciones y del ambiente sociales.

El pesimismo no tiene más ni menos razón de ser que el optimismo. Ambos son frecuentemente falsos porque son formulados *à priori*.

El socialismo es teoría pesimista y optimista á la vez (1). Comienza en el pesimis-

(1) KAUTSKY escribe en su obra *Maltusianismo y socialismo*: "... El socialismo es, sin duda, algo más que una escuela económica; es una orientación filosófica que está en el justo medio entre los pesimistas y los optimistas.

•El pesimista es de ordinario un agudo observador; contempla los males del mundo tal como éste es, y aun tal vez peor de lo que es; ve la lucha de todos contra todos, pero desconfía de que pueda modificarse jamás. Considera irresoluble el problema de hacer feliz á la humanidad.

•El optimista es todo lo contrario. Cuando más, es un

mo, porque comprueba los males actuales, y termina en el optimismo, porque establece, mediante una sociedad distinta, el remedio de los males diagnosticados.

Ser optimista no es ser sincero; es apreciar el mundo en su conjunto, no en sus detalles.

En el siglo de Darwin, á quien Trezza llama el legislador de la evolución, el pesimismo es anacrónico.

«Contempla—escribe el mismo Trezza—la evolución en la eternidad del tiempo y en ella encontrarás la virtud redentora» (1).

Por hoy se puede ser pesimista, por el mañana no; la vida de la humanidad no lo permite.

mal observador que de los dolores del mundo, de la lucha de todos contra todos, ve lo menos que es posible ver, y este mal lo considera simplemente como una excepción. No cree por eso que sea necesario modificar el estado actual de las cosas. Estima resuelto ya en su mayor parte el problema de hacer feliz á la humanidad y juzga que lo que falta se resolverá ello solo.

•El socialista se coloca frente á ambos. Como el pesimista, es siempre un minucioso observador que ve claramente los males del mundo y la lucha feroz de todos contra todos. Reconoce la necesidad de una transformación, y cree que es hacadera. Tiene la convicción de que es posible transformar la lucha de todos contra todos en lucha de todos para todos; no reputa resuelto el problema de la felicidad humana, pero lo estima resoluble merced al conocimiento de las leyes naturales y sociales...»

(1) TREZZA: *Il pessimismo e l'evoluzione.*

CAPÍTULO VII

El socialismo y la patria.

Así como el socialismo no es la negación de la propiedad, sino un estado evolutivo, una transformación de la misma, tampoco es la negación, sino una transformación del concepto de la patria y, por ende, del patriotismo.

Los socialistas afirman que el sentimiento de afecto recíproco que hoy sienten todos los que pertenecen á un determinado país, á una determinada asociación de regiones, ha de ampliarse cada vez más, hasta comprender á la humanidad entera. Los socialistas no combaten el amor al pueblo donde se ha nacido; pero quieren que este sentimiento no sea exclusivista y se traduzca en odio y en antagonismo hacia cuantos han

mo, porque comprueba los males actuales, y termina en el optimismo, porque establece, mediante una sociedad distinta, el remedio de los males diagnosticados.

Ser optimista no es ser sincero; es apreciar el mundo en su conjunto, no en sus detalles.

En el siglo de Darwin, á quien Trezza llama el legislador de la evolución, el pesimismo es anacrónico.

«Contempla—escribe el mismo Trezza—la evolución en la eternidad del tiempo y en ella encontrarás la virtud redentora» (1).

Por hoy se puede ser pesimista, por el mañana no; la vida de la humanidad no lo permite.

mal observador que de los dolores del mundo, de la lucha de todos contra todos, ve lo menos que es posible ver, y este mal lo considera simplemente como una excepción. No cree por eso que sea necesario modificar el estado actual de las cosas. Estima resuelto ya en su mayor parte el problema de hacer feliz á la humanidad y juzga que lo que falta se resolverá ello solo.

•El socialista se coloca frente á ambos. Como el pesimista, es siempre un minucioso observador que ve claramente los males del mundo y la lucha feroz de todos contra todos. Reconoce la necesidad de una transformación, y cree que es hacadera. Tiene la convicción de que es posible transformar la lucha de todos contra todos en lucha de todos para todos; no reputa resuelto el problema de la felicidad humana, pero lo estima resoluble merced al conocimiento de las leyes naturales y sociales...»

(1) TREZZA: *Il pessimismo e l'evoluzione.*

CAPÍTULO VII

El socialismo y la patria.

Así como el socialismo no es la negación de la propiedad, sino un estado evolutivo, una transformación de la misma, tampoco es la negación, sino una transformación del concepto de la patria y, por ende, del patriotismo.

Los socialistas afirman que el sentimiento de afecto recíproco que hoy sienten todos los que pertenecen á un determinado país, á una determinada asociación de regiones, ha de ampliarse cada vez más, hasta comprender á la humanidad entera. Los socialistas no combaten el amor al pueblo donde se ha nacido; pero quieren que este sentimiento no sea exclusivista y se traduzca en odio y en antagonismo hacia cuantos han

nacido en otro lugar, hablan otra lengua y se rigen por otras leyes. Los socialistas demuestran que es perjudicial el patriotismo actual en cuanto excita y mantiene, directa ó indirectamente, rencores injustificados entre unas y otras gentes, y hace que se malgasten una infinidad de energías económicas, físicas, intelectuales y morales por la diferencia y emulación que ese sentimiento provoca entre las naciones.

Observando la evolución de la institución llamada patria, no puede decirse que el que intente traspasar los límites de la patria moderna y aspire á darla mayor extensión, sea un enemigo de ella.

¿No salta á la vista la gran diferencia que existe entre la patria mezquina de la tribu primitiva (1) y la gran patria de las actuales monarquías, repúblicas y confederaciones de Estados?

La patria sigue las leyes generales de la evolución, y la idea socialista de la patria representa precisamente una nueva fase de esa evolución aplicada al desarrollo de las sociedades humanas.

El concepto socialista de la patria es

(1) Léase LETOURNEAU: *L'évolution politique dans les diverses races humaines.*

muy superior al que hoy tienen muchos que se llaman patriotas (1).

Estos últimos están dominados por el sentimiento que Spencer llamó el *prejuicio* del patriotismo. Para ellos, la nación á que pertenecen tiene siempre razón, y tanta más la conceden cuanto menos tiene.

El patriotismo de los exaltados es un sentimiento inferior, moralmente considerado; es la manifestación genuina del egoísmo transplantado al campo de la colectividad.

Si el patriotismo realizó en otro tiempo una función útil y fué moralmente bello, es hoy una monstruosa supervivencia que está en contradicción con el desarrollo de nuestra vida, de sus necesidades y de sus manifestaciones.

Las exigencias de la industria y del comercio, estimuladas y auxiliadas por los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono, etcétera, han impuesto, é imponen incesantemente, una internacionalización en los tra-

(1) ALESSANDRO CHIAPPELLI, que ha escrito un erudito é interesante artículo acerca de la patria y del socialismo en la *Nuova Antologia* (1894, pág. 210), dice con gran acierto: «Tenemos plena fe y auguramos que el progreso irresistible del socialismo contemporáneo no viene á proscribir el ideal de la patria, sino á purificarlo y enaltecerlo más.»

bajos, en las costumbres, en los cambios, etcétera, etc., y este cosmopolitismo es un hecho diario que cada vez se impone y practica con más eficacia.

La emigración aproxima á los trabajadores de las más remotas tierras y nadie con más razón que el proletario puede repetir el dicho del filósofo griego: «Yo soy ciudadano del mundo.»

«Las artes, la literatura, el pensamiento, la ciencia—exclama Passy (1)—todo es hoy internacional; en nuestro traje, cuya lana viene de Australia, cuyo algodón es de los Estados Unidos ó de Africa, han trabajado sin verse, sin conocerse, centenares, quizá miles de individuos de los más lejanos países. Son internacionales nuestros canales y nuestros ferrocarriles, proyectados por ingenieros, construídos por operarios de todas las naciones y cuya propiedad está en manos de innumerables accionistas diseminados por todo el mundo.»

El socialismo no hace sino proclamar esta general orientación social, y la idea extensiva de la patria que él defiende y que muchos llaman antipatriotismo, no es, después de todo, más que el fruto de la obser-

(1) *Minerva*, Marzo, 1895, página 208.

vación de acontecimientos y de actos que se realizan ante nuestra vista (1).

El patriotismo, combatido por los socialistas por ser contrario al natural desenvolvimiento de la vida social, es un ideal moralmente poco elevado, que muchos suelen defender, consciente ó inconscientemente, por imperio de la necesidad y de los intereses económicos. Hay, en efecto, muchas personas cuya vida depende de la recíproca desconfianza de las naciones y del afán de supremacía de unas sobre otras. Militares, grandes propietarios territoriales, rentistas, fabricantes, hallan un beneficio, un modo de vivir en la división de los Estados y en el recíproco recelo que en nombre del patriotismo se conserva y se procura estimular entre italianos, franceses, alemanes, rusos, ingleses, etc., etc. (2).

Así, bajo la apariencia de una elevada

(1) BEBEL: *El internacionalismo*, capítulo del libro sobre *La mujer y el socialismo*.—*Manifiesto del partido comunista*: «La separación y los antagonismos de los pueblos desaparecieron rápidamente con el desarrollo de la burguesía, con la libertad de comercio, con el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y de las relaciones comerciales.»

(2) Véase la *Revue Socialiste*, 1893, número 105.—HAMON: *Nature et exercice de la profession militaire*, página 312 y siguientes.—MALON: *Le Socialisme integral*, volumen 1.º, página 295.

idealidad, actúa ocultamente el factor económico. Pero donde más se revela la influencia de ese factor es en las relaciones entre el patriotismo y el interés de clase.

Las clases poseedoras tienen necesidad de impedir que las clases obreras de todos los países se relacionen ó se coaliguen, y nada se presta mejor á tal intento que la exaltación del sentimiento patriótico.

Con el propósito aparente de la defensa de la patria, se justifica la necesidad de los grandes ejércitos permanentes, dedicados hoy, más que á luchar contra el extranjero, á proteger, dentro de cada nacionalidad, á las clases dominantes de las tentativas de emancipación de las clases dominadas.

El patriotismo, así considerado, se muestra cada vez más apartado de aquella brillante aureola de idealismo con la que artera ó ingenuamente se pretende rodearlo.

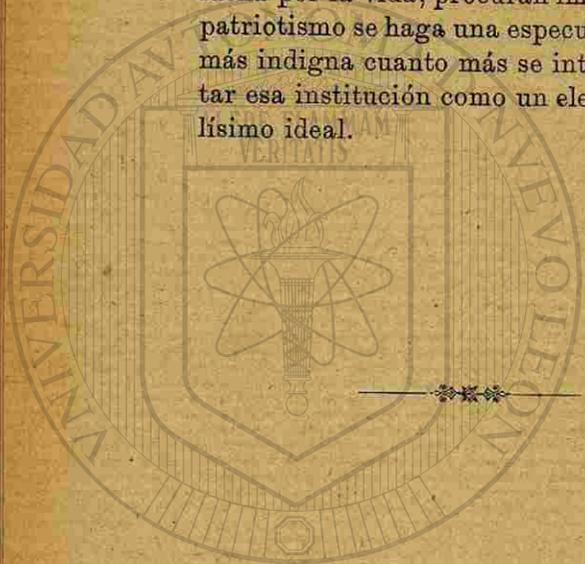
Si además se observa el provecho que de la patria y del patriotismo han obtenido y obtienen no pocos patriotas, y se comprueba en la práctica la subordinación del interés de patria á la particular utilidad, será forzoso reconocer cuán injustificada es la censura que se formula contra los socialistas porque manifiestan su indiferencia ó su des-

precio hacia ese patriotismo de estómago y de parada.

El amor á la patria no se extingue en los pueblos por la propaganda socialista, sino porque las masas advierten de día en día que, en lo que á ellas se refiere, sólo existe la patria para explotarles, para imponerles en el cuartel ó en la guerra el sacrificio de su libertad ó de su vida. La patria se ama en tanto nos proporciona algún consuelo ó algún bien material ó moral; pero cuando de su grandeza exterior no se puede participar, bien por la humilde condición social, bien por defecto de educación y de instrucción; cuando no hay posibilidad siquiera de obtener de ella provechos materiales, y, en cambio, para mantener su grandeza se pagan tributos vejatorios y se cumplen odiosas obligaciones, entonces no es la propaganda de la palabra la que hace perder el amor á la patria, sino la propaganda de los hechos, que es cien veces más eficaz.

Los socialistas, en tanto preparan y predicen la lenta transformación de la patria en la humanidad fundándose en la observación del movimiento histórico, aman, como los demás, la patria presente. Pero la aman como hombres civilizados; y rechazando el

concepto bárbaro de patria que se opone á la solidaridad humana, á la unión de todas las energías de los diferentes pueblos para la lucha por la vida, procuran impedir que del patriotismo se haga una especulación, tanto más indigna cuanto más se intenta presentar esa institución como un elevado y nobilísimo ideal.



CAPITULO VIII

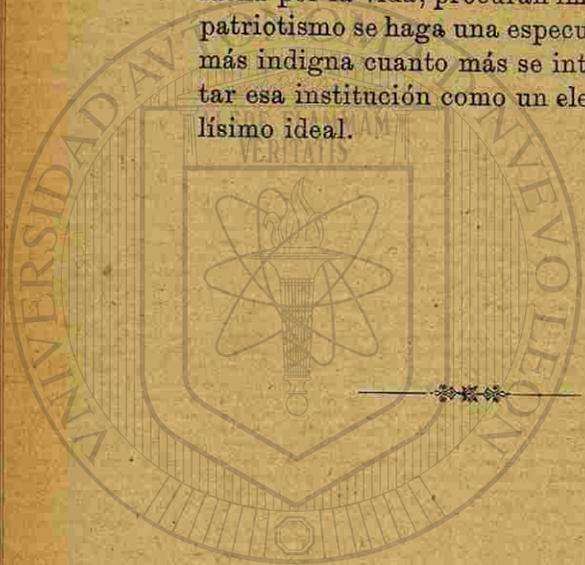
El socialismo y la familia.

QUIEN estudie la familia en el tiempo y en el espacio, hallará que esa institución no ha tenido ni tiene un tipo fijo, único, en su modo de ser y en las relaciones entre sus individuos, y que, por el contrario, ha sido diferente según las épocas y es distinta según los pueblos (1).

Y profundizando en las causas de semejante evolución, observará que aquéllas se encuentran en la evolución de la constitución económica, es decir, que á un determinado orden de relaciones económicas y á una determinada forma de propiedad, co-

(1) LETOURNEAU: *L'evolution du mariage et de la famille.*

concepto bárbaro de patria que se opone á la solidaridad humana, á la unión de todas las energías de los diferentes pueblos para la lucha por la vida, procuran impedir que del patriotismo se haga una especulación, tanto más indigna cuanto más se intenta presentar esa institución como un elevado y nobilísimo ideal.



CAPITULO VIII

El socialismo y la familia.

QUIEN estudie la familia en el tiempo y en el espacio, hallará que esa institución no ha tenido ni tiene un tipo fijo, único, en su modo de ser y en las relaciones entre sus individuos, y que, por el contrario, ha sido diferente según las épocas y es distinta según los pueblos (1).

Y profundizando en las causas de semejante evolución, observará que aquéllas se encuentran en la evolución de la constitución económica, es decir, que á un determinado orden de relaciones económicas y á una determinada forma de propiedad, co-

(1) LETOURNEAU: *L'evolution du mariage et de la famille.*

rresponde una distinta organización familiar (1).

Con el socialismo se transformará indudablemente la familia; pero no por eso se extinguirá, como no se extinguió en las sucesivas modificaciones que ha experimentado, desde el matriarcado hasta la monogamia.

En el socialismo, la familia proseguirá su camino ascendente, su marcha hacia la conquista de su constitución ideal (2).

¡Pobres de nosotros si la familia se inmovilizase en su estado presente y no hubiera esperanza de reformarla! Si la familia fuese realmente para todos, ó al menos para la mayoría, el dulce hogar cantado por los poetas, produciría verdadero espanto la idea de un partido que pretendiese profanarla; pero, por desgracia, son contados los que en la familia, tal como al presente está organizada, hallan los consuelos y las alegrías que tanto se enaltecen.

Los adulterios, las separaciones conyu-

(1) LORIA: *Les bases économiques de la constitution sociale*, página 98 y siguientes.—GRAZIANI: *Il fondamento economico del diritto*.

(2) DEVILLE, *El capital*, de Carlos Marx: «... Es tan absurdo considerar absoluta y definitiva la forma actual de la familia, como sería reputar eternas sus formas oriental, griega y romana.»

gales y los divorcios, las violencias de todo género, desde la simple lesión al conyugicidio, al parricidio, al fratricidio y al infanticidio, las cuestiones domésticas y judiciales, que en número siempre creciente acreditan las estadísticas y la observación de la vida diaria, demuestran cuánto mal se anida en la familia moderna. Y este mal es debido esencialmente á nuestro régimen social, que no facilita las condiciones indispensables para que la familia sea como debiera ser (1).

La inseguridad del mañana y el valor absorbente del dinero, hacen prevalecer en las clases burguesas el interés al afecto en la formación de matrimonios que, en general, son simples contratos sin amor. El amor surge luego impetuoso, «pero fuera de la esfera conyugal, y el marido engaña á la mujer, y la mujer al marido» (2).

La riqueza y el ocio, en esas mismas clases, son causa de que muchos hombres no se casen jóvenes, y la unión de un hombre viejo, agotado, con una muchacha fresca y robusta, produce frecuentemente los más deplorables efectos.

(1) BEBEL: *La mujer y el socialismo*, página 99.

(2) BRUNO BATTAGLIA: *La dinamica del delitto*.

La facilidad de la vida licenciosa, el horror á todo trabajo y á todo disgusto, matan en los ricos el deseo de tener descendencia; y si la tienen, dejan incumplidos sus más imperiosos é ineludibles deberes alquilando por unas cuantas pesetas personas que se encarguen de la instrucción y de la educación de los hijos.

La sucesión hereditaria es causa, en las familias pudientes, de la holgazanería y del libertinaje de los hijos; en algún caso de delitos, y en muchos de criminales aspiraciones exteriorizadas en la conocida fórmula de deudas y trampas pagaderas á la muerte de los padres.

La autoridad paterna se convierte frecuentemente en tiranía por la dependencia económica de los hijos, y, por consecuencia, el respeto filial se torna en tácita ó abierta rebelión.

En las clases más humildes y pobres el criterio económico en la elección de marido y mujer, es menos manifiesto; pero también suele ser preponderante. Procuran los contrayentes que el matrimonio les facilite un auxilio en la lucha por la existencia, y, por tanto, no la simpatía, sino el cálculo, con todos sus inconvenientes, inspira también estos enlaces.

Las obreras de la ciudad ó del campo, obligadas á la extenuante tarea de la fábrica ó del cultivo de la tierra, mal nutridas, descuidadas, pierden pronto sus atractivos; al hastío y á la repugnancia siguen el desprecio y la infidelidad, que entran luego á perturbar y á corromper la familia del proletario.

La embriaguez, estimulada y determinada por el ocio, por el aliciente que la taberna ofrece á quien vive en un cuartucho insano, desprovisto de toda comodidad, inhabitable, es el elemento que más estragos causa en las familias pobres.

La imposibilidad en que están los obreros, hombres y mujeres, por su forzada asistencia al taller, á la mina, al lavadero, etcétera, de ocuparse de sus hijos, hace que éstos no sean respetuosos y amantes de sus padres; y el niño insolente y mal educado es mañana el jovenzuelo pervertido que discute y se encara con su padre y pega brutalmente á su madre.

En la sociedad socialista la familia está llamada á perfeccionarse, porque el socialismo, por el natural resultado de su constitución, creará un ambiente capaz de excluir ese desorden que sintéticamente he expuesto.

Sin la acumulación de las riquezas, y teniendo todos garantizada la existencia por el trabajo, los matrimonios podrán acomodarse á las inclinaciones de los contrayentes, y el afecto será el primer factor de paz y alegría en el seno de la familia.

Entre padres é hijos no existirá el elemento perturbador de los intereses; aquéllos usarán con equidad de su poder, y éstos no tendrán motivo para enorgullecerse ni rebelarse.

Disminuída al mínimo la lucha por la vida, suprimida nuestra monstruosa jornada de trabajo, quedará tiempo para dedicarse á la educación y á la cultura de los hijos.

El hogar será entonces para todos una atractiva sociedad; los miembros de la familia estarán más unidos, y el tiempo que hoy malgastan en el café y en la taberna lo dedicarán á fortalecer en la apacible vida doméstica los sentimientos de recíproca benevolencia.

El socialismo destruirá *una* constitución familiar, pero no *la* constitución de la familia.

Recordemos la observación, antes citada, de Bain, de que toda tentativa de transformación de una institución ha sido mirada

en un principio como el propósito de destruirla.

Lejos de desintegrar la familia, hoy en estado de descomposición, el socialismo la reintegrará.

Actualmente el capitalismo ha llegado á tal punto de preponderancia, que todas las instituciones que con él tienen dependencia ó relación, van poco á poco desmoronándose á su influjo.

La familia, organismo delicado, sufre más que ninguna otra institución las consecuencias funestas del capitalismo, y por ello es su decadencia más fácilmente perceptible.

Los sociólogos de café ó de rebotica atribuyen tal degeneración á la propaganda de las teorías subversivas, sin pensar que la familia es un conjunto de afectos, de sentimientos, de vínculos de tal intensidad, que una sencilla propaganda oratoria no podría atacarla ni corromperla eficazmente.

La actual situación de la familia es debida á los hechos, no inventados por los socialistas, sino inherentes á una fase del desarrollo de la sociedad; en ellos solamente halla la familia la causa de su decadencia.

Acaso pueda contenerse ésta con algún

medio radical, por ejemplo, el divorcio; pero sólo una *instauratio ab imis fundamentis* conseguirá robustecerla definitivamente. Por mi cuenta confieso que no tengo ninguna confianza en el divorcio. Y aun me inclino á creer que el divorcio tiene un pasivo de daños superior á su activo de beneficios.

Los verdaderos enemigos de la familia no son los socialistas; son los impugnadores del socialismo.

CAPITULO IX

El socialismo y la moral.

TAMBIÉN se lanza contra el socialismo la acusación de que su implantación perjudicará la moral, ya porque se presenta como una cuestión de estómago, ya porque, al menos, según dicen sus adversarios, destruye toda idea de autoridad, de mérito y de demérito, niega la patria, atenta á la familia y entrega el poder público y, por tanto, la fuerza á las masas ineducadas, incultas, carentes de sentimientos éticos superiores. El socialismo instaurará, se dice, una moral vulgar, y aun hoy es en su propaganda un estímulo para el odio entre los hombres, en cuanto proclama la lucha de clases y censura con acritud la beneficencia y la

medio radical, por ejemplo, el divorcio; pero sólo una *instauratio ab imis fundamentis* conseguirá robustecerla definitivamente. Por mi cuenta confieso que no tengo ninguna confianza en el divorcio. Y aun me inclino á creer que el divorcio tiene un pasivo de daños superior á su activo de beneficios.

Los verdaderos enemigos de la familia no son los socialistas; son los impugnadores del socialismo.

CAPITULO IX

El socialismo y la moral.

TAMBIÉN se lanza contra el socialismo la acusación de que su implantación perjudicará la moral, ya porque se presenta como una cuestión de estómago, ya porque, al menos, según dicen sus adversarios, destruye toda idea de autoridad, de mérito y de demérito, niega la patria, atenta á la familia y entrega el poder público y, por tanto, la fuerza á las masas ineducadas, incultas, carentes de sentimientos éticos superiores. El socialismo instaurará, se dice, una moral vulgar, y aun hoy es en su propaganda un estímulo para el odio entre los hombres, en cuanto proclama la lucha de clases y censura con acritud la beneficencia y la

caridad (1). En los capítulos *El socialismo y la patria* y *El socialismo y la familia*, he demostrado la inconsistencia de la afirmación de que el socialismo tiende á renegar de la patria y á destruir la familia, y en el capítulo *El socialismo y el odio de clases* demostraré que no es cierto que suscite este odio. Para formar una acabada idea de lo que he de decir en este lugar, es conveniente que el lector tenga presente los citados capítulos, y de todas mis razones deducirá que lejos de conducir el socialismo á una moralidad teórica y prácticamente inferior, dará por resultado un concepto más elevado en la evolución de la moral.

Estudiando esta evolución desde los pueblos salvajes y primitivos hasta nuestro tiempo (2), se observa que la moral se funda constantemente en las condiciones de vida, es decir, que existe, no con relación á sus principios abstractos, sino á la efectividad

(1) Véase especialmente la obra de GAROFALO: *Superstizione Socialista*, cuyos capítulos *La morale nel socialismo* y *La civiltà nel socialismo*, sintetizan todos los argumentos de la reacción.

(2) LETOURNEAU: *L'evolution de la morale*.

SPENCER: *La morale des differents peuples*.

LORIA: *Les bases economiques de la constitution sociale*.

LOMBROSO: *L'uomo delinquente*.

de los hechos. Esto explica la inestabilidad, la diversidad de las normas morales, según los distintos pueblos y las diferentes épocas. Así, el hurto, la venganza, la prostitución, el adulterio, el infanticidio, no han sido reputados actos inmorales: y por el contrario, las expresiones deshonestas, la blasfemia, la falta de determinadas creencias religiosas, etc., han podido considerarse y castigarse como delitos.

Toda asociación, toda casta, toda agrupación de hombres tienen, por su parte, una moral especial que se adapta á la necesidad de su existencia. En el ejército será una virtud observar la más ciega obediencia, la cual, fuera de aquel instituto, se considera como falta de carácter y de energía; por el contrario, en una comunidad religiosa será muy estimable y meritoria la resignación y la tolerancia de las ofensas, actitud que, entre militares, se califica de indigna cobardía. La moral, pues, se manifiesta diversa, con relación á las circunstancias de tiempo y de lugar.

Cambiadas las condiciones de vida, transfórmase la moral. Establecido este postulado, es fácil demostrar que en el socialismo la moral será mucho más elevada de lo que hoy es.

Los móviles de la conducta individual, en una organización regulada por la justicia, se adaptarán necesariamente á principios justos: del mismo modo que al presente, dada nuestra organización injusta, esos móviles se inspiran en principios falsos.

Cuando una constitución económica produce, como resultado necesario, una gran iniquidad en las relaciones sociales, hay que admitir por fuerza la iniquidad de la moral que las tolera y justifica. Por el contrario, cuando una constitución económica da por resultado la equidad, es lógico que la moral que esa constitución produzca, haya de ser una moral equitativa.

Por consiguiente, la diferencia de los dos sistemas económicos, el burgués y el socialista, implica una diferencia de la moral; el régimen burgués mantiene, como elementos inherentes á su estructura, la mala distribución de las riquezas, el parasitismo de los unos, la explotación de los otros, mientras el régimen socialista, por razón de su constitución, determinará una mejor distribución de las riquezas, y la colaboración de todos en el trabajo, por lo que es indudable que la moral socialista ha de ser necesariamente superior á la moral burguesa. Si de

la moral abstracta descendemos á observar la moral práctica, manifestada por el respeto ó la violación de aquélla por los individuos, será más evidente aún la superioridad del socialismo sobre el régimen burgués.

Los hombres en el socialismo serán más morales, porque, como ya he dicho al tratar del *Socialismo y la naturaleza humana*, no tendrán necesidad de recurrir á cometer actos deshonorosos, como hoy sucede en muchísimos casos. Y la moral práctica brillará sobre la moral abstracta, que es precisamente lo contrario de lo que ocurre en nuestros días, en los que el olvido constante de los preceptos teóricos contrarresta su influencia hasta el punto de que gradualmente quedan aquéllos sin eficacia ni aplicación.

Cuando hoy se justifica la comisión de actos ilícitos excusándolos por el estado de necesidad del que los realiza, se niega el rigorismo de la prohibición, y no hay que olvidar que el incumplimiento de la moral práctica, trae consigo la disolución de la moral teórica.

En la sociedad capitalista la moral se quebranta continuamente, porque en ella no es posible ser siempre escrupulosamente honrado.

En el comercio, en la industria, en el ejercicio de las profesiones, quien no transige alguna vez con la propia conciencia, tiene poca probabilidad de éxito (1). Todos saben que el comerciante está obligado á mentir para vender sus mercancías; que el abogado defiende muchas veces por necesidad reclamaciones faltas de razón y derecho; que el droguero, el vinatero, el panadero, el sastre, el posadero, etc., etc., se ven obligados, en el orden de sus respectivos oficios, á mixtificar, adulterar y falsificar sus productos para vencer á sus rivales en el campo de la concurrencia (2).

La adulación y el servilismo se practican hoy por la necesidad de congraciarse con los ricos y los poderosos, los que, á su vez, se aprovechan de la posibilidad que tienen de abusar de su actividad y de su fuerza.

La sinceridad, el valor cívico, la lealtad, son raras hoy día, y si en el orden moral no

(1) SPENCER: *Essais de morale, de science e d'esthétique* (Moeurs commerciales, págs. 117, 118, 220, 232 y siguientes). Una investigación minuciosa nos demostraría que hoy son contadas las clases, si es que hay alguna, que no realicen acciones deshonrosas. Véase ZERBOGLIO: *Les inconvenients de l'Honnêteté*, en la *Ere nouvelle*, Paris, Agosto, 1894.

(2) LORIA: *Problemas sociales contemporáneos*, páginas 38 y 39.

son los peores los que vencen en la lucha por la vida, tampoco son, ordinariamente, los mejores (1), sino las medianías, los que mejor se adaptan al corrompido régimen social y económico presente.

En el socialismo, garantizada á todos la existencia mediante el trabajo, impedida la acumulación de las riquezas y, por consecuencia, la tiranía del capital y la inactividad, habrá que confiar necesariamente al trabajo lo que hoy se suele buscar por la astucia, la mala fe ó el engaño, y siendo iguales todos en el punto de partida para la lucha por la vida, triunfarán, seguramente, los mejores.

¡Cuánto vicio se eliminará en una asociación donde el ocio no sea, por decirlo así, una institución reconocida y amparada como es en la moderna sociedad!

Al presente existe siempre un verdadero ejército de ociosos, de los cuales unos lo son

(1) Sobre la cuestión del *Socialismo y Darwinismo*, consúltese FERRI, *Socialismo y ciencia positiva*, traducción española de Verdés Montenegro, página 47; Novicow, obra citada; LORIA, *Problemas sociales contemporáneos*; SERGI, *L'origine dei fenomeni psichici e la loro spiegazione biologica*; *Les preuves du transformisme*, réplica á Wirchow par HACKEL; VACCARO, *La lotta per l'esistenza*; *Nuova Antologia*, 15 Febrero 1891; A. CHIAPPELLI, *Darwinismo e Socialismo*.

porque no tienen necesidad de trabajar, y otros porque no encuentran trabajo.

El socialismo restringirá gradualmente el número de criminales, ya porque no habrá motivo para recurrir á la actividad criminosa, ya porque el ambiente no producirá degenerados que se entreguen al delito, ya, en fin, porque el delincuente será tanto más odiado y perseguido cuanto menos atenuantes encuentre en la apremiante necesidad.

El crimen es, sí, el resultado directo, no sólo del factor económico, sino del factor orgánico individual; pero este último factor es á su vez, y en último término, el producto de las condiciones de vida impuestas por la constitución económica (1).

¡Cuánta degeneración no causarán hoy las habitaciones malsanas, y las industrias tóxicas por sus manipulaciones ó por las exhalaciones de los productos! ¡Cuánta no será ocasionada por la vida enervante del café, del teatro, del casino, etc.!

Eliminada la miseria y la opulencia, serán eliminadas muchas causas de los delitos. Si se piensa además que el nerviosis-

(1) Sobre las relaciones entre el factor antropológico, el factor económico y el delito, véanse las obras de FERRI, GAROFALO, LOMBRÓS, MARRÓ, CORRE, TARDE, COLAJANNI, etc., etc.

mo es consecuencia típica de la sociedad capitalista, y que al nerviosismo se refiere de modo específico el alcoholismo, antecedente de un crecido número de crímenes, se deducirá cuánta relación de causa á efecto hay entre la sociedad actual y la delincuencia, y cómo la instauración de un organismo social que impida la feroz y desenfrenada lucha para vivir, causa de la neurosis, hará que el fenómeno disminuya notablemente (1).

¡Que el socialismo se presenta como *cuestión de estómago!* Hay quien encuentra en esto una falta de idealidad viendo el predominio de un sentimiento material. Y, sin embargo, ¡qué idealismo más cierto y más sano, qué gran caudal de sentimiento moral representa esa fórmula tan positiva!

¿Acaso puede haber más elevado ideal que el de que todo hombre tenga su parte correspondiente en el banquete de la vida, que no haya madres que presencien el hambre de sus propios hijos, ni hijos que no puedan remediar el hambre de sus padres? El ideal no está en las fórmulas pomposas, altisonantes y abstractas, sino en la sustancia de los hechos, en la vida real á que no alcanzan esas expresiones.

(1) Véase ZERROGLIO: *Alcoholismo*.

¿Y quién que no sea un imbécil ó un malvado, disfrazado de escritor ó de pensador, no siente la idealidad que hay en la doctrina que, comprobando un triste hecho humano, intenta remediarlo?

El socialismo, por lo mismo que se propone resolver una *cuestión de estómago*, es eminentemente moralizador, en cuanto suprime ese coeficiente de inmoralidad que se llama el hambre.

El socialismo no hará perder el respeto á la autoridad, ni borrará toda idea de mérito y de demérito. La autoridad entonces no estará en el título, sino en la función. En cuanto al mérito y al demérito, el socialismo no podrá hacer más que establecer las bases y dirigir y facilitar el reconocimiento de uno y otro conforme á la justicia. Y así como los hombres en el socialismo seguirán prefiriendo una flor á un sapo, así también admirarán, apreciarán y honrarán á un gran artista, á un gran científico, á un gran músico, más que á un hombre vulgar.

Al que crea que el socialismo implica una regresión moral por el poder que han de asumir en él las multitudes, es fácil responder y demostrar que de la influencia de ese elemento hay que esperar un progreso y no una disminución de la moral.

La masa, el vulgo, es más rudo, pero no más inmoral que la clase directora.

Esta tiene mayor delicadeza, mayor finura en las relaciones sociales, y por esta parte es sin duda superior á los obreros, á los campesinos, al pueblo bajo; pero si se atiende á lo que constituye la noción del sentimiento moral, al fondo de ese sentimiento mismo, se observa que no está la clase privilegiada á mayor altura que el vulgo, que los artesanos, que los obreros.

La *canalla* (1) no sabe reír con elegancia, saludar con garbo, comer con distinción, abstenerse de ciertos gestos y palabras inconvenientes, ni conoce las justamente alabadas finezas de una esmerada educación; pero cuando se trata de la piedad, de la honradez, de la benevolencia, de la resignación, gana en mucho á la gente elegante, y en cuanto á la ausencia de convencionalismo, de reservas mentales, de excepticismos, llega al más alto límite del altruismo y de la integridad moral. La superioridad que tienen las clases acomodadas sobre las clases menesterosas—superioridad debida á la menor rudeza de sus ocupaciones, al culto

(1) Léase á EDMUNDO AMICIS, á propósito de la palabra *canalla*, en la *Piccola Antologia*, 23 Septiembre 1894.

del sentimiento estético, á los placeres de la inteligencia—se compensa con los defectos adquiridos por la posibilidad de satisfacer la mayor parte de sus deseos, con el abuso del placer, con la menor sinceridad de sus relaciones sociales en las que predomina la propia conveniencia.

La unión de la moral del pueblo á la moral que puede llamarse señorial, será una unión fecunda, que atemperará la rudeza de unos con la educación de los otros y la afectación de éstos con la sinceridad de aquéllos.

La rapacidad, la crueldad, la mala educación, la pasión del vino, la fiebre del juego, no aumentarán por la participación activa en la vida social de las clases trabajadoras, ya que todos esos vicios, esos hábitos criminosos, esas brutales tendencias, existen también, aunque más recatados, en la clase burguesa, que por otra parte realiza un número de delitos proporcionalmente mayor á los que cometen las clases sociales inferiores.

Y voy á ocuparme de la crítica socialista sobre la beneficencia y la caridad, crítica que se intenta presentar como perjudicial y desmoralizadora.

Si la caridad, que abstractamente conside-

rada es un sentimiento y un acto nobilísimos, lo fuese también en la práctica y sirviese, por sí misma, para realizar la eficaz curación de los males sociales, nadie podría, honradamente, discutirla siquiera.

Pero cuando se comprueba que la caridad no sólo es completamente inútil, sino que carece, salvo alguna excepción, hasta del valor ideal de un acto de verdadero altruismo y de desinteresada piedad, que más ofende la dignidad humana que socorre la necesidad, y que prolonga el sufrimiento en vez de aliviarle, fuera entonces inmoral evanecerse de ella por un sentimentalismo morboso y confiarla más de lo que puede atender, olvidar sus defectos y cantar sus pretendidas excelencias.

La caridad, además de no beneficiar siempre á quien la necesita, estimula muchas veces la mendicidad profesional y, frecuentemente, sólo aprovecha á los encargados de administrarla.

La caridad se práctica más por propia vanidad que por amor al prójimo, y hoy no es más que un billete de entrada al Parlamento, á los Municipios y Diputaciones provinciales, etc., etc., cuando no la expiación de antiguos pecadores que obtienen de las propias faltas el interés compuesto del pla-

cer primero y de la absolución después (1).

El progreso moral en el socialismo será mucho más rápido que hasta aquí.

Haeckel ha dicho que nuestro progreso moral no es paralelo á nuestro progreso material, y que en cuanto á aquél nos encontramos aún en estado de barbarie.

Si la afirmación del gran naturalista alemán no es del todo exacta, está muy cerca de serlo.

(1) La caridad, dice Segismundo Busch en el *Dinero*, es, á lo sumo, la desigualdad consagrada por la bondad.

La caridad es, generalmente, una manifestación del egoísmo, de la ambición, cualidades que, como buenos psicólogos, conocen y estimulan los fundadores y administradores de instituciones piadosas, hospitales, colegios, etc., etc., prometiendo á los suscriptores, á los donantes de capitales, perpetuar su memoria en lápidas, monumentos, estatuas, valuando la importancia del recuerdo por la cuantía del donativo. A la vista tengo un boletín de suscripción para uno de nuestros institutos más humanitarios, en el que se lee la lista siguiente:

1.º El nombre de los socios fundadores se perpetuará en lápidas de mármol, colocadas en la puerta de entrada de la institución.

2.º Con el nombre de los que hagan donativos de 3.000 liras, se designará una cama de la enfermería.

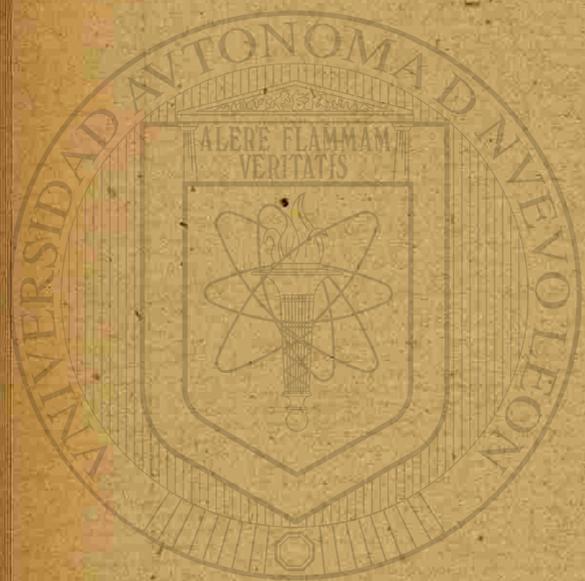
3.º Con el nombre de los que donen 20.000 liras, se designará una sala de enfermos ó una aula de estudios.

4.º La memoria de quienes entreguen donativos superiores á 50.000 liras, se recordará á la posteridad con busto ó estatua en mármol de los donantes.

Nuestro atraso en el orden moral es debido á la organización económica imperante, la cual ha mantenido entre los hombres la religión de la discordia, suscitado los más codiciosos y violentos estímulos, y ahogado en la pobreza del ambiente el nacimiento y desarrollo de sentimientos superiores.

Sólo mediante la instauración de una sociedad en la que impere la doctrina de la solidaridad, la ética, teórica y práctica, no irá á la zaga del progreso intelectual y material.

Tal sociedad es, en una palabra, la que el socialismo aspira á implantar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO X

El socialismo y el odio de clases.

He aquí las frases hechas relativas á la táctica que los socialistas practican para el triunfo de sus ideales; aludo á la lucha de clases.

Dícese que ésta es un criminal estímulo al odio entre las clases sociales, divididas arbitrariamente en dos campos: el de los dominados y el de los dominadores.

La lucha de clases, se añade, estimula á la violencia de los pobres contra los ricos, y no conduce en ningún caso sino á sustituir el predominio de una clase por el de otra.

Bajo la impresión de este monstruoso concepto de la lucha de clases, los ignorantes y los indiferentes se unen á los adversarios para gritar contra los socialistas.

Pero la lucha de clases no es precisamente un estúpido odio de hombre á hombre, ni un hábil proyecto de demagogos, ni una artera emboscada para conseguir el beneficio de una clase; es, por el contrario, la comprobación de un hecho secular, es la gran batalla para la transformación de este régimen por otro en que los siervos de hoy no serán los dueños de mañana porque ninguno será siervo.

Los socialistas, después de criticar la sociedad actual y de demostrar que el capital privado no puede vivir sin aquellas condiciones contra las que el proletario protesta é intenta suprimir, después de comprobar que los poderes públicos no son en modo alguno los representantes de todas las clases sociales sino solamente de las privilegiadas en el orden económico, enseñan á los proletarios que su redención es obra de ellos mismos, y no de los que están obligados, por la oposición de intereses, á conducirse y á legislar en su particular provecho, salvo en aquellos casos en que los intereses de ambas clases coinciden ó, al menos, no se contradicen.

Enseñan también los socialistas que el triunfo de las clases trabajadoras, en las que se cuenta el noventa por ciento de la hu-

manidad, traerá consigo, no la supremacía de una clase sobre otra, la cual por su propia pequeñez no podía ser explotada en beneficio de la primera, sino la abolición, naturalmente realizada, de todas las clases (1).

No es, por consiguiente, la lucha de clases un concepto delictivo, como muchos suponen. La lucha de clases es simplemente la expresión de una disociación de intereses, sin que el proclamarla estimule odio alguno entre los individuos, que son elemento insignificante en una empresa cuyo intento es alterar totalmente el orden de cosas.

Cierto que sería mucho más hermoso no tener que comprobar esta lucha de clases y poder confiar sólo al sentimiento altruísta la reparación de las injusticias sociales; pero es preciso estudiar al mundo tal como es, sin cerrar los ojos á la realidad por ingrata que sea.

«La historia de la humanidad—dice el

(1) «Las reivindicaciones obreras tienen sobre las reivindicaciones de las otras clases la inmensa ventaja de que habrán de beneficiar á la casi totalidad de los ciudadanos..., pues los obreros están llamados forzosamente á reivindicar los intereses de las masas, á las que pertenecen. Y sólo esta circunstancia las convierte en elementos de progreso, porque es incontestable que el fin de las naciones consiste en procurar el bienestar de las masas y no de algunos privilegiados». Novicow, obra citada.

Manifiesto Comunista tantas veces citado— es la historia de una lucha de clases.

»Libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros artesanos y aprendices; en una palabra, opresores y oprimidos, estuvieron en pugna constante, y continuarán, de modo encubierto ó franco, en ese antagonismo que acaba siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad y con la desaparición de las clases combatientes.

»En la primera época histórica hallamos en todas partes una completa división orgánica de la sociedad en castas, una variadísima gradación de ellas según sus condiciones sociales. En la antigua Roma existen los patricios, los caballeros, los plebeyos, los esclavos; en la Edad Media los señores, los vasallos, los maestros artesanos, los aprendices, los siervos, y en cada una de esas clases hay grados diversos.

»La moderna sociedad, nacida de la ruina de la feudal, no acabó con el antagonismo de clases; creó otras nuevas, y con ellas nuevas condiciones de opresión y nuevas formas de lucha en sustitución de las antiguas.

»Nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza además por una simplificación en la lucha de clases.

»Toda la sociedad se divide, cada vez con mayor separación, en dos vastos campos enemigos, en dos clases que están frente á frente: la burguesía y el proletariado» (1).

La división de clases en la sociedad moderna no se funda, como en las sociedades antiguas, en la vinculación del poder, del privilegio, en determinadas familias; la división actual es un efecto mecánico del régimen económico que mantiene constantemente, no importa si en las mismas personas, la separación de la sociedad en dos clases: explotadora y explotada.

No existe ya la diferencia formal en las personas, pero aún conservamos la diferencia sustancial.

«Cuando observamos — escribe Loria — las sociedades que se desarrollan ante nuestra vista en los países civilizados de ambos mundos, vemos que en todas ellas se realiza un mismo fenómeno, el de una excisión absoluta, irreductible, en dos clases distintas, una de las cuales, sin hacer nada, acapara beneficios enormes y siempre crecientes, mientras la otra, mucho más numerosa, trabaja sin cesar por un miserable salario:»

(1) Véase, en cuanto á la historia de la lucha de clases, MALON: *Socialisme integral*.

la primera vive sin trabajar, la segunda trabaja sin vivir una vida humana» (1).

Un ingenioso escritor (2) ha demostrado con toda evidencia, comparando la distribución del público en un circo romano con la colocación del mismo en un teatro moderno, el modo de verificarse la división de clases en la sociedad presente.

Dice así: «El poder que se ejerce en la sociedad burguesa sobre las clases dominadas carece de aquella cruel humillación inherente á la esclavitud de nuestros antepasados; tiene un carácter impersonal y abstracto, en virtud del cual aparece como una de tantas fatalidades de orden natural, frente á las que el ánimo del hombre se muestra siempre más resignado. La jerarquía, sin embargo, existe todavía; pero lo que es en ella más odioso, si no abolido totalmente,

(1) LORIA: *Les bases économiques de la constitution sociale* (París, Alcan, 1893). — No se arguya, dice el doctor Biel en el periódico *La Martinella* (8 Abril 1894), que no existen dos clases sociales en lucha entre sí, porque hay personas que no se sabe á cuál de esas clases pertenece. Sería tanto como decir que no existen el día y la noche, porque hay un crepúsculo intermedio.

(2) OLINDO MALAGODI: *El imperialismo, la civilización industrial y sus conquistas* (Milán: Treves, 1901), página 115.

está al menos disimulado. La colocación del público en un teatro tal como se realizaba en una sociedad aristocrática, y tal como se realiza en nuestra época, representa gráficamente esa diferencia. En el circo romano eran ocupados por clases sus distintos lugares, de modo que correspondía uno á los senadores, otro á los caballeros, otro á la plebe libre, otro á los esclavos, etc. En el teatro moderno, los palcos, las butacas, la platea, el paraíso, reproducen casi exactamente la antigua división del circo; pero la de los espectadores se realiza hoy automáticamente, sin intervención de autoridad personal alguna, sin caracteres fijos é inevitables: el hombre del pueblo debe ocupar las localidades más modestas, sólo porque tiene poco dinero; pero nadie le impedirá, cuando mejore de fortuna, pasar á las localidades mejores.»

De estas dos clases en que hace millares de años se divide la sociedad, una, la detentadora del poder económico, fué siempre la detentadora del poder político, y sus leyes, sus instituciones, sólo existen en su propio provecho, no beneficiando á la clase dominada sino bajo la presión de esta misma clase ó por casual coincidencia de los intereses de ambas.

Ese hecho doloroso, pero conforme á las supremas leyes de la vida, perdura aún, y así tenemos un gobierno de clase, una política, una legislación de clase.

«La máxima—dice Vaccaro (1)—de que *quien tiene en las manos el poder político lo emplea constantemente en su propio beneficio*, está escrita con sangre en todas las páginas de la historia, en todas las legislaciones del mundo» (2).

(1) Obra citada, página 374.

(2) Véanse, en demostración de este secular egoísmo de clase, LORIA, obra citada; MARX, *El capital*; LEONIDA BISSOLATI, *La lucha de clases y los ideales de la burguesía*, réplica al libro *Las clases directoras y los obreros en Inglaterra*, de Luis Luzzatti; SALVIOLI, *El pasado y el porvenir de la lucha de clases en Inglaterra*; G. HOWELL, *La influencia de las Trades Unions en la vida social e industrial de Inglaterra*; PASCUAL VILLARI, *Cartas meridionales y otros trabajos sobre la cuestión social en Italia*.

En la *Teoría de las leyes criminales* (1785), de Brissot de Warville, léese: «Puede afirmarse con toda verdad que la carga social cae enteramente sobre el pobre. Desde todos los puntos de vista, resulta el pobre perjudicado. Él paga más tributo que el rico. Si las leyes son severas, lo son únicamente contra él, que carece de medios para eludir las. Si acontece algún peligro, se ve al punto precipitado en él. ¿Ocurre un incendio? Pues está obligado á prestar su concurso, á abandonar su casa, á exponer su vida, para extinguirle, mientras los ricos, bien vestidos, contemplan con toda tranquilidad las ruinas que el incendio ocasiona. ¿Está la patria

Si observamos con atención nuestra sociedad, habremos de reconocer forzosamente que la escisión de ella en dos clases antagónicas por sus intereses y el predominio político de una de ellas, originan, á más de las manifestaciones conscientes de esa oposición, otros efectos absolutamente inconscientes.

En todo aspecto de la vida se refleja ese estado de cosas, y allí donde la ley, las instituciones, etc., parecen responder por igual á la utilidad de la sociedad, el beneficio es en realidad para una sola clase.

Menger en Austria y Salvioli en It-

amenazada? Pues tiene que ir á las filas; y mientras el rico se exime del servicio militar, el pobre abandona en la miseria á su familia, que sólo vive de su trabajo, y marcha á lejanas tierras á pelear contra un enemigo que no conoce y que jamás le ha ofendido. ¿Ve próxima la recolección que apenas le asegurará su alimento? Mil animales la devorarán á su vista, sin que, por orden del señor, pueda impedirlo; y si desobedeciese, será preso y enviado á las galeras. ¿Qué una crisis encarece los productos? Pues el pobre pagará el aumento, sin que el rico le pague para ello mayor salario...»

El coronel Floridoro Dumas, que después de treinta y cinco años de servicio militar ha realizado el laudable esfuerzo de estudiar la abogacía y ejercerla, escribe con autoridad no sospechosa por la clase á que pertenece: «... Nuestra sociedad está organizada en provecho de algunos y en perjuicio de todos los demás...» *Togas y Códigos* (Milán, 1894), página 5.

lia (1), han descubierto el espíritu burgués de la codificación en materia civil, demostrando la influencia del egoísmo de clase en un orden de leyes que parecían destinadas á proteger igualmente los intereses de todos.

El derecho penal se presta menos que otro alguno á ser monopolizado en favor de una clase determinada, porque sanciona los derechos más comunes á todos los hombres; pero, á pesar de ello, no deja de ser más beneficioso para una clase que para otra por la escasa eficacia que esa legislación reconoce á las condiciones de existencia que tanto estimulan, en la mayoría de los casos, la actividad criminal.

(1) Menger, obra citada.—Salvioli: *Los defectos sociales del Código civil en relación con las clases desposeídas y trabajadoras* (Palermo, 1891).—Léase también Gianturco: *El individualismo y el socialismo en el derecho contractual* (Nápoles, 1891).—Véase además en la *Nueva Era*, de Génova, número 91 y siguientes, *Legislación de clase*, de O. RAIMONDO.

El abogado y catedrático Sr. Pipia escribe en el número 4, 1895, de la *Reforma Social*, bajo el título de *Los defectos sociales del Código de Comercio*: «... resulta evidente que nuestro Código de Comercio protege las más flagrantes injusticias económicas y sociales, es la expresión de una verdadera lucha de clases, lucha entre los contratantes comerciantes y los no comerciantes que constituyen la inmensa mayoría de los ciudadanos, lucha del gran capital acumulado contra el pequeño capital...»

Por otra parte, la severidad y la facilidad con que se castigan los actos calificados de delitos políticos, se traduce siempre en daño de la clase proletaria que, por su condición de sometida, es la única que para redimirse ha de realizarlos (1).

La justicia burguesa, ya por las formalidades procesales, ya por las personas á quienes alcanza, ya por sus efectos, no puede ser absolutamente igual para los ricos y para los pobres.

En el capítulo sobre *El socialismo y la libertad* hemos visto que para los desposeídos la libertad no es más que una ilusión, una vana apariencia, y que, por consiguiente, la libertad es también un privilegio de clase.

La policía, los ejércitos, que á un observador superficial pueden parecer instituciones que actúan en interés de todos, son cargas que soportan personalmente los proletarios y que sólo benefician á los poseedores de la riqueza.

Allí donde los más carecen de propiedad, la existencia de la policía, encargada de vigilar y proteger la propiedad de los me-

(1) Véase, en cuanto á la lucha de clases en la legislación penal, Scarabelli, obra citada, página 341 y siguientes, y Jehring, *Lucha por el derecho*.

nos, sólo es útil á estos últimos; del mismo modo, allí donde los más son pobres y no tienen nada que guardar ni perder, el ejército que vive en los cuarteles ó que lucha en los campos de batalla, sea cualquiera la nacionalidad á que pertenezca, sólo beneficia á los propietarios.

Los ejércitos y la policía son, pues, instrumentos de clase, carácter que en los últimos años se ha evidenciado de modo incontestable (1).

Los edificios públicos levantados por el Estado ó los Municipios, representan hoy una gran pérdida de riqueza. Son contadas las obras públicas que benefician á todos los ciudadanos; la mayor parte de ellas sólo sirve para satisfacer el lujo de las clases directoras» (2).

«Cuando las circunstancias nos obligan—dice Pascual Villari (3)—á hacer algo en fa-

(1) Que el ejército es simple instrumento de clase, no se oculta á muchos militares. Un distinguido oficial, de sentimientos antisocialistas y prácticamente reaccionario, me decía, hace poco tiempo, que al presente la función de los ejércitos es servir de sostén á la clase burguesa.

(2) VILFREDO PARETO: *Socialismo y libertad (Pensiero Italiano)*, núm. 231, Febrero, 1891.

(3) *Nueva Antología*, 1.º Noviembre 1894: ¿Dove andiamo?

vor de las clases más desgraciadas, lo hacemos casi siempre de modo que resultamos nosotros los beneficiados, con daño manifiesto de aquellos á quienes pretendemos socorrer. Prueba de ello es el saneamiento de Nápoles. Cien millones de liras destinados á mejorar las condiciones higiénicas de la ciudad, especialmente en favor de las clases menesterosas, han servido para empeorar su situación, pues al demoler sus tugurios y construir en su lugar palacios magníficos, nadie se ha ocupado de saber dónde podrían hallar aquellos infelices arrojados de sus guaridas un nuevo refugio, ni cómo habrían de ganarse después un pedazo de pan.»

En un elocuentísimo discurso, Guillermo Ferrero refirió varios episodios de la lucha de clases, cuyo relato conviene á mi propósito (1).

«La organización de los ferrocarriles subsiste casi exclusivamente en favor de las clases afortunadas. Las estadísticas demuestran que las Compañías pierden con los viajeros de primera clase, ganan algo con los de segunda, y se enriquecen considerablemente con los de tercera: esto signi-

(1) Resumen del *Grido del Popolo*, órgano de la Federación Piamontesa del Partido Socialista de obreros italianos. Torino, 1894, número 25.

fica, en otros términos, que los viajeros de tercera clase—que sufren la incomodidad del servicio, helándose en invierno, asfixiándose en verano—pagan los cómodos divanes, los elegantes decorados, la comfortable calefacción á los viajeros de primera clase.

»Yo he conocido á un hombre loco de remate, que habia descubierto un invento que titulaba *El ferrocarril sin carbón*, y que consistía en que los viajeros de tercera clase pagasen un billete muy económico con la obligación de hacer girar cierta rueda que ponía en movimiento todo el tren. La organización ferroviaria italiana realiza, aunque bajo diferente forma, ese ideal, pues haciendo pagar á los viajeros de tercera clase más de lo debido, pone también en movimiento con ese exceso de precio el resto del convoy.

»Añádase á esto que los viajeros de tercera clase no pueden utilizar sino por excepción los trenes directos; y esto, en un siglo en que la rapidez es el arma más eficaz de la lucha por la vida, constituye una inferioridad permanente para las clases trabajadoras. Esto es tan cierto, que en aquellos países, como en Inglaterra, donde la clase obrera se halla organizada y posee gran influencia, los trenes directos tienen

otra organización: no hay en ellos segunda clase, pero sí primera y tercera; aquélla para los ricos, y ésta para los pobres.

»La instrucción pública está también organizada en beneficio de las clases elevadas. De diez reformadores de la instrucción pública, hallaréis seguramente nueve que se ocupan de la superior y uno solo que se preocupe de la instrucción popular; sin contar que los que se ocupan de la primera piensan, más que en la ciencia, en las profesiones. También quisiera yo que Italia invirtiese en instrucción tantos millones como Inglaterra y América del Norte; pero cuando os hablen de la Universidad como templo de la sabiduría, no tengáis reparo en negarlo. Las Universidades no son institutos científicos, sino centros que sirven solamente para dar la instrucción profesional de la medicina, de la abogacía, etc., á expensas de toda la nación y en provecho exclusivo de un pequeño número de jóvenes pertenecientes á la clase burguesa. Y éstos favorecidos, á expensas de la nación y, por tanto, también de los trabajadores que no ven de la Universidad ni siquiera la fachada, tratan solamente de procurarse los medios de ganar dinero en sus respectivas profesiones.

»¡Y si al menos tuvieran sentimientos de

gratitud para quienes contribuyen á mantener la Universidad sin disfrutar de ella! En vez de esto, se sirven de sus títulos para practicar un mezquino proteccionismo profesional contra los que por su capacidad intelectual podrían salir de las clases obreras y hacerles competencia.»

En cualquiera orientación de la política económica que se inspire en un sentimiento nacional, descúbrese también la lucha de clases.

Alfredo Naquet, en un artículo titulado *Libre cambio y proteccionismo* (1), demuestra que el proteccionismo que se ha ofrecido á los pequeños propietarios como el remedio de su aflictiva situación protege preferentemente á los grandes capitalistas, que son más productores que consumidores.

Las clases dominantes han sido y son eminentemente egoístas.

Cuando han legislado y legislan conforme al interés de las clases sometidas, lo hacen ya porque los intereses de unas y otras clases coinciden, ya porque el perjuicio de los desposeídos amenaza recaer sobre los poderosos, ya porque temen el poder de aquéllos, ya, en fin, porque los proletarios

(1) *Reforma Social*, número 5, 1894.

constituyen transitoriamente un auxilio para el triunfo de alguna fracción de la clase dominadora (1).

Son muchos indudablemente los hombres generosos y buenos pertenecientes á las clases dominadoras, y es indudable que algunos de ellos desean el bien de los humildes, de los desheredados, y creen que para conseguirlo basta inspirarse en el amor al prójimo y en la bondad.

Pero es asimismo cierto que en la vida práctica existe toda una clase forzada á inspirarse en el interés material, so pena que todos sus miembros—y esto es imposible—se consagraran al altruismo.

No es escaso el número de burgueses de corazón sano que socorren á sus semejantes, sienten y alivian sus sufrimientos y son, frente á los demás burgueses, los campeones más decididos de la causa del proletariado. Pero esos burgueses no son la burguesía.

Una clase es la expresión del sentimiento medio, y el sentimiento medio humano es

(1) Los propietarios territoriales suelen estar en pugna, dentro de la clase capitalista á que pertenecen, con los industriales.—LORIA, en las *Bases económicas*, demuestra reiteradamente la ventaja obtenida por los obreros durante la lucha entre la renta de los primeros y la ganancia de los segundos.

el sentimiento de los intereses individuales.

Cuando el interés de los proletarios está desgraciadamente en antagonismo fundamental con el interés de la clase que ejerce el poder, esta última no puede, dado el estado psicológico humano presente, preocuparse de las quejas y de los sufrimientos de aquéllos.

Falta á la mayoría de los privilegiados hasta verdadero conocimiento de semejantes quejas y amarguras. Acaso los defensores de este orden social dejarían de serlo si conociesen toda la brutalidad del mismo y estuvieran en íntimo contacto con los males que produce.

La clase directora procura que su propio interés se confunda con el interés de la generalidad, y ya porque se considere como en los tiempos antiguos ó medios clase privilegiada *ab-initio*, ya porque se repite, de acuerdo con las ideas corrientes, clase directora por efecto natural de las relaciones y de las exigencias sociales modernas, es lo cierto que cuando legisla, sustancialmente para ella sola y aparentemente para todos, se inclina á pensar, con plausible ilusión, que ha hecho todo lo contrario.

En el régimen burgués, en el que, conforme queda expuesto, la división de la

sociedad en dos clases se realiza automáticamente por efecto del sistema capitalista, la lucha de clases se verifica en gran parte inconscientemente y el interés de la clase privilegiada surge, más que por egoísmo deliberado de la misma, por consecuencia fatal, mecánica del propio sistema. La comprobación de la lucha de clases es sin duda una labor penosa é ingrata, que necesariamente tiene que realizar quien prefiera al idealismo basado en el aire, el rudo pero sano contacto con la realidad. Mas semejante lucha no induce, en modo alguno, á odiar á las personas de la clase privilegiada. La comprobación de la existencia de la lucha de clases no determina un aumento en el antagonismo que entre ellas existe: el fenómeno, sabido ó ignorado, es siempre el mismo, y no por ser desconocido había de producir efectos distintos.

Los socialistas no desean la lucha de clases, como el meteorólogo no desea el huracán que predice con arreglo á sus cálculos y á sus observaciones.

La lucha de clases no existe porque los socialistas la observen, sino que la observan porque existe: del mismo modo el huracán no se forma porque el astrónomo lo haya previsto; por el contrario, el astró-

no lo prevé porque debe producirse.

El conocimiento de un fenómeno que es resultado de determinadas causas permanentes, no sugiere odio alguno; el odio es efecto inevitable de los antecedentes del fenómeno mismo.

Los socialistas combaten el odio contra los individuos, porque éstos no son autores voluntarios de la explotación humana, sino víctimas de un ambiente que impone semejante explotación.

El socialismo es la negación rotunda de la tradicional enemiga de hombre á hombre, y por el influjo de su doctrina se extingue la animadversión personal contra el patrono, el propietario y el capitalista, á los cuales considera, no como individuos que quieren explotar á sus semejantes, sino como individuos que son patronos, propietarios y capitalistas por la fatalidad de las circunstancias, del mismo modo que también lo son los obreros, los artesanos y los proletarios.

El odio no nace de la comprobación de la lucha de clases; nace del espectáculo diario de las injusticias que ocasiona el predominio de una clase (1).

(1) «Las comarcas hambrientas, las tierras incultas, la concusión, la absolución escandalosa y la condena injusta, la violación de las leyes, el arbitrio y la

El socialismo es el más encarnizado adversario de ese odio que confunde los efectos con las causas y se dirige al enfermo y no á la enfermedad que padece (1).

En el epígrafe del periódico *La Justicia*, de Reggio Emilia, se consigna con toda exactitud la repugnancia de los socialistas á incitar al odio. «La miseria — se lee en él — nace, no de la perversidad de los capitalistas, sino de la mala organización de la sociedad, de la *propiedad privada*; por eso no predicamos el odio á las personas ni á la clase de los ricos, sino la urgente necesidad de una reforma social que, fundada en el consorcio humano, establezca la *propiedad colectiva*.»

Es en verdad muy extraño que mientras se habla á todas horas de la lucha por la existencia, y son corrientes en la escuela, en la familia, en los periódicos, en los libros, los aforismos, más ó menos eruditos, *homo homini lupus, prima charitas incipit*

inmoralidad, son los más poderosos alicientes del odio, tan fácilmente sentido como frecuentemente originado...» *La Martinella*, año XIV, número 12.

(1) No quiero omitir, como honradamente podía hacerlo, que algunos apóstoles falsos é ignorantes del socialismo son predicadores de odio. Pero es evidente que de estas predicaciones malvadas no son responsables ni el socialismo ni la lucha de clases.

ab ego, mors tua vita mea, cada uno en su casa y Dios en la de todos, cuenta y razón sustentan amor, no inmiscuirse en negocios ajenos, y todos los demás inspirados en las *altruistas* fórmulas individualistas, se escandalicen algunos de la afirmación del egoísmo de clase, como si la lucha de clases, que es un aspecto de la lucha por la vida, fuese cosa distinta del egoísmo fundamental humano. La demostración del egoísmo de clase no hace más que poner de relieve una manifestación colectiva de la lucha por la vida. No hace más que expresar que hay un número de hombres—los capitalistas—que se unen para la lucha por la vida en asociación fundada en intereses idénticos.

Y si estos intereses no son iguales á los de los trabajadores, y están, por el contrario, en razón inversa de los de éstos, la clase que defiende sus privilegios no puede luchar por su mantenimiento protegiendo á la vez á los trabajadores, sino sacrificándolos.

Si las condiciones de vida, de posición social, inspiradas en un egoísmo casi universal, son las que imponen una determinada lucha por la vida, no hay motivo alguno para sentir odio hacia los hombres que sufren esa imposición.

La comprobación de la lucha de clases no conduce á violencias contra la clase dominante ó sus representantes, como habré de indicar en el capítulo próximo sobre socialismo y evolución.

Lucha de clase no significa lucha material entre las clases, como lucha científica ó electoral no quiere decir lucha material entre los científicos, los electores ó los candidatos.

Los socialistas proclaman la lucha de clases para demostrar al proletariado que aspira á redimirse que, estando dividida al presente la sociedad en dos clases cuyos intereses son antagónicos, si los proletarios, clase explotada, quieren salir de su intolerable situación no deben sostener á la clase explotadora, ni esperar de ella su redención, sino marchar por sí solos hacia la conquista pacífica de los poderes públicos, sin auxiliar á los demás partidos, aun cuando acaso alguna vez puedan andar con ellos alguna jornada.

Presiento que alguien pudiera objetarme de este modo: si la burguesía es como es (1),

(1) *Critica Sociale*, 1.º Enero 1892. Carta de ARTURO GRAF á FELIPE TURATI: «... Á una cosa no puedo asentir: á las frecuentes invectivas y recriminaciones contra la burguesía. Pueden tener valor como arma de

sin intervención de su libre voluntad; si conduciéndose como se conduce no hace más que obedecer una ley natural, ¿por qué los periódicos y los oradores socialistas formulan frecuentemente críticas ardientes y encarnizadas contra esa misma burguesía y sus hombres? La respuesta es sencilla y fácil.

combate, pero son extrañas á la ciencia. La burguesía y su predominio fueron un resultado inevitable de la evolución histórica. La ciencia no puede dejar de reconocer que la historia fué lo que tenía que ser, y, por tanto, la responsabilidad de los acontecimientos que la forman no recae, en verdad, sobre nadie...

Responde á esto en una nota Felipe Turati: «No sé de qué ciencia me habla. Alude usted, por lo visto, á una ciencia que se limita á exponerlo todo escépticamente y acaba por justificarlo todo. Es la aleación de todos los egoísmos, la defensa de todas las tiranías; en la práctica es el sostén del *statu quo*, al que ella sirve y alimenta.

•Esta ciencia no es la nuestra, y no es sin duda la que usted admira.

•Nuestra ciencia, la ciencia humana y positiva, no se limita á exponer, sino que juzga, condena, facilita la previsión y auxilia al progreso. Es ciertamente un arma de combate, pero lo es en el más amplio sentido de la palabra porque es á la vez efecto y causa de la evolución moral, económica y social.

•Esta ciencia nos enseña que si la burguesía fué lo que usted dice y nosotros reconocemos y ocupó un lugar preeminente en la historia de la civilización, ha dejado muy pronto de ser lo que fué y lo que la hizo gloriosa. Su imperio ha sido una necesidad de la his-

Esas críticas no constituyen una injuria inferida subjetivamente, sino objetivamente.

Son la calificación lógica de un hecho que ocasiona daño ó dolor, con independen-

toria; también su nueva tiranía es necesaria, puesto que aún existe y perdura; pero eso es un *mal necesario* y no un bien merecedor de indulgencia y tolerancia.

•Y á usted, que es, á más de literato, pensador doctísimo, preguntamos: ¿Cuándo se ha realizado una gran revolución que haya logrado su triunfo sin lucha, sin protesta contra los sistemas, las ideas y las instituciones que intentaba demoler?

•¿Puede usted concebir el cristianismo sin recriminaciones ni invectivas contra la corrupción pagana? ¿Concibe usted la revolución del Tercer Estado agasajando á los nobles y al clero por los buenos servicios que prestaron á la civilización medioeval? ¿Qué ateísmo filosófico será benigno con la secta nigromántica los sacerdotes? ¿Dónde habéis visto (tomo una frase de Bakounine) ideas que marchen por sí solas?

•Nosotros hemos visto siempre que las ideas y los sistemas encarnan en determinados individuos, en determinadas instituciones. Cuando un principio más elevado que los anteriores surge en la historia, no es con la crítica indulgente y piadosa como puede afirmarse y como puede vencer. Además de combatir y rechazar cuanto le es hostil, el nuevo principio, en su lucha por la existencia, demuestra también su superioridad con la censura. Denuncia los vicios y las injusticias que emanan del principio contrario. Y antes de ejecutar la condena, dicta la sentencia. Las invectivas, las recriminaciones no están en el mezquino arbitrio y en el capricho de los hombres. Están en los hechos, en la realidad.

cia de la responsabilidad moral, de la causa del hecho mismo.

Llámase desgraciada á la suerte, maldita á la miseria, repugnante á un sapo; cruel á un tigre, y, por el contrario, bueno al perro, fértil á un oasis, hermosa á una flor, amigo al destino, sin que ninguna de estas cosas sea desgraciada ó hermosa, repugnante ó cruel, por su voluntad.

Es el punto de vista el que determina la consideración favorable ó desfavorable de un suceso ó de un acto.

El tigre es cruel para el hombre, pero en sí no es ni apacible ni cruel; es conforme la necesidad de su conservación le permite ser, dado su organismo y sus condiciones de vida; una flor en sí no es ni hermosa ni fea, pareciendo al hombre lo primero porque su aroma, su color, le producen un placer.

Desde el punto de vista de los intereses de los proletarios, la burguesía es merecedora de las invectivas que se le dirigen, porque con su conducta mantiene á los proletarios en su infortunada situación; como desde el punto de vista de los intereses de la burguesía, el proletariado y sus defensores son intrigantes, agitadores, engañadores del pueblo, etc., etc., porque con

su conducta perjudican los intereses de la clase burguesa.

Así como la burguesía pretende que el régimen social que ella mantiene funciona para beneficio de todos, así la invectiva socialista está justificada por el contraste entre esa infundada pretensión de los privilegiados y la realidad en que se informa. El punto de vista es lo que en la práctica hace juzgar en uno ú otro sentido un mismo hecho.

La guerra que para unos es santa, es para otros inicua; la represión que para unos es justa defensa, para otros es vil abuso de fuerza.

La invectiva es la apreciación moral que precede á la formación de una ética nueva. Cuanto más elevado es el punto de vista, tanto más justa es la invectiva.

La altura de miras de la doctrina socialista hace que la invectiva lanzada en su nombre, siendo fundada y digna, sea la manifestación de un sentimiento superior (1).

La invectiva es simplemente la compro-

(1) Entiéndase bien que no justifico, ni siquiera de un modo indirecto, la contumelia y difamación sistemáticas, armas innobles que no esgrimen los socialistas, sino los sectarios ó los delincuentes que se disfrazan de socialistas.

bación calificada de un hecho, y en la propaganda socialista es ajena á todo estímulo de violencias personales.

No se puede aislar la crítica socialista del resto de los principios socialistas. Estos, según hemos visto, reconocen la impersonalidad de la tiranía burguesa, y aquélla no hace más que dar nombre á los actos de esta tiranía, considerada en su relación con los intereses socialistas.

Si alguna vez la invectiva es personal y se dirige contra un ministro, un polizonte, un alcalde, un juez, etc., nadie debe pensar que su objeto es excitar á los proletarios contra aquel ministro ó juez, etc., á violencia personal alguna, porque el socialismo no se cansa de repetir que las injusticias presentes se deben á un sistema y no á un desdichado, ya vista toga, librea ó uniforme, el cual, una vez despojado del título que le hace políticamente despreciable, es uno de tantos desgraciados que lo mismo militan en la burguesía como en cualquiera otra clase social.

Si la burguesía es como es por razón de la lucha por la existencia, no por ello los socialistas se han de abstener de juzgarla y condenarla.

A la lucha por la existencia de la bur-

guesía se opone la lucha por la existencia del proletariado.

La invectiva, cuando no es vulgar, hállese plenamente justificada, y no está en contradicción con las conclusiones del determinismo económico.

La invectiva, en fin, es la menor expansión que puede permitirse á la vista de los innumerables abusos, de las atroces injusticias que se cometan en daño de los pobres; más que de estimulante de sus pasiones, sirve de lenitivo de las ofensas y de los desprecios que reciben, pues, á no tener expansión en esas réplicas, la tendrían en actos violentos, mucho más peligrosos que una palabra de crítica por severa que sea.

Que la teoría de la lucha de clases se llame destructora por las gentes, es cosa sin importancia; ese calificativo se aplica siempre á toda teoría nueva que los académicos, los militares y el vulgo comprenden á última hora.

La teoría de la lucha de clases pasará por las fases de tantas otras teorías que en un principio han sido conceptuadas como destructoras de la moral, del derecho, del orden, etc., y después han acabado por ser aceptadas en el lenguaje corriente.

El darwinismo, la antropología criminal,

para no hablar más que de cosas recientes, han sido tenidas por doctrinas inicuas y perversas, y hoy no hay gacétilero, abogadillo ni politicastro que no hablen de atavismo, de selección, de evolución, de lucha por la vida, de delincuentes natos, etc.

Estas mismas doctrinas, ayer tan peligrosas, invócanse en defensa de la sociedad, y se impugna el socialismo en nombre de la evolución, y se desprecian los pobres, los desgraciados y cuantos caen vencidos en la lucha por la vida, en nombre de la selección y del triunfo de los mejores.

La comprobación de la lucha de clases es triste, porque demuestra en medio de cuánto mal progresa la humanidad; pero es altamente consoladora, porque enseña también cómo se realiza, á pesar de tanto mal, la conquista laboriosa del bien.

No obstante la encarnizada oposición de intereses, la humanidad ha caminado siempre y camina hoy hacia la paz y el amor entre todos sus miembros.

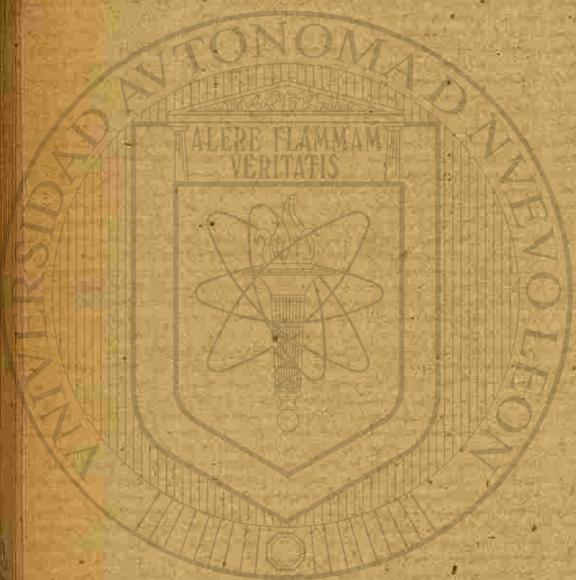
El egoísmo, que para redimir á algunos y esclavizar á los más ha causado tantas víctimas, derramado tanta sangre, encendido tantas hogueras, levantado tantos patibulos, inundado el mundo de discordias y sufrimientos, va lentamente negándose á sí

mismo, resultando cada vez más inconciliable con la existencia social.

La lucha de clases contiene en sí misma el elemento de su propia disolución, y el supremo término del desacuerdo secular humano deberá ser inevitablemente la concordia y la unión.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA LIBRE PARA
"ALFONSO REYES"
CALLE MONTEPEREY, MÉRICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
AL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XI

El socialismo y la evolución.

RESULTADO de diversos errores es la opinión de que los socialistas son partidarios de la revolución violenta para implantar el socialismo.

La sustitución de la sociedad socialista constituirá evidentemente un hecho revolucionario; pero no por serlo acaecerá por la violencia.

Es un grave error el equiparar la *revolución* con la revolución violenta, olvidando que aquélla es la consecuencia lógica de la evolución (1), y ésta un esfuerzo contra el curso de la evolución misma.

(1) «La revolución es la expresión histórica de la evolución». LOMBROSO y LOSCHI: *El delito político y las revoluciones* (Torino, 1890).

Toda reforma, desde la más pequeña á la más grande, es una revolución respecto á la institución, á la ley, al organismo á que se aplica, y en este sentido, el socialismo, al descender y concretarse á los hechos, será seguramente revolucionario, sin que por eso haya de realizarse mediante fusilamientos, guillotinas, bombas y barricadas.

Los socialistas, partidarios del positivismo, no pueden querer una revolución violenta; esto sería un contrasentido semejante al de un naturalista ó de un médico que pretendiese que un ser organizado sobrepasase las fases de su propio desarrollo, queriendo obtener, por ejemplo, la fecundación activa ó pasiva antes de la completa formación de los órganos correspondientes.

La humanidad, según ha demostrado Lombroso (*Delito político*, ob. cit.), es regida por la ley universal de la inercia, la cual no es sino la fórmula de la ley de la adaptación al medio; por ello no es posible una alteración repentina, y la revolución violenta no lograría imponer un orden económico por cuya implantación se realizase. La *revolución violenta* es, pues, la negación de la *revolución*.

No es posible expresar mejor el concepto

socialista de la *revolución*, que con las mismas palabras de Fernando Lassalle.

Decía el gran agitador (1863) ante el Tribunal de Berlín, rechazando la acusación de haber excitado públicamente á las clases desposeídas al odio y á la violencia hacia las poseedoras (1):

«Con una sola palabra intenta aterrarme el Ministerio público. Pero ¿por qué el fiscal se limita á emplearla en el significado estrictamente jurídico y no puede pronunciar la palabra *revolución* sin ver, gracias á su inagotable fantasía, las hoces ensangrentadas de los campesinos sublevados?

»No es ese el significado científico de la palabra, y el uso constante que de ella hago en mi escrito debiera haber advertido al Ministerio fiscal de que la empleo en muy distinta acepción, en su acepción científica. Por eso califico en mi escrito de fenómeno revolucionario el desarrollo de la soberanía territorial.

»Por eso la guerra de los aldeanos, á pesar de haberse realizado con violencia y derramamiento de sangre, no es á mi juicio un movimiento revolucionario, aunque así

(1) Roma, Luigi Mensini: *Escritos de Marx, Engels y Lassalle*.

lo creyesen los aldeanos mismos; á mi entender, lejos de ser revolucionario ese movimiento, fué en realidad reaccionario.

»Por el contrario, el progreso de la industria que tiene lugar en el siglo XVI, aun cuando no haya hecho desenvainar las espadas, es considerado reiteradamente por mí como un *hecho real y verdaderamente revolucionario* (pág. 7), y del mismo modo reputo completa y efectiva revolución inicial (pág. 17) la invención de las máquinas de tejer el algodón en 1775.

»¿Es que desconozco el idioma, ó que doy una nueva acepción á la palabra *revolución* al emplearla en ese sentido, aplicándola á fenómenos más pacíficos y rechazando su uso para expresar las sublevaciones más sangrientas?

»Schelling, padre, dice (*Untersuchungen über das Wesen der menschlichen Freiheit*, vol. VII, pág. 351): «La idea de hacer de la libertad la unidad y el todo de la filosofía, no sólo ha redimido al espíritu humano con relación á sí mismo, sino que ha dado á la ciencia un impulso más vigoroso que todas las precedentes revoluciones.»

»Schelling, padre, por tanto, no ve al pronunciar la palabra *revolución* las hoces vengadoras que la fantasía del Ministerio fiscal

presenta á nuestra vista. Schelling la emplea aplicándola á la influencia del principio fundamental filosófico, del mismo modo que yo, en un sentido que no corresponde en modo alguno al concepto de fuerza material.

»¿Cuál es ese sentido científico de la palabra *revolución*, y en qué se diferencia *revolución* de *reforma*?

»*Revolución* significa subversión, y se verifica siempre que, con ó sin violencia, los medios no importan nada, se establece un principio completamente nuevo en oposición al entonces imperante. La *reforma*, por el contrario, existe cuando se conserva el principio vigente y solamente se intenta hacerlo más humano, más lógico, ó más justo. Los medios, bajo este aspecto, no tienen importancia. Una *reforma* puede realizarse con violencia y efusión de sangre, y una *revolución* puede hacerse en la mayor paz. Las guerras de los aldeanos fueron una tentativa de *reforma* que defendieron con las armas en la mano. El desarrollo de la industria fué una completa *revolución* que se realizó del modo más pacífico, puesto que establecía un principio completamente nuevo y radicalmente contrario al hasta entonces imperante. Y am-

bos conceptos están minuciosa y extensamente desenvueltos en mi obra.»

La revolución violenta podrá realizarse, y acaso se realice—sensible es pensarlo—, pero no será por la propaganda socialista, sino á pesar de la propaganda socialista.

Surgirá quizá como respuesta á las violencias diarias de la clase dominante que con sus abusos y arbitrariedades inspira á los oprimidos un insaciable afán de venganza.

Podrá surgir, tan espantosa como la predice Heine, por el influjo de la revolución violenta reaccionaria que intenta realizar la burguesía (1). Los realmente revolucionarios son los irritados conservadores que intentan detener el movimiento histórico, y lo que es más aún, dando muestra de locura evidente, hacer que retroceda.

(1) La burguesía ha de ejercitar la violencia más aún de lo que la ejercita actualmente. He aquí cómo lo afirma un magistrado italiano, cuidándose, de paso, de echar la culpa de la violencia á los socialistas (Sentencia de casación, 1.º Febrero 1895): «... La socialización de los medios de producción implica, como condición necesaria para realizarla, el ejercicio de la violencia, porque es ley de la naturaleza que quien posee ó cree poseer legítimamente no renuncie á su posesión sin adecuada indemnización, á no ser que se le imponga por fuerza tal renuncia. Y al ejercicio de la coacción sobre las personas es evidente que ha de oponer

Si la revolución viniese, los socialistas no tendrían la culpa.

Los socialistas saben que la revolución violenta es un conjunto de horrores, y como aspiran á la felicidad de todos, no desean que cruentos sucesos dificulten su camino con destrucciones y estragos sin cuento.

Los socialistas saben que una revolución violenta entorpecería las mejores conquistas de la civilización y produciría la descomposición de todo sentimiento moral, artístico, humano, de las más útiles obras de la ciencia, de la literatura y de la industria, y como partidarios que son de una sociedad más progresiva aborrecen la aparición de semejante barbarie.

El socialismo, que alumbra á los abandonados, á los desposeídos, con un rayo de esperanza en un porvenir de justicia y de bienestar, es la mejor válvula de seguridad

el perjudicado cuantos medios de resistencia tenga á su alcance. Será, pues, la reacción tanto más enérgica, cuanto mayor sea la coacción y cuanto más preciados sean los bienes amenazados de despojo. Por lo que, en tal supuesto, es inevitable el uso de la violencia por parte de los poseedores...»

Lo cual es lo mismo que si el ratero que viola las leyes y se resiste á la autoridad, sostuviese que la violencia estaba de parte de la autoridad misma.

Véase LORIA: *Problemas sociales contemporáneos*.

para la violencia que engendra la deses-peración.

Si los ministros, gobernadores, fiscales y jueces no estuvieran faltos hasta lo inconce-
bible de toda cultura sociológica, compren-
derían la poderosa acción pacificadora del
socialismo, el cual, aunque fuera un tejido
de errores y de ilusiones, produciría un
gran bien librando á la humanidad de la ex-
plosión de una infinidad de odios individua-
les, desbordantes de pasión, faltos de toda
fe humana y divina.

El socialismo, al diagnosticar el desorden
social de rencores personales, elimina, con-
forme queda explicado en el capítulo ante-
rior, el odio del hombre contra el hombre,
y al explicar el hecho histórico y elevarse
hacia más equitativas relaciones sociales,
emprende mediante la acción orgánica de
todas las fuerzas proletarias, sin movimien-
tos convulsivos, la marcha segura hacia la
redención.

Ministros, magistrados, fiscales y gover-
nadores pretenden acabar con la lucha de
clases, y á ese fin secuestran periódicos, alla-
nan domicilios, persiguen y encarcelan in-
dividuos, sin advertir que subsiste una
lucha mucho más terrible y espantosa.

Esta lucha es la lucha individual, á la que

cada día se lanza un mayor número de indi-
viduos obligados á vencer por la violencia,
en la imposibilidad de adaptarse ó de sus-
traerse al medio en que viven.

Y así aumentan el fraude, el engaño, la
criminalidad, el alcoholismo, la locura, el
suicidio y la neurosis, causas que, con in-
dependencia de la lucha de clases, producen
daños y temores continuos á los individuos
y familias afortunadas. En interés mismo
de la burguesía, si el socialismo no existiese
convendría crearlo.

El socialismo, evolucionista en sus me-
dios, es revolucionario en sus fines, pero no
violento.

La convicción con que los socialistas im-
pugnan la revolución en la acepción vulgar,
suele ser objeto de censuras por parte de
quienes confunden el radicalismo de la doc-
trina con el momento oportuno de su apli-
cación, sin distinguir entre la intransigen-
cia del programa socialista y la realización
integral del mismo, y aun se llega á afirmar
que la delincuencia anarquista es efecto del
socialismo.

Procuraré refutar rápidamente y con la
mayor claridad posible estos errores.

El socialismo no afirma que la constitu-
ción social á que aspira haya de instaurar-

se ni pronto ni tarde. ¿Cuándo? Nadie lo sabe.

El socialismo es una transformación radical, pero gradual (1), y la completa realización de su forma ideal se verificará á través de transformaciones sucesivas, derivadas naturalmente unas de otras.

Cuanto á su intransigencia, ésta no implica la súbita implantación social del programa inspirado en aquélla.

La intransigencia no niega la posibilidad de períodos intermedios entre el estado presente y el socialismo; lo que niega es que el socialismo se realice, por *transacción voluntaria* de las clases antagónicas.

La intransigencia no se opone, pues, á una serie de graduales etapas evolutivas desde la sociedad burguesa á la socialista, y no implica, por tanto, la necesidad de revoluciones violentas.

La intransigencia es, además, la prueba positiva de que el socialismo no tiene prisa en llegar, y permite que los avances graduales hacia él sean la resultante de las dos corrientes sociales en pugna.

El socialismo, en fin, no tiene nada que

(1) Véase FERRI: *Socialismo y ciencia positiva*, página 124.

ver con los delitos y las represalias anarquistas. Estos, según advierte con gran acierto Liebknecht, no solamente son un crimen, sino lo que es peor, una brutalidad.

Según he explicado en el capítulo anterior, los socialistas no confunden el odio individual con el de clase, y persuadidos de que todos los males presentes derivan, no de la voluntad de los hombres, sino del mecanismo de un sistema económico, buscan en la transformación de ese sistema el remedio de aquéllos, y no en el asesinato de un ministro, de un presidente de república ó de cualquier adversario.

La revolución socialista no es en el fondo sino una revolución de principios.

La apelación á la fuerza material es, en todo caso, violentamente revolucionaria, ya impulse á la humanidad adelante, ya la haga retroceder.

Los delitos anarquistas no son resultado de la propaganda socialista; son una consecuencia, como el socialismo, del desorden presente.

El delito anarquista es la rebeldía salvaje, y el socialismo es la oposición razonada, civilizada, reflexiva para la conquista de cuanto es necesario á millones de hombres hoy privados de todo. El delito anarquista

no procede del socialismo; existe á pesar del socialismo.

Sin el socialismo, aspiración justificada y consciente de todos los oprimidos, sería aún mucho mayor el número de odios personales, de sangrientas venganzas.

Los anarquistas de la dinamita y del puñal son el efecto patológico de un organismo enfermo y no pueden ser resultado de una sencilla propaganda de ideas (1).

Todo período histórico ocasiona, sobre la delincuencia común, una delincuencia específica que reviste forma apropiada á las circunstancias del momento histórico mismo.

La delincuencia anarquista es una especie de la criminalidad común que, frente á la iniquidad de la sociedad moderna, intenta ser su castigo y su redención.

La violencia anarquista es también un efecto del constante elogio de la violencia, la cual ha sido hasta ahora el fondo de nuestra educación y de nuestras costumbres.

Si el socialismo no es revolucionario en los medios, replican los contradictores, ¿por qué los socialistas ponen tanta solícitud en constituir asociaciones, en dar con-

(1) Véase *Critica Sociale*, 1.º Agosto 1884: *Génesis económica del anarquismo*, de OLINDO MALAGODI.

ferencias, en publicar periódicos, etc., etc., procurando con ello una incesante propaganda y una influencia creciente? La evolución—se dice—se hace por sí sola, por la naturaleza misma de las cosas.

Si esta frase no estuviese constantemente rebatida, habría que pensar que se había inventado para comodidad de la polémica.

Yo confieso que jamás he llegado á comprender qué entienden por naturaleza aquellos que lo esperan todo de la naturaleza misma.

¿No es un hecho natural que centenares y millares de hombres, convencidos de una misma doctrina, la prediquen, la propaguen y la practiquen? ¿Acaso porque un hecho sea natural ha de esperar el hombre su realización con los brazos cruzados?

Trezza, hablando de las relaciones entre el darwinismo y la historia, escribía: «La historia es la naturaleza misma en forma más compleja; es la naturaleza que impresionada los centros nerviosos del hombre y crea en ellos el fenómeno que se llama idea...» Ahora bien; ¿no es el socialismo, fenómeno histórico, un producto de la idea, la cual á su vez es producto de la naturaleza misma? Buckle, confirmando este criterio, escribía: «La naturaleza humana está

en incesante contacto con el espíritu del hombre; excita sus pasiones, estimula su inteligencia, imprime á sus actos una tendencia que no tendrían sin semejante influencia.» ¿Y qué es el socialismo si no el resultado del contacto del espíritu humano con determinadas condiciones económicas intelectuales y morales?

¿Ó es que los hombres—conforme observa Ihering en la *Lucha por el derecho*, criticando la escuela reaccionaria de Savigny—han de esperar cruzados de brazos que las cosas se realicen por sí solas? ¿Qué valor puede tener esta teoría que Felipe Turati, si mal no recuerdo, ha llamado de los brazos cruzados?

La intervención del hombre es una intervención natural siempre que aquél no acuda á la violencia (1).

Dada la fase científica que atraviesa el socialismo, no se le puede reprochar el empleo de una actividad que, lejos de contrariar, secunda activamente el movimiento social.

Los socialistas son, en consecuencia, partidarios de la teoría de la evolución y no de los quijotismos revolucionarios.

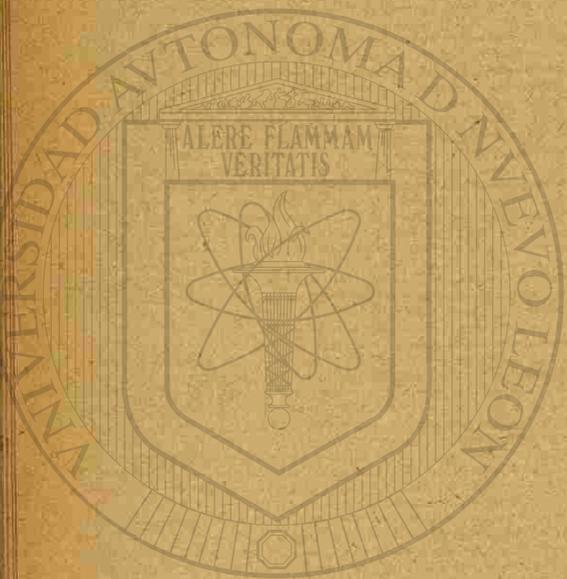
(1) VIGNOLI: *La ley fundamental de la inteligencia en el reino animal*, ensayo de psicología comparada.

Pero el ser evolucionistas no quiere decir que el socialismo tarde en establecerse cien mil años. Los socialistas no pueden precisar la fecha de su instauración; pero es lógico creer que el régimen económico capitalista durará menos aún que las anteriores formas económicas (1).

Hoy mismo presenciemos una transformación socialista en muchos órdenes de la vida social.

La burguesía, por las razones que expondré en el capítulo inmediato, no puede retroceder, y delante de ella sólo está el socialismo. Obligada á transformarse si avanza, amenazada de completa disolución si retrocede, vacilará entre la reacción y el socialismo, y, por la evolución fatal de los organismos sociales, caerá en este último.

(1) LORIA: *Análisis*, etc., ya citado



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XII

Las dos utopias.

MUCHAS de las objeciones hasta aquí examinadas se contienen, total ó parcialmente, en la que en último término formulan los adversarios del socialismo afirmando que éste es una utopia.

Vosotros, socialistas—se nos dice—, exponéis con frase declamatoria grandes disquisiciones teóricas; pero, en fin de cuenta, no sabéis dar un programa detallado de vuestra sociedad socialista. Esta, se añade, es prácticamente imposible.

Tales frases, aunque detenidamente examinadas están vacías de sentido, tienen en apariencia una viva fuerza de sugestión.

En efecto; si una institución, si una reforma cualquiera no tiene carácter práctico,

¿para qué seguir discutiendo ya? ¿Para qué ocuparse de ella?

Nada importa que el socialismo sea un ideal hermoso si no hay posibilidad de realizarlo en la práctica. En ese caso no se debe hablar más de él.

El elixir de la inmortalidad constituye también la aspiración suprema de los hombres, en cuanto su descubrimiento aseguraría la perpetuidad de la vida; pero esto no obstante, ¿quién sino un loco puede preocuparse de la invención de ese milagroso licor?

Como el náufrago que, lejos de la costa, en la que encontraría su salvación, el medio de volver á la patria y de llevar la alegría á su hogar, se entrega á la desesperación y falta de fuerzas para ganar la orilla se resigna á morir, así se quiere que los socialistas, que piensan en un mundo menos triste, en un régimen social menos injusto, al ver la imposibilidad de llegar á establecerle, acaben por renunciar á él, dando al olvido su aspiración y no volviendo á ocuparse más de ella.

Y estas sugestivas frases se acomodan, por otra parte, á la pereza intelectual que quita á la mayor parte de los hombres el deseo de pensar por cuenta propia.

El socialismo—suele repetirse—será una

reforma maravillosa, pero no es práctico; y esto basta para rechazarlo.

¿Pero por qué razón no es práctico?

Algunos *porqués* han sido contestados en los capítulos anteriores, en los cuales he intentado demostrar su falta de fundamento.

Pero hay quienes, suponiendo que la verdad consiste en el misoneísmo de Lombroso, en el odio á lo nuevo, formulan objeciones inspiradas en ese concepto. Brevísimamente he de refutarlas, confrontándolas con la tesis de que especialmente me ocupo.

Si los señores imposibilistas hubiesen vivido en la época en que nuestros antepasados estaban desnudos, habrían considerado falta de posibilidad práctica el proyecto de cubrir su desnudez con un vestido; y si hubiesen sido contemporáneos de nuestros bisabuelos, que llevaban el pelo rizado y empolvado, habrían estimado utópica la proposición de abolir las pelucas y los polvos. Esos señores juzgan siempre por el presente y piensan que la realidad de hoy ha sido la realidad de ayer, y que, por tanto, debe ser la realidad del mañana.

No saben ó no quieren saber la serie de transformaciones en las costumbres, en las ciencias, en los regímenes porque ha pasado

la humanidad; y no saben ú olvidan que todo cambia y se transforma en el mundo, y que es un criterio mezquino reputar imposible un hecho sólo porque contradice al hecho actual.

Si entre nuestros antiguos antepasados que constituían la sencillísima organización de la tribu, hubiese habido un pensador genial que les predijese una colegiación de hombres organizados como hoy estamos y sometidos á las complejas relaciones sociales presentes, sus contemporáneos hubiesen tratado de loco á ese hombre de genio; y, sin embargo, nosotros somos una prueba viviente de la injusticia con que en aquella remotísima época se habría aplicado tal calificativo.

Los señores imposibilistas son víctimas de un error crasísimo de óptica cronológica al juzgar impracticable el socialismo sólo porque su implantación exige al hombre cualidades de que *actualmente* carece.

No se paran á observar que las actuales cualidades del hombre, contrarias á la organización socialista, son efecto precisamente de las exigencias de *nuestra* constitución social, y que una vez reformada ésta, aquéllas no tendrán razón de ser.

Incurrir en el mismo despropósito del

que sostuviera que un individuo de veinte años era incapaz de levantar un determinado peso porque cuando tenía diez no podía hacerlo, sin reparar en que los diez años de diferencia entre ambas edades producen la energía necesaria para realizar ese esfuerzo.

Una tercera causa de la impracticabilidad que equivocadamente se atribuye al socialismo, y que guarda relación con la que se acaba de examinar, consiste en la falsa idea de que la sociedad socialista ha de hacer, inmediatamente de constituida, la felicidad de todos los hombres, implicando la supresión de todo vicio, el triunfo de todo bien, el imperio absoluto de la justicia y la virtud.

La comparación entre ese supuesto estado de cosas y el nuestro, infunde la persuasión de que, para establecer el socialismo, es necesario una radical transformación de la naturaleza humana, y, en consecuencia, se acaba por rechazar la posibilidad práctica de una sociedad que impone tan diversa constitución psicológica.

En primer término, se confunden por una transposición de costumbres, las tendencias de una época con las de otra que son imposibles de predeterminar; en segun-

do término, se comete el error de atribuir al socialismo aspiraciones que sus partidarios están muy lejos de tener.

El socialismo atenuará ciertamente las malas inclinaciones que se nutren y desarrollan al calor de la lucha por la existencia que en nuestros días se sostiene; por tanto, es infundado considerarlo impracticable, ya que la falta de esa lucha impedirá la existencia de pasiones y vicios propios del momento histórico presente.

Pero el socialismo, aunque no estimule muchas de nuestras perversas inclinaciones, y aunque impida por la ley de la adaptación al medio el desarrollo de ciertas cualidades egoístas, contrarias al bienestar general, no podrá convertir al mundo, súbitamente, por arte mágico, en una especie de paraíso terrenal; no hay, pues, razón para reputarlo imposible suponiendo que intente nada menos que una completa é instantánea transformación de la psiquis humana.

Volviendo á la pregunta, encuentro un cuarto motivo de la infundada imposibilidad práctica del socialismo en la opinión de que intenta venir al mundo de improviso, como atraído por la virtud de una varita mágica y no como resultado de una larga evolución á través de los siglos.

Se niega la posibilidad práctica del socialismo porque se desconoce la forma en que ha de encarnar poco á poco en los hechos para reemplazar al régimen que al presente existe.

Para que el socialismo pudiera ser calificado de imposible, sería menester que no se reuniese las siguientes condiciones:

- 1.^a Conformidad con las leyes de la evolución social.
- 2.^a Conformidad con las tendencias científicas, filosóficas, sociales y políticas de nuestra época.
- 3.^a Conformidad con los sentimientos, costumbres y necesidades más comunes de nuestro tiempo.

Estos tres requisitos son esenciales, y, en cierto modo, se confunden unos con otros por hallarse inspirados en un mismo principio.

La armonía entre el socialismo y las anteriores condiciones, á más de demostrar la potencialidad práctica del socialismo como doctrina, evidencia la potencialidad práctica del mismo en cuanto al tiempo.

¿Cuál es la situación del socialismo con relación á estos tres requisitos?

¿No es el socialismo la manifestación en el orden humano de aquel proceso de lo ge-

neral á lo concreto, de lo inorgánico á lo orgánico (1) que domina en el mundo físico?

¿No representa la unión de los átomos antes aislados, reproduciendo en lo social el efecto físico de universales leyes cósmicas?

¿No es, por ventura, evidente que los hombres, desde el individuo errante en la selva, hasta la pequeña familia, la tribu, el Estado-ciudad y las modernas confederaciones de Estados nacionales, han estado siempre asociados y cada vez lo están más estrechamente?

La absorción de los intereses particulares en los generales, que la sociedad socialista proyecta, es un fenómeno tan manifiesto en el camino de la evolución, que todos lo pueden comprobar fácilmente.

Las minorías, para cuyo exclusivo interés ha existido durante centenares de años el gobierno y el orden sociales, van perdiendo terreno, poco á poco, al influjo de las mayorías, y las leyes, las instituciones sociales no inspiradas aún en el bienestar del mayor número, van restringiéndose por momentos; dejando de informarse en el provecho particular de un tirano ó de una oli-

(1) SPENCER: *Primi Principii*.

garquía. Todo en la sociedad obedece á la fuerza immanente del principio de cohesión: observemos cómo en la sociedad se constituyen numerosas asociaciones que luego se aproximan y refunden para ser más poderosas.

La participación de la mayoría en la vida social se observa también en la extensión del sufragio, en la generalización del derecho á desempeñar cargos públicos, en la formación de los ejércitos nacionales que sustituyen á los mercenarios, etc., etc.

Por doquiera observamos síntomas de la tendencia á asociarse, del predominio de los intereses generales sobre los individuales.

El socialismo se informa, pues, en las leyes de la evolución social y se adapta á las más significadas tendencias de los tiempos modernos. El socialismo científico y positivo está además de acuerdo con el positivismo que hoy impera en todos los ramos del saber.

El socialismo, que avanza con la exactitud de una fórmula matemática, se funda en el experimentalismo dominante, que inspira todo el movimiento intelectual contemporáneo.

La conformidad del socialismo con los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

sentimientos y con las necesidades presentes es tan notoria que nadie puede negarla.

Desde todos los lugares de la tierra se maldice la injusticia de nuestra organización social; palabras de filósofos y cantos de poetas, demostraciones acabadas de hombres científicos y voces de apóstoles, únense al clamor constante de las multitudes, para condenar al unísono la inícuca, arbitraria, despótica división de la sociedad en ociosos que mandan y trabajadores que obedecen, en sufridores sin culpa y gozadores sin mérito.

El socialismo, finalmente, provee á las necesidades más inmediatas de nuestra sociedad, curando radicalmente el mal que engendra los intolerables daños de la época moderna. Por eso, cualquiera que sea el aspecto que se considere, el socialismo se presenta, no sólo como posible, sino como necesario; á más de práctico, es indispensable.

En cuanto á la falta de un programa detallado de lo que será la sociedad socialista, es sencillísimo justificarla.

Cuando la posibilidad práctica de una doctrina existe y no se trata de su inmediata realización, es completamente inútil pretender que sus partidarios expresen fór-

mulas detalladas sobre el modo de aplicar la doctrina misma.

Sería de una puerilidad extremada entretenerse en idear organizaciones que únicamente las circunstancias del momento pueden determinar.

En la hechura de un traje para un hombre se emplea una determinada cantidad de paño, que es notoriamente excesiva para hacer un vestido á un niño: sólo cuando éste crezca y se desarrolle es posible cortar aquel paño á la medida de su cuerpo ya adulto.

Sería grandemente ridículo cortar y coser el traje que ha de llevar á los veinte años el niño de hoy, sólo por la seguridad de que la evolución normal ha de transformarlo al cabo de ese tiempo en hombre, y porque la experiencia enseña que, en la mayor parte de los casos, el adulto es más alto que el niño.

No deja de ofrecer cierta amenidad la constante censura que se formula al socialismo considerándole falto de condiciones prácticas, porque no formula proyectos de leyes y no dice, ni siquiera aproximadamente, cuáles serán las ocupaciones burocráticas, las horas de trabajo, etc., etc., en la sociedad socialista.

¿Pero hay algo menos práctico que los ac-

tuales legisladores que se ocupan únicamente en destruir la obra de sus antecesores, y que á pesar de todas sus leyes, decretos y reglamentos, dejan siempre subsistir los males efectivos del *statu quo*, si es que no los aumentan? (1).

Los socialistas han dado y dan asiduamente proyectos de reformas graduales (2) que los conservadores acaban por adoptar *à fortiori* con ligeras modificaciones; pero como los socialistas no son románticos, no pueden dar proyectos de la sociedad futura.

Platon, Moro, Campanella, Bacon, Fontanelle, Stielland, Mably, Mercier, Mackay, Hertzka, Kingsley, Bellamy, Wilbrandt, Lôwenthal, Gregorovius, Fabra, Richet, Richter, han procurado, en un sentido ó en otro, delinear minuciosamente el porvenir.

(1) Sobre la obra estéril de nuestros legisladores, véase la obra citada de Bukle y las de Spencer: *El individuo y el Estado, La Justicia, La Beneficencia, Introducción de estudio de la Sociología*.

(2) MALON, en los dos volúmenes del *Socialismo integral*, inserta una serie de proyectos de inmediatas reformas de los socialistas. En los Congresos nacionales de los socialistas alemanes, italianos, franceses, suizos, etc., y en los Congresos internacionales, se han formulado muchas proposiciones semejantes. En visperas de la lucha electoral, toda la prensa socialista discute y expone lo que se llama usualmente *programa mínimo*.

Pero, aparte la mayor ó menor genialidad de estos profetas, sus proyectos no fueron, y no pueden ser, sino divagaciones en su mayor parte fantásticas.

Mas no porque los socialistas se abstengan de formular programas minuciosos, el socialismo es una utopia.

La verdadera, la única utopia es la utopia conservadora. Lo es por las mismas razones que demuestran que no lo es el socialismo.

¿No es, en efecto, utópica una sociedad que no puede subsistir, porque no es conciliable con la exigencia de los tiempos, con las inclinaciones generales de un determinado momento histórico, con las necesidades de una determinada civilización, con las leyes que regulan la acción y el desarrollo de la naturaleza humana?

¿No será más utópico el querer mantener un caduco estado de cosas que el intentar instaurar otro nuevo?

¿Puede haber utopista mayor que quien, frente á la transformación continua de todas las cosas, defiende la inmutabilidad de las instituciones sociales, intentando levantar la columna de Hércules del progreso humano?

¿Hay alguien más utopista que los defen-

sores de la propiedad privada y del capitalismo, formas ambas transitorias en la evolución incesante de los sistemas de producción y distribución de las riquezas?

Utopía es pensar que el sistema económico presente sea la última etapa en el avance de la humanidad hacia el progreso, y que con el aumento de nuevas aspiraciones, con la existencia de una sensibilidad humana más delicada y exquisita, con la orientación de la inteligencia á concepciones nuevas sobre los medios y los fines de la vida, con el asiduo trato que imponen los viajes, las relaciones comerciales, los estudios, las alianzas de las razas y de los pueblos, con la continua aparición de invenciones y descubrimientos capaces de sustituir ó limitar el esfuerzo muscular, con todo esto y mucho más que omito, no se sienta la estupidez y la injusticia del presente régimen económico, no se sufra la tortura física y moral de los males que ese régimen produce y no se quiera, conociendo el camino, salir á la luz y al aire libre y sano y establecer otras relaciones sociales más tolerables y más equitativas.

Utopía es pensar que la multitud, á la cual ha instruído la misma burguesía abriendo escuelas y bibliotecas; á la cual ha unido sin

quererlo, merced al cosmopolitismo de la explotación que de ella hace; á la cual ha puesto en contacto en las grandes ciudades con el parasitismo y el lujo de unos cuantos, no comprenda ni llegue á comprender la tiranía de que es víctima, la fuerza de que dispone y lo monstruoso é inicuo de la artificial desigualdad humana que permite vivir en desmantelada choza al que produce y en fastuoso palacio al que vegeta en el ocio.

Utopía es creer que la libre concurrencia, al suscitar la más feroz lucha por la existencia y convertir en neurosis la sensibilidad humana, no ha de hacer insufrible en condiciones físico-psicológicas más progresivas el daño que ocasiona, y es, por tanto, utopía creer que la humanidad moderna no tiende á constituirse en un consorcio más íntimo que se adapte mejor á su más delicada sensibilidad.

Es utopía creer que, perdida por el pueblo la fe religiosa en la que hallaba estímulos para la resignación, no ha de procurar ese mismo pueblo hallar en este mundo parte de aquella felicidad que ya no espera gozar en el cielo.

Y es utopía creer que los que aún tengan fe religiosa no teman que hombres inmorales puedan llegar á la cumbre del poder, y que,

para evitarlo, no deseen que un principio más perfecto é ideal imponga la religión de la fraternidad y del amor entre los hombres.

Es utopía el pensar que los pueblos, á los que únicamente se dan promesas electorales y frases huecas, hayan de creer por tiempo indefinido en la solicitud paternal de las clases directoras, de cuyas inmoralidades son todos testigos.

Suprimid los periódicos, destruid las imprentas, quemad en un inmenso auto de fe á los catedráticos, á los científicos, á los pensadores; quemad también en él todos los libros; incomunicad Europa y América cortando para siempre los hilos telefónicos y telegráficos; levantad las líneas férreas, destruid las máquinas de vapor, arrojad al mar los telares mecánicos, haced desaparecer, en suma, todo cuanto ilumina la inteligencia, aproxima á las gentes de todos los países, multiplica los productos y disminuye el trabajo humano, y entonces, sólo entonces, la utopía conservadora cederá el puesto á la utopía socialista.

Pero si la burguesía no quiere prescindir del *sleeping*, y desea saber en Roma á las veinticuatro horas lo que ha sucedido en Calcuta, y quiere reunir en su mesa las frutas, los estimulantes, las carnes, la pesca

de todas las partes del mundo, y quiere vestirse y adornarse con los mejores tejidos de las fábricas nacionales y extranjeras, y se entristece con la débil luz del antiguo candel de aceite sustituida por el deslumbrante foco de luz eléctrica, etc., etc., entonces la utopía es la conservadora, y el socialismo habrá de realizarse por sí solo de modo inevitable.

El burgués es tanto más utopista cuanto más intenta conservar en lo fundamental la sociedad presente; se parece á aquel que, habiendo educado durante largo tiempo una inteligencia en la teoría darwiniana, pretendiese que su discípulo, imbuído en la doctrina evolucionista, fijase el término de ella negando para el porvenir el curso de esa misma evolución.

La burguesía ha preparado el terreno al socialismo, le ha facilitado los medios, le ha dado las armas, y ahora se esfuerza en cerrar los ojos para no ver el resultado de su propia obra.

El socialismo es una afirmación tan positiva, como la de que transcurrido el año décimo ha de llegar el undécimo.

Utopía es pretender que quien ha cumplido diez años, tenga siempre los mismos diez años, por muchos que viva.

Y así como después del décimo año llega el once, á la sociedad burguesa habrá de suceder la sociedad socialista.

La burguesía, por las condiciones de su vida, no puede en modo alguno retroceder, y su evolución natural la lleva al socialismo.

Transitoriamente se entregará á la reacción; pero la misma burguesía será la primera en salir de esa atmósfera que es impropia para su organismo.

La burguesía se halla frente á este dilema: ó convertirse totalmente en reaccionaria y perecer, ó desarrollarse con arreglo á sus principios y marchar resueltamente hacia el socialismo.

La burguesía habrá optar entre ambos términos, y en la imposibilidad de aceptar el sacrificio que la reacción le impone, se aproximará gradualmente al sistema socialista.

El socialismo estrecha cada vez más á la burguesía, porque la economía burguesa va de día en día haciendo más intolerables las relaciones sociales.

La lucha por la vida mantenida individualmente, se convierte en lucha contra la vida, y la solidaridad humana se impone.

La lucha mantenida al presente, que en

las relaciones particulares parece ser una lucha para vivir, estudiada en conjunto como resultado de las aspiraciones de cada uno, se presenta, no como una lucha en favor de la existencia, sino en contra de la existencia misma.

Todo hombre hoy día se esfuerza en luchar y lucha conscientemente en interés de su propia vida, pero semejante esfuerzo, considerado colectivamente, ocasiona un daño á la mayoría de la sociedad, examinada en sí misma y en cada uno de sus individuos.

El porvenir, hoy inseguro siempre, sin que puedan garantizarlo ni la inteligencia, ni la honradez, ni la aplicación al trabajo, produce á todos el temor de la miseria, del hambre y de la ruina, y estimula así el deseo de poseer, actividad egoísta que obliga á cada cual á no interesarse sino de sí mismo.

Este proceder, practicado consciente ó inconscientemente por millones de individuos, da por resultado una enérgica acción individual, que si bien considerada en particular atiende de modo positivo al bienestar del individuo, socialmente considerada es causa de que la satisfacción de uno ceda en daño de otro, y de que, por tanto, la satisfac-

ción de éstos ocasione perjuicio á aquéllos.

Los egoísmos individuales se destrozan mutuamente, y cada cual trabaja, no ya para la conquista de su personal felicidad, sino para realizar el infortunio de los demás.

Es relativamente muy escaso el caudal de energía que se invierte en nuestra sociedad para producir una utilidad general. Las nueve décimas partes de la energía humana se emplean hoy en lograr un beneficio personal en perjuicio del prójimo.

La generalización de este hecho demuestra que la lógica individual, dañosa é inconveniente de hombre á hombre, es estúpida hasta el punto de negarse á sí misma en el orden de la vida social.

El fabricante de bebidas ó de sustancias alimenticias causa un perjuicio á la salud pública cuando especula en daño de la integridad física del paraguero, del sastre, del sombrerero, etc., etc., los cuales, á su vez, procuran desquitarse del engaño sufrido obteniendo un beneficio en la venta de un paraguas que aquel fabricante compra por nuevo y es usado, ó de un traje que paga como si fuera de lana siendo de algodón, ó de un sombrero que adquiere como bueno, y al cabo de ocho días se destiñe y trasuda.

El vinatero, el pescadero, el carnicero, el sastre, el sombrerero, han realizado un cambio fraudulento, y mientras el sastre sufrirá una gástrica por comer un pan sin harina, el panadero se verá obligado á comprar dos trajes con doble gasto porque el sastre le ha engañado.

Y todos ellos han recurrido al engaño porque para cada uno de ellos aisladamente ese engaño representa una ganancia.

Las sustancias adulteradas costarán menos que las que no lo estén, como el traje de algodón vendido como de lana constituye positivamente un beneficio para el vendedor; pero en una sociedad donde unos necesitan vestidos, otros alimentos, etc., ese proceder da por resultado una constante y recíproca estafa de unos á otros.

La lucha por la existencia del individuo no es, en conjunto, sino la lucha contra la existencia de la sociedad (1).

Por otra parte, la lucha por la existencia es también lucha contra la existencia, aun

(1) «Nuestro sistema económico no tiene por objeto directo la mayor suma de utilidad para la sociedad, sino la mayor suma de lucro para los poseedores de los medios de producción; los capitales hállanse dedicados, no ya á las funciones más útiles á la economía social, sino á las funciones que rinden mayor ganancia á la economía privada, y la oposición entre el in-

individualmente considerada, por causa del agotamiento moral, intelectual y físico que sufre todo combatiente, el cual ve minadas día por día por el trabajo excesivo las fuerzas de su organismo, llegando en el deseo de conservar su vida á matarse para vivir.

El suicidio, la locura, la neurosis, el alcoholismo y todos los demás frutos del desorden mental y muscular moderno, en camino de un acrecentamiento constante, constituyen un ejemplo trágicamente persuasivo de que la humanidad, contrariando sus ideales, en vez de luchar para vivir lucha para extinguirse.

Si es exacto que la ley de conservación es ley suprema tanto para los individuos como para la especie, es utópico pensar que la sociedad haya de mantener un estado que es dañoso á su propia conservación. Que el socialismo sea una utopia, es, pues, una de tantas frases hechas.

La verdadera, la única utopia es la utopia conservadora.

terés particular y el interés público hácese mayor cada día... El sastre se regocija si un incendio destruye un almacén de ropas; el comerciante goza si un naufragio ha hecho desaparecer un gran cargamento de mercancías de las que él tiene gran acopio en sus almacenes... > EMILIO LEPETIT: *Del Socialismo.*

El socialismo no es utopia, como no lo era el sistema burgués en la agonía del feudalismo.

El socialismo es en las entrañas de la burguesía lo que la burguesía fué en las del régimen feudal.

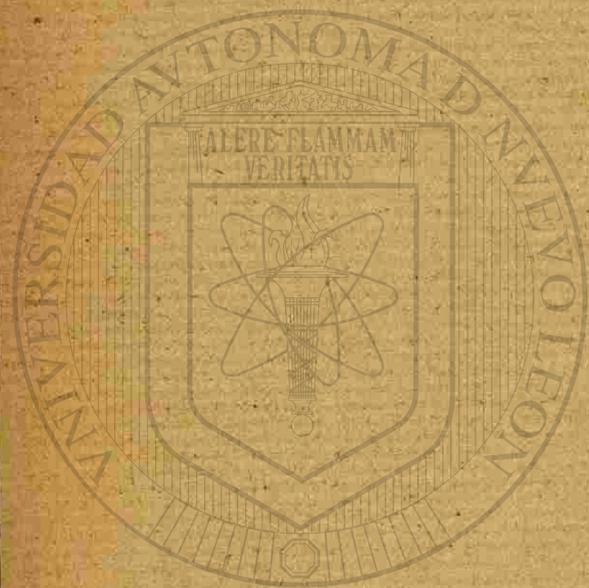
Podrán ser utópicos algunos métodos antiguamente seguidos para la implantación del socialismo; pero el socialismo, como tipo de ordenación social, no es sueño ni utopia: es la historia de un mañana más ó menos remoto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

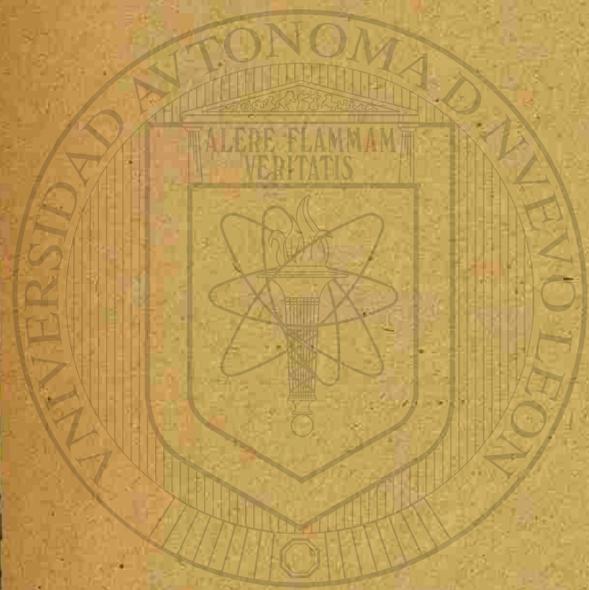
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
CALLE SAN TERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	Págs.
Prólogo de la edición italiana.....	4
Prefacio para la edición española.....	9
CAPÍTULO I.—El socialismo y la naturaleza humana.....	11
— II.—La paradoja de la igualdad.....	29
— III.—Socialismo, progreso y actividad individual...	43
— IV.—El socialismo y la libertad.....	61
— V.—La monotonía de la sociedad socialista.....	75
— VI.—El socialismo y la felicidad.....	89
— VII.—El socialismo y la patria.....	99
— VIII.—El socialismo y la familia.....	107
— IX.—El socialismo y la moral.....	115
— X.—El socialismo y el odio de clases.....	131
— XI.—El socialismo y la evolución.....	163
— XII.—Las dos utopías.....	179



BIBLIOTECA INTERNACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES
(Filosofía, Política, Economía, Sociología).

A satisfacer la necesidad que siente todo hombre culto de estudiar las cuestiones que preocupan á los pensadores y agitan los espíritus responde la **BIBLIOTECA INTERNACIONAL de Ciencias Sociales**. Para ello se darán á conocer las obras de novedad é importancia relativas á las diversas materias de la **BIBLIOTECA**, viniendo á ser así una síntesis ó condensación de la vida científica internacional.

OBRAS PUBLICADAS

LUCHA DE SEXOS

Por **P. VIAZZI**

(Traducción de B. de Quirós y J. Llanas Aguilaniedo).

Un tomo de 492 páginas.—Precio: 4 pesetas.
Esta obra contiene un interesantísimo estudio psicológico social.

SUMARIO:

Parte primera: BREVE ANTOLOGÍA DEL AMOR.—I. Importancia de los hechos de amor.—II. Dominio del amor.—III. Amor y locura.—IV. Los estados del amor ¿son morbosos?—V. El misoginismo.—VI. Conclusión.—Parte Segunda: LUCHA DE SEXOS. I.—Amor y dolor.—II. Las formas embrionarias.—III. El lado psicológico.—IV. El lado social.—V. Adaptaciones.—VI. El enigma.—VII. Prostitución y matrimonio.—VIII. La solidaridad.—IX. Episodios.—X. La literatura femenina.—XI. Aspiraciones.—Parte tercera: EL PUDOR.—I. Concepto del pudor.—II. ¿Qué es el pudor? III. Significado psicológico del pudor.—IV. Los límites del pudor en el hombre y la mujer.—V. La defensa social é individual del pudor.

LA IGLESIA Y LA CUESTIÓN SOCIAL

POR EL DR. J. SCHEICHER

Diputado católico austriaco,
Profesor de Moral en el Seminario de Saint-Paüen.

TRADUCCIÓN DE J. M. NAVARRO PALENCIA

Un tomo de 286 páginas.—Precio: 3 pesetas.
Esta obra estudia de modo magistral el problema social desde el punto de vista católico.

SUMARIO:

CAPÍTULO I. Ojeada general al asunto.—CAPÍTULO II. La bancarrota en Moral.—CAPÍTULO III. La bancarrota en Economía política.—CAPÍTULO IV. Sistemas económicos: A. Los liberales y el liberalismo.—B. El comunismo.—CAPÍTULO V. Un capítulo de Moral.—CAPÍTULO VI. Compromisos económicos: A. El principio de población y el Maltusianismo. B. Sistema de la cooperación productora: Lasalle.—C. El Estado y su misión social: Hitze, Vogelsang, Perin, Ratzingen. CAPÍTULO VII. El capitalismo.—CAPÍTULO VIII. Paliativos: A. Proteccionistas y mercantilistas. Tarifas aduaneras y Libre cambio.—B. Desenvolvimiento de la instrucción profesional mediante escuelas especiales y difusión de la instrucción general.—C. Desarrollo de la moralidad.—D. Beneficencia ruinoso.—E. Derecho al trabajo y deber de trabajar. F. Sindicatos y Corporaciones.—G. *Homesteads*. Derecho de habitación. Liberación del suelo.—CAPÍTULO IX. Federalismo y Catolicismo.—CAPÍTULO X. La política social actual.

EL SOCIALISMO Y LAS OBJECIONES MÁS COMUNES POR ADOLFO ZERBOGLIO

Diputado socialista italiano, Abogado y Catedrático.

TRADUCCIÓN DE R. GARCÍA ORMAECHEA

Revisada y corregida por el autor expresamente para la edición española.

Un tomo de 204 páginas.—Precio: 2 pesetas.
Esta obra analiza y refuta las diversas impugnaciones á la doctrina del socialismo científico.

SUMARIO:

Prólogo de la edición italiana.—Prefacio para la edición española.—CAPÍTULO I. El socialismo y la naturaleza humana.—CAPÍTULO II. La paradoja de la igualdad.—CAPÍTULO III.—Socialismo, progreso y actividad individual.—CAPÍTULO IV. El socialismo y la libertad.—CAPÍTULO V. La monotonía de la sociedad socialista.—CAPÍTULO VI. El socialismo y la felicidad.—CAPÍTULO VII. El socialismo y la patria.—CAPÍTULO VIII.—El socialismo y la familia.—CAPÍTULO IX. El socialismo y la moral.—CAPÍTULO X. El socialismo y el odio de clases.—CAPÍTULO XI. El socialismo y la evolución.—CAPÍTULO XII. Las dos utopías.

EN PRENSA

LA EVOLUCIÓN Y EL DOGMA POR ZAMN (Padre dominico).

Esta obra examina la teoría darwinista en relación á la doctrina católica.

ERRORES ECONÓMICOS

Por J. VERDES MONTENEGRO (Catedrático de Psicología).

BIBLIOTECA SCAEVOLA

(SERIE MANUAL)

Esta publicación se propone vulgarizar las disposiciones legales, uniendo al texto de las mismas las concordancias, modificaciones y comentarios indispensables á su acabado conocimiento.

Al presente van publicados los siguientes tomos, en tamaño prolongado, propiamente de bolsillo y encuadernados á la inglesa en elegante tela flexible.

OBRAS PUBLICADAS

ACCIDENTES DEL TRABAJO

POR RICARDO OYUELOS

El mejor estudio de esa materia, única en que se expresa la legislación y la Jurisprudencia, siendo indispensable á los Jueces, Abogados, industriales, fabricantes, Ayuntamientos, etc.

Un tomo de 309 páginas, 3,50 pesetas.

CÓDIGO ELECTORAL

POR L. PEREIRA

Única obra que ofrece recopiladas todas las disposiciones vigentes en el día referentes á la materia.

Un tomo de 254 páginas, 2,50 pesetas.

CÓDIGO MINERO

POR R. OYUELOS

Recopilación completa de Leyes, Reales órdenes, etc., vigentes en la actualidad, facilitando así el conocimiento de la importantísima y abundante legislación sobre Minería.

Un tomo de 457 páginas, 4 pesetas.

NOVÍSIMA LEGISLACION DE CAZA

POR LUIS PEREIRA

Comprende la obra cuantos preceptos legales se relacionan con la legislación de Caza, presentados en forma sistemática, clara y conveniente para su mejor inteligencia y fácil manejo.

Un tomo de LXX-208 páginas, 2,50 pesetas.



N

NUB

IO EC

Small rectangular textured label on the spine.

Small cylindrical object at the bottom of the spine.